

LA CULTURA CHILENA

---

Dr. VALDÉS CANGE

(Alejandro Venegas)

POR PROPIAS  
Y EXTRAÑAS TIERRAS

INTRODUCCIÓN DE  
ARMANDO DONOSO

NASCIMENTO

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CONTROL



## ALEJANDRO VENEGAS

(Dr. VALDES CANGE)

¡Ay de quienes, ilusionados con las honradas palabras de Marco Aurelio, se dejaron arrastrar un día por el deseo de predicar la verdad, porque ellos serán los primeros en gustar el sabor amargo de su propio fruto! «Que tus palabras tengan un acento de heroica verdad», pudo aconsejar el estoico, pensando en aquella elevación moral que debe hacer al hombre digno de sí mismo, a pesar del *homo homini lupus*, de los siglos de civilización, y de tantos y tantos apóstoles que forman el martirologio de la justicia. Un día fué la verdad cristiana, clara cisterna que han enturbiado todas las codicias, la que dió al mundo una lección de entereza moral, pero más tarde las palabras del Nazareno, liviano fuego que templó las almas en el bien, sirvieron de pendón que batió la explotación organizada, convirtiendo la Civitas Dei, soñada por el noble obispo de Hipona, en la casa de los mercaderes, donde faltó nuevamente el látigo que un día los arrojará del templo. Y ved cómo, por extraña ironía, todo lo que un santo varón hizo por sus semejantes ha podido servir tan sólo, a vuelta de siglos, para forjar nuevas cadenas y levantar recios vientos de odios. ¿Quién ha enturbiado el amaos los unos a los otros? ¿O es que la mala levadura humana constituye el peor enemigo de todo sentimiento

de bondad? Bienaventurados los que, como el varón estoico de la Antigua Roma, fueron incorruptibles y fueron puros, porque ellos serán los únicos elegidos en el reino de la justicia. El, como Sócrates el justo, comprendió la eterna antinomia del bien y el mal, del dad y el negad, del egoísmo y de la explotación, razón de la vida sobre la cual el imperativo categórico del deber regirá siempre a los menos y será mandamiento que guarden los pocos. Demasiado bien lo sabía Federico Nietzsche, el austero solitario de Sils María, cuando aconsejaba la necesidad de superarse, sin olvidar las obligaciones que impone la dignidad humana: escribe con sangre, porque la sangre nos acerca al dolor de todos los que sufren y nos obliga a mejorarnos un poco cada mañana.

Mientras vivíamos días como los que aún no se olvidan del todo entre nosotros, durante los cuales atropellábase la libertad personal y, en nombre del orden, se humillaba y se ofendía; cuando aquéllos que se decían representantes de la justicia obligaban a estudiantes y a obreros a comer el pan de cebada y de trigo cubierto de estiércol que, según cuenta Voltaire, mascó Ezequiel por orden del Señor, ¡mientras el vituperio iba a convertirse en victoria y la celda en pesebre que alumbrase nuevas anunciaciones, todos esperaban, esperábamos, la resurrección del que años antes había desafiado las iras de propios y extraños y cuyo verbo de admonición hubiera podido ser cauterio sobre la llaga de un poder en decadencia. Desgraciadamente su soledad nos le había robado para siempre, le retenía en su rincón de donde, de cuando en cuando, su voz llegaba hasta nosotros como un estremecimiento y como un ejemplo.

Una antigua dolencia y la herida siempre abierta que le infirió la cuchillada de todas las persecuciones, le amilnaron tal vez, llevándole hasta su tranquilo retiro de Maipú. Dos libros alcanzó a dar a la estampa, pero dos libros que bastaron para envenenar su vida, porque en ellos tuvo la audacia de ser sincero y de no saber callar. ¡Y obras como esas no se perdonan! ¡Pensad en el amigo que, de



pronto, se encara con vuestra suficiencia y os descubre las flaquezas diciéndoos: te crees joven y estás decrepito; te sientes sano y te roe el cáncer; te piensas libre y eres esclavo de tus vicios; sueñas que eres rico y tu magnanimidad no es más que la inconsciencia del que vive de prestado; celebras tu prosperidad y eres una ruina blanqueada!... Tal vez el disimulo haga creer que toleras esas palabras, pero, en el fondo, te muerde la ira, sientes la brasa de la verdad cruel, y en vez de tener el valor de corregirte, te ciega el rencor, te pierde el amor propio y estallas contra el que pudo, contra el que debió ser tu salvador.

Ese fué el caso de Alejandro Venegas, este hombre austero que acaba de morir solo y triste. Como fué honrado y como era de los puros creyó a sus contemporáneos superiores a sus vicios. Su equivocación fué un terrible error. Desde el Nazareno hasta hoy los Pilatos siguen lavándose las manos y los Caifás no han mudado de toga.

Hace diez años alentó fe en la juventud y la juventud de entonces, triste es decirlo, no estuvo cerca de él. Recordamos haberle oído contar, cierta mañana, la historia de su primera y más dolorosa decepción: se le atacaba violentamente, por esos días, en la prensa, cuando se encontró, de manos a boca, con un joven camarada, mozo que proclamaba sus arrestos de hombre sin miedo ni tachas. Fué hacia él, con la mano abierta y el corazón anheloso. Una palabra cortante y un reproche inmediato lo hicieron comprender que estaba más solo que nunca: «Su libro es anti-patriótico y nos desprestigiará en el extranjero»...

Nada más le dijo aquel amigo y esa expresión era suma y compendio de un sentir común. Nos envanece el halago y nos quema la verdad, pudo pensar él; ¿de dónde podrá venir, entonces, nuestra salvación?

Ahora ha muerto, antes de tiempo, cuando aún pudo llegar a verificar cumplidos muchos de sus vaticinios. Cansado estaba en su soledad y en su tristeza, dejándose olvidar un poco cada día en su trastienda rural, mientras presenciaba el espectáculo cotidiano en el cual se juega la



comedia de los que trepan y de los que sonríen. Muchas veces, cuando le veíamos aislado, solíamos pensar con el ideólogo de Zaratustra: no te pese demasiado tu soledad, hermano, que ya vendrá renqueando la hora de la justicia.

Tibio está aún su cuerpo, de cara al cielo: antes que el tiempo y la muerte le sepulsen del todo en el inescrutable silencio, vamos en su busca, recordémosle un instante, porque ya que siempre le dejamos solo tengamos siquiera el valor de salvarle del olvido, ahora que le necesitamos tanto. Ejemplos como éste, de la dura conciencia moral del hombre fuerte, son raros y únicos: dignifican y enaltecen. En medio de un pueblo de funcionarios contentos, de gobernantes sin ideales, de profesores que convierten su ministerio en profesión lucrativa, el caso de Alejandro Venegas es el de un hombre heroico.

### AQUELLOS DÍAS

Nuestro primer recuerdo de Alejandro Venegas se confunde con los días de la remota adolescencia. Lejanas, dilatadas en una perspectiva de semi-borroso recuerdo, revivo las horas de aquella juventud ya tan remota, que se desenvolvió en el apacible Liceo de una triste y vulgar ciudad de provincias. Talca, con sus calles tiradas a cordel, con su beatitud socarrona; su gente misoneísta y soñolienta, cuya existencia se desliza consumida por el tiránico afán de amasar fortuna, horra de idealidad y de inquietud; poblacho de campesinos adinerados y de burócratas religiosos y sedentarios, desconfiados y sórdidos, que más le conceden a los placeres de la gula y del liviano buen pasar que a toda posibilidad de beneficio social o de caridad para los que han menester de ayuda; con sus casonas amplias, sus despensas bien repletas, sus mesas de

juego siempre socorridas, resume el tipo clásico de la aldea grande, en cuyo seno no ocurre jamás nada que pueda violentar las digestiones lentas de sus pobladores, y en la que cada cual cumple, según su leal saber y entender, el precepto evangélico del creceos y multiplicaos.

Corría el último año del primer lustro del siglo que vivimos: la amodorrada vida provinciana arrastraba su diaria monotonía. Nuestros irreflexivos cortos abriles de inexpertos boquirubios, florecían en la divina inconsciencia de su amable primavera. Eramos muchos, todos alegres, traviesos, ajenos a cualquiera preocupación ulterior. ¿Los estudios? ¿Quién podía pensar en los libros! Pero, ¿acaso la vida se ha hecho para el estudio, cuando el sol y el campo nos invitan afuera; cuanto los catorce años resuenan como un cascabel y la primavera es como una larga copa llena de aromoso vino? Nadie pensaba en las clases enojosas ni en los profesores remolones.

Y así debían sentirlo y pensarlo todos los alumnos que convivíamos bajo el techo de aquel exiguo Liceo, vetusto asilo donde a la terrible e implacable disciplina del castigo correspondía el más delicioso desorden y la más absoluta falta de provecho en los estudios. Era aquel un Liceo único y singular, digno de pintoresco recuerdo: dirígalo un buen hombre, envejecido en las aulas, de genio irascible e intolerables manías, don Gonzalo Cruz, formado junto a esa generación que contó entre los suyos a Barros Arana y a los Amunátegui. Amigo de don Diego, a quien veneraba, sólo concebía el orden y el estudio resguardados por la autoridad omnímoda, que profesores e inspectores hacían sentir brutalmente. Aquel Liceo era un cuartel, una gallarda academia del desorden, regentada por el anciano rector, a quien secundaban numerosos caballeros de la localidad, respetables e insoportables, que tenían a su cargo las clases: abogados, médicos, agricultores tronados, formalísimos padres de familias, *summa sapientiae* provinciana, para no citar a tres profesores que hacían excepción a la regla: Darío Castro, José y Fidel Pinochet. Vanamente se empeñaban todos ellos para



hacernos entender las engorrosas lecciones de la química, del álgebra o de la biología, porque nuestra holgazana imaginación siempre andaba urdiendo bellaquerías, que hacían inútiles sus nobles y doctísimos empeños para desasnarnos. Duras eran nuestras cabezas y reacias, cerriles, impermeables, nuestras voluntades.

Cada cual solo aprendía fácilmente el difícil arte de la travesura y de *l'école buissonniere*. Grandes y pequeños, todos concurríamos en análogos propósitos de vagancia y de escarnio. Un día ¡inefable recuerdo inicial en las actividades peligrosas! el Liceo se levantó en armas reclamando, a viva fuerza, los derechos de unas horas de asueto. Fué aquél un asalto y un pugilato, en el cual los que menos podíamos no contuvimos la mano inconsciente que lanzaba los guijarros contra los cristales de las ventanas. Arremolinados todos los cursos, enardecida la muchachada, se agolpaba en las calles vecinas al Liceo. Bien pronto el desorden tomó proporciones de motín y, entonces, apareció la policía, mientras el pueblo acudía a presenciar aquel espectáculo en verdad poco edificante para la enseñanza y para el establecimiento. Recuerdo ese día cuando, durante la hora de almuerzo, le oí decir a mi madre, presa de exaltada indignación: «Es una barbaridad: esto no ha ocurrido nunca en el Seminario. Hay que sacarlo del Liceo...» Con harta angustia comenzaron a presentir mis pocos años días nefastos y tristes; creía llegada la hora de mi castigo, viéndome severamente tonsurado, rumiando mi incipiente latín, a lo largo de los sombríos corredores del Seminario Conciliar, o mientras procuraba retener en la memoria las interminables lecciones de filosofía del texto del padre Ginebra.

Felizmente un acontecimiento afortunado vino a libertar mi alma indefensa de las disciplinas y de las sotas. Aquella sublevación fué tempestad de una hora: el incendio dejó a su paso una huella de leve ceniza. El hecho de que el Liceo estaba desmoralizado se agravó presto con las flagrantes torpezas cometidas por su dirección. Aquel cuartel de la enseñanza secundaria no podía sos-



tenerse ya sobre una base de tal desprestigio. De Santiago llegó un día la ráfaga vivificadora, que iba a salvarlo renovándolo enteramente.

Las sanciones justicieras, después del motín de los alumnos, habían sido implacables: numerosos muchachos fueron arrojados del Liceo y, los que tenían menores culpas de participación, recibimos castigos severísimos. Hasta que una mañana, inolvidable y única, mientras formábamos en cerradas filas antes de entrar a las clases, se nos dió la orden de agruparnos de a tres en fondo, en el patio de los externos. ¿Qué sucedía? Acaso nos esperaban nuevos castigos?

Fué así como vimos llegar hasta nosotros a un hombre alto, delgado, de rostro bondadoso, que se restregaba suavemente las manos, seguido por un señor de corta estatura, grueso, feísimo y, al parecer, muy amable. Eran Enrique Molina y Alejandro Venegas, nombrados a la sazón rector y vice-rector del Liceo de Talca, con facultades absolutas para reorganizar el establecimiento.

Y he aquí como Enrique Molina, con esa bondad y ese tacto que siempre le han granjeado hondas simpatías, dirigiéndose a nosotros, díjonos en breves palabras: «Jóvenes: comienza una era nueva para el establecimiento. Desde hoy no existirá más la sala de castigo. En adelante todos seremos compañeros; nó, seremos amigos. Pero, es preciso estudiar y aprovechar el tiempo. La juventud debe pensar en lo que le espera, preparándose para ser útil y ser feliz. Este Liceo será, en lo sucesivo, como una colmena, que deje trascender el rumor de una labor entusiasta, realizada en común y con perfecta alegría. Jóvenes, amigos: el estudio acerca y une; olvidemos lo que ha pasado y trabajemos con entusiasmo».

Calló la voz de Enrique Molina y un largo y doloroso silencio pesó sobre nuestras cabezas. Luego, henchidos por un grande entusiasmo, desbordó de nuestros pechos, rebosando de las gargantas, un grito unánime, incontinido, de profunda alegría: Viva el nuevo rector, vivaaa...vivaaa...

Con ese vivaaa saludábamos la esperanza de una nueva mañana. Desde aquel día comenzó el instante fecundo de una evolución inolvidable para todos. Con Enrique Molina y Alejandro Venegas llegaron al Liceo nuevos profesores y nuevas orientaciones.

Poco a poco aquel hombre feo, que acompañaba al nuevo rector; de pómulos salientes, escasos bigotes, ojillos brillantes e inquisidores, voz delgada y terminante, fué adentrándose en nuestra curiosidad. Duro y brusco en sus órdenes, y de aspecto nada simpático, sabía, sin embargo, transfigurarse en sus clases, ¡Con qué elocuencia brotaban las palabras de sus labios! ¡Cómo el más hondo acento de sinceridad daba calor a cuanto decía! Sin eufemismos ni vanos circunloquios, iba, día a día, ganando nuestras voluntades e interesando a nuestra rudimentaria cultura. Sus clases constituían una experiencia constante de integridad moral. Era la primera vez que un profesor no exprimía nuestras memorias con el ejercicio de un aprendizaje mecánico, buscando, en cambio, las fuentes vivas del interés. En sus clases, las de gramática y literatura, paulatinamente comenzó a sondear la solidez de nuestros aprendizajes anteriores. Y, en realidad, pudo convencerse que todo lo que reteníamos sabíamoslo gracias a un simple esfuerzo pnemotécnico y no porque hubiéramos llegado a sentirlo. Un día ¡oh inefable clase aquella! nos habló de un Cervantes que ignorábamos: admiraba en el autor del Quijote su hondo sentido humano, su alta idealidad, el noble carácter realista. Impugnaba, burlándose donosamente de ellos, a todos los que en su obra sólo iban a buscar la sabiduría idiomática, lo cual le hacía el efecto de ratas hambrientas que trataban de horadar una piedra secular: «Cervantes escribía mal, si por escribir bien se entiende escribir conforme a los estrictos preceptos de la gramática; pero Cervantes vale más que todos esos maestros de la lengua, que solo frecuentan éste o aquel rata de bibliotecas y de diccionarios».

Y no se crea que por falta de gusto literario o por tosuda incultura era un enemigo de ciertos escritores anti-



guos: ninguno como él poseía un caudal de tan dilatadas lecturas, pocos le aventaban en el conocimiento de Quevedo, de Garcilaso, de Cervantes, de Santa Teresa, de Saavedra Fajardo, de Quintana y de Feijoo. Entre los originales que encontramos en su mesa de trabajo, después de su muerte, abundan los apuntes, recolecciones y glosas sobre el vocabulario de algunos escritores españoles, fruto de sus atentas y constantes lecturas. En algunos de ellos advertimos numerosos y frecuentes errores de Pérez Galdós, dislates frecuentes que resultarían imperdonables en un escolar, pero que la abundancia del maestro de «Angel Guerra» no alcanzaba a evitar.

Un día Venegas, al tratar de Ercilla, nos leyó algunas de las octavas reales de «La Araucana», preguntándonos luego: A ver niños: ¿les gusta? Temerosos de incurrir en un desacato, ninguno de nosotros respondía, hasta que un muchacho, nervioso, inteligentísimo, Manuel Bart, se incorporó en su banco y le dijo «Perdón, don Alejandro: eso me parece una lata». Sonrió Venegas y, cuando nosotros esperábamos el regaño, él nos advirtió: Ante todo debemos tener el valor de la sinceridad. Si no les gustan las estrofas de Ercilla ¿por qué no lo dicen? Y, tomando pie de esa respuesta, nos habló, durante toda la hora de clases, sobre el poeta soldado. Analizó el poema, desarmó con la prolijidad de un relojero algunas de sus octavas reales, para asegurarnos que nunca pudo ser poeta un rimador tan vulgar y tan artificioso, que escribió de memoria sobre cuanto veía y a quien han rendido culto todas las generaciones, tal vez porque nunca leyeron su inacabable poema.

Nunca un maestro pudo impresionar de tal manera a un educando; jamás un profesor contribuyó con tal acierto a formar el carácter y a despertar el gusto por el estudio. Su palabra era clara y precisa; sus convicciones profundas; su talento de una vigorosa masculinidad. Cerca de él cada muchacho sentía la responsabilidad de su conciencia y de sus actos, porque sus enseñanzas estaban basadas siempre sobre una descarnada comunión con la ver-



dad. De mano en mano había circulado por ese entonces, entre los estudiantes de los cursos superiores, el pequeño folleto en que él había recogido el discurso pronunciado a sus alumnos del Liceo de Chillán, al partir con destino a Talca en 1905, discurso en el cual encarecía el valor moral, razón única que acentúa el carácter en los individuos y en los pueblos y nos hace superiores a todas las cobardías: «En la cobardía debe buscarse el origen de esta ola de abyección que nos invade, de esa brisa de adulación mayor cada día, que sube de los pequeños a los grandes, de los pobres a los ricos, de los que pugnan por subir a los que están más cerca de la cumbre. La cobardía ha llegado a infiltrarse profundamente en la conciencia social. A donde fuereis haced lo que viereis, os dicen los pusilánimes. Adonde fuereis haced lo que creáis bueno, os he dicho yo. Hay que vivir con los vivos os gritan los menguados para disculpar sus transgresiones de lo moral. Hay que vivir con los rectos de corazón, os ha dicho vuestro maestro. No os metáis a redentores que os crucificarán, advierten los que carecen de valor, creyendo justificar su vileza; pero vosotros habéis oído de mis labios que casi no ha habido una idea grande que haya influido en el progreso humano, que no cuente con sus mártires».

Y, llevando a la práctica este elevado carácter moralizador de sus enseñanzas, solía decirnos que todo buen patriotismo no constituye una vana admiración de los simples hechos guerreros de un país, que suelen importar la parte menos perdurable en el alma de un pueblo. Grecia y Roma serán siempre la supervivencia de una cultura inmortal y en ellas pesan más las leyes de Licurgo, los mármoles de Fidias, los Comentarios de César, que la batalla de Salamina o las guerras de las Galias: «no creo yo que para enseñaros a amar a nuestro Chile sea menester mostraros los pendones quitados al enemigo en el Roble y Chacabuco, en Maipú y en Yungay, o haceros ver huyendo las huestes vencidas en Tacna y San Francisco, en Chorrillos y Miraflores... Siempre he huído de contaminaros con ese falso amor patrio que alguien ha designado con el

nombre de *patriotería*. He procurado que déis en vuestro corazón el lugar que a este afecto corresponde, haciéndoos capaces de sacrificaros por vuestra familia, de sacrificar a la familia por la patria y a ésta por la Humanidad».

Sus clases constituían el mejor y el mas amplio ejercicio intelectual: la vasta cultura de Venegas permitíale instruir acabadamente a sus alumnos, relacionando los asuntos de sus lecciones con todos los conocimientos que podían suscitar un interés para la curiosidad juvenil. Y no se crea que su acción docente tocaba tan sólo a los deberes que le imponía su horario: nunca tuve la suerte de conocer a un profesor que sintiese con tanta elevación el valor nobilísimo de su misión de maestro. Haciendo una excepción singular entre el funcionarismo docente, fuera de sus clases seguía siendo el compañero amable de los muchachos, a quienes reunía en excursiones provechosas y a quienes congregaba en interesantes cenáculos. A poco de llegar al Liceo de Talca inició las que él llamó charlas literarias, en las cuales todos dábamos a conocer los incipientes frutos de nuestras tempranas inclinaciones por las letras, y en las que él hacía leer hermosas páginas de escritores extranjeros. Fué así como, un día, sorprendió nuestras prematuras inquietudes, cuando aún no frecuentábamos otros poetas que Núñez de Arce, Campoamor y Andrade, con la revelación de las «Eglogas» de Marquina. Honda e inolvidable velada aquella, en que los versos de la *Canción de los golfos* y de *La avena fresca para el caballo*... sacudieron nuestra adolescente sensibilidad, sólo acostumbrada hasta entonces a las dulces quejas románticas o a los suspirillos melancólicos.

Así, en medio de un ambiente cordialísimo, transcurrieron los años. En 1910 Venegas dió a la estampa *Sinceridad*, obra amarga y fortalecedora, en la cual intentaba el más severo proceso moral de la república, al cumplirse el primer Centenario de vida independiente en el país. Estudió nuestras instituciones, fué sincero y honrado en sus juicios y, sin miedo ni calculados silencios, habló alto y gritó recio todos nuestros defectos y todas nuestras en-



fermedades ocultas. Y, como siempre sucede en estos casos, él fué la primera víctima de su obra porque, a pesar de que su *Sinceridad* había sido firmada con el nombre supuesto de Dr. Valdés Cange, bien pronto se tuvieron noticias exactas de su verdadero autor. Cometió Venegas el lamentable error de ocultar su nombre para esquivar, acaso, las iras que se iban a levantar en su contra. En el Liceo de Talca el profesorado fué el primero en sentirse herido por sus ataques a la enseñanza, comenzando una campaña sorda de hostilidades que arreció en momento propicio, cuando Enrique Molina, rector del Liceo, partió con destino a Alemania en comisión del Gobierno. En esa obra de zapa, mezquina y bien poco enaltecedora para aquel profesorado, que no le perdonaba las verdades que habían sentido en la carne viva, iba a triunfar la cobardía del ataque oculto y de la acusación infundada. El Subsecretario del Ministerio de Instrucción, a la sazón Moisés Vargas, fué en visita extraordinaria a Talca, y a vuelta de escuchar muchas declaraciones, embustes y calumnias, que Venegas logró desvanecer fácilmente, se nombró rector interino del Liceo a un nuevo funcionario, a fin de salvar la tranquilidad del establecimiento sacrificando, con una injusticia y una cobardía lamentables, al autor de *Sinceridad*.

Decepcionado, enfermo, presentó, años más tarde, su expediente de jubilación y fué así cómo iba a terminar su noble y altísima misión en la enseñanza chilena. «En esa época—escribía después—tuve que retirarme de la enseñanza: una antigua diabetes, que no había sido descubierta por los médicos, que me curaban como neurasténico, se desarrolló con caracteres muy graves; y los facultativos que me atendían me declararon que, si no me privaba del trabajo intelectual, moriría antes de un año». Con una miserable jubilación se dedicó entonces a las labores agrícolas y luego puso un almacén, donde lo encontró la muerte.

El delito de su honradez y de su sinceridad le había sorprendido solo, acechado por la cobardía de sus propios co-



legas, sin defensas de ninguna especie, entregado al tribunal de las sanciones administrativas, donde bien poco vale y pesa la probidad moral de un carácter superior como era el suyo.

### LA AUTOPSIA MORAL

La revelación de Alejandro Venegas como escritor político y como polemista ardoroso se debe a su primer libro, las *Cartas a don Pedro Montt*, sobre la crisis moral de Chile, escritas y publicadas durante los años de su permanencia en el Liceo de Talca. Libro amargo y elocuente, escrito con una valentía a toda prueba, estudia en sus páginas, desde un punto de vista enteramente nuevo, el origen y decadencia de nuestras instituciones y la crisis económica que ha venido a culminar en una prolongada agonía después de la guerra europea.

En su carta inicial decía Venegas: «Y he dicho en los tiempos futuros, porque en los actuales no es posible que se escriba a causa de que nosotros somos incapaces de ver nuestra propia abyección»; y, sin embargo, a pesar de todo, no quiso, no pudo resignarse a ser uno de esos eternos pesimistas que rumian cotidianamente su desencanto y nada intentan por mejorar el edificio que amenaza ruinas. Valientemente, en páginas robustas, contribuyó a sacudir nuestra musulmana indiferencia, hablando muy alto y muy claro en medio de cuantos participan en la connaturalización con los vicios y corruptelas que nos empequeñecen, alejándonos de toda idealidad y de todo mejoramiento.

En nuestro país, donde cada político está doblado de un economista, donde tanto se ha dicho sobre los errores de nuestra hacienda pública y tan poco se ha hecho por remediarlos, Alejandro Venegas logró tocar el talón de

Aquiles de nuestro rudimentario sistema administrativo. Para explicar los errores de nuestros gobiernos y la responsabilidad de las clases gobernantes que dirigen los destinos de este país, realizó la más clara vivisección que hasta ahora se haya intentado en un organismo de recia vitalidad.

Los errores de nuestras clases dirigentes han creado un verdadero sistema oligárquico, triple coraza en un estado de cosas que diluye sabiamente su irresponsabilidad en el débil gobierno parlamentario, en el cual el poder resulta lo que el juego de las cuatro esquinas: un eterno cobre allá. La mayor parte de nuestros males y acaso el secreto de nuestra seria crisis actual residen en un acentuado desorden económico. Los primeros años de la república fueron los de un país que sobrellevó su pobreza con esa severa dignidad propia de las conciencias rectas y de los organismos fuertes. «En los primeros sesenta años de vida libre—escribe Venegas—nuestra patria se distinguió también entre todas las naciones de la América Latina por la mayor discreción y honradez de sus gobernantes y por la laboriosidad y patriotismo de su pueblo; lo que se manifestó claramente en la menor frecuencia de las revoluciones y en el puntual pago de sus empréstitos exteriores». Y así se dió el caso de que Chile, a pesar de ser un país rico por sus yacimientos de minerales y por la fecundidad de sus campos, se mantuvo en un estado de austera pobreza debido a la escasa afluencia de capitales y de recursos para su explotación. Sin embargo, fué Chile en el continente un modelo de honradez y laboriosidad y el primero que logró consolidar definitivamente su orden y su gobierno pasados los días de la proclamación de su independencia.

Las primeras crisis económicas pudo resistirlas con facilidad, encontrando inmediatamente ayuda en el exterior, gracias a la solvencia de su crédito. Así, tras los descalabros originados por el desastroso año agrícola de 1877, que tuvo como consecuencia una situación de ruina para nuestra hacienda al sufrir una merma visible los derechos aduaneros, sobrellevamos una guerra contra dos países,



guerra en la cual se puso a prueba la resistencia de nuestro pueblo y la buena fortuna de que fuese el gobierno quien improvisara un ejército y dirigiera la campaña con más pericia que los mejores generales. La gloria de la campaña del Pacífico, como ya lo ha probado don Gonzalo Bulnes, le pertenece a los gobernantes de entonces más que al ejército.

Desgraciadamente la crisis del 77 tuvo por consecuencia las leyes que aumentaban el monto en las emisiones de billetes, mientras comenzaba a exportarse el oro y a escasear el circulante de plata, lo cual dió origen a una lamentable depreciación en nuestra moneda. Y, como en todos los regímenes y particularmente en los económicos, todo es comenzar para que se sucedan las calamidades que benefician a los que menos lo necesitan, el Fisco se vió en la dura necesidad de recurrir a los bancos, de aceptar préstamos, de emitir nuevo papel, sin plazo forzoso y sin más garantías que la buena fe del Gobierno. Ocurrió entonces lo que debía suceder: el aprendizaje del fácil recurso de emitir dinero antes de cubrirlo con las garantías necesarias, y la distribución de un pingüe beneficio para determinadas clases, los agricultores: «Eternamente endeudados—observa Venegas—a causa del sistema extensivo de cultivar el suelo que se usa en nuestro país, los dueños de las tierras se hallaron en la situación más favorable que es dado imaginar: sus granos, vendidos en Inglaterra, eran pagados en oro, y ellos saldaban aquí sus cuentas en moneda averiada. Si antes el agricultor tenía que vender tres mil fanegas de trigo para cancelar una deuda de diez mil pesos, con el billete depreciado le bastó vender dos mil; el resto fué una ganancia extraordinaria e imprevista. También debe tomarse en cuenta que en los campos es donde se realiza más tardíamente la nivelación de los salarios con las necesidades, de tal modo que los hacendados siguieron durante años pagando a sus inquilinos y trabajadores jornales irrisorios».

Nada ganó en este negocio, ciertamente el pueblo, que percibía la ficha o los cinco centavos diarios, amén de su

menguada ración; pero en cambio el boato, las edificaciones suntuosas, la vida regalada, sentaron sus reales en la mayoría de aquellos hogares donde antes presidía una severa austeridad; lujo que contrastaba con la pobreza lamentable del inquilino, que vivía en nauseabundos ranchos y comía por los inviernos los restos de las cosechas que logró almacenar en los estíos. Jamás a esa riqueza de arriba correspondió un beneficio para las clases pobres; nunca lo que fácilmente ganó el dueño del latifundio fué a mejorar al labriego misérrimo e ignorante. Se hermosearon las casas, fueron más frecuentes los paseos a Europa, aumentó el gasto suntuario en las familias, porque la hacienda daba para todo y el inquilino no pedía nada. Luego, al terminar victoriosamente la guerra contra el Perú y Bolivia, el Estado se encontró enriquecido inesperadamente, dueño de un caudal fabuloso, que le permitió pagar sus deudas e iniciar la vida de rico hombre, que despilfarra y cultiva aires de nabab pródigo. Sin embargo, poco se pensó, durante la abundancia, en la vuelta al régimen metálico, que no resultaba cosa fácil para el Estado; ¿quién sino el Congreso podría dictar la ley que rescatase el billete fiscal? Pero, ¡ah! ¿acaso no componían el Congreso, en su mayoría, los propios agricultores y banqueros que iban a resultar perjudicados? No se hizo la conversión y fué así como si el 79 cuando «nuestro Erario—observa Venegas—era pobrísimo y pasaba lleno de angustias, en los meses más afflictivos de la guerra, la depreciación del billete no fué mayor de un 32%; el 84, después de firmada la paz con el Perú y el tratado de tregua con Bolivia, adueñados de territorios valiosísimos, con la arcas fiscales, repletas, con sobrantes anuales, llegó esa depreciación a 48%!» ¿Qué la estabilidad del cambio no podía conseguirse o que su descenso era una consecuencia clara de un sistema monetario en decadencia, eso a quien podía preocuparle si continuaba enriqueciendo a agricultores y banqueros? Nuestros propios gobernantes creaban deliberadamente nuestra ruina y, cuando pudieron hacer algo por evitarla, se desentendieron amablemente



hasta el providencial año 87, en que se dictó la primera ley que retiraba el billete de curso forzoso.

¿Quién llegó a ser el prohombre capaz de intentar esa aventura, contra tantos y tan cuantiosos intereses creados? Era presidente don José Manuel Balmaceda, gobernante a quien los acontecimientos políticos que malograron su obra han servido para que se le befe y se le condene. Se le condene en nombre de una revolución que sólo se cree fué una consecuencia política cuando en el fondo de ella priva una imperativa razón económica, que se complicó con un desacato constitucional. ¿Pudieron pensar, acaso, cuantos llevaron a Balmaceda a la presidencia, que tendrían que temer en él a un conversionista? Salido de las más altas clases sociales, educado en el seno del Seminario Conciliar, emparentado con una larga familia de agricultores ¿quién iba a dudar de los propósitos de Balmaceda respecto de la política económica que había de adoptar? Cuando todos creían que el presidente llenaría las arcas de los bancos a fin de contribuir a facilitar los créditos, Balmaceda destinaba los fondos de la nación a construir obras públicas, puertos, escuelas, ferrocarriles, puentes, cárceles y cuarteles. Sin embargo ni el bienestar que todos estos progresos dejaron sentir, ni los beneficios que aportaban, bastaron para atenuar los *venticellos* que comenzaba a inflar un descontento visible entre cuantos veían subir lentamente la balanza del cambio, y acentuarse el mejoramiento de los salarios, mientras las haciendas se despoblaban porque los peones que recibían treinta centavos al día emigraban en busca de trabajo hacia las faenas donde se construían obras públicas. El agricultor, fácilmente enriquecido, advirtió este peligro y bien pronto pudo plegarse a cuantos no olvidaban las campañas de Balmaceda para establecer las leyes de matrimonio civil y cementerios laicos, que logró sancionar siendo Ministro del Interior del presidente Santa María: a todos los políticos ambiciosos, presuntos candidatos a la Presidencia; a no pocos logreros, que en toda procesión toman un cirio y, también, desgraciadamente,

a muchos hombres honrados que temieron por la dictadura. Sin embargo, aunque el Presidente hubiera intentado gobernar sin presupuestos y hubiera pensado ya en un sucesor, la dictadura pudo ser combatida con otras armas.

Apasionadamente, con esa convicción que en él alumbraba cuanto toca, Venegas ve y exalta en la Presidencia de Balmaceda la de un salvador, la de un hombre de Estado que pensó en el pueblo y a quien sacrificaron los intereses de las clases adineradas. Balmaceda comprendió claramente la suerte que correría el país si el régimen parlamentario llegaba a entronizarse debilitando o restringiendo las atribuciones del Ejecutivo. El día que se encontró con que el Congreso no le había votado las leyes de los gastos públicos, según lo dispone el precepto constitucional, quiso continuar gobernando sin las leyes de presupuestos. Sobrevino entonces la revolución que dividió, ensangrentándolo, a todo el país y llegaron días desesperados, que fueron decisivos para un régimen de gobierno en Chile.

¿Cuál hubiera sido la consecuencia inmediata que hubiera acarreado el triunfo de la revolución y la permanencia en el gobierno de don José Manuel Balmaceda? ¿Acaso la autoridad presidencial hubiera engendrado la dictadura? ¿O habría logrado solamente robustecer la autoridad del Ejecutivo malogrando el avance de este parlamentarismo que hoy nos gobierna? Difícil es prever en este caso aun cuando Alejandro Venegas atribuye al triunfo de la revolución todo nuestro malestar económico y administrativo: «En efecto—escribe—la guerra civil había perjudicado enormemente a la industria y al comercio, había originado en uno y otro bando gastos que sumaban mas de cien millones de pesos, y, finalmente, había deprimido el crédito nacional hasta el punto de que los bonos de la deuda externa llegaron a tener una depreciación de un 27%. Consecuencia de todo esto fué que el cambio bajó a 15 peniques. El descenso del cambio hizo subir desproporcionadamente el precio de los artículos



de comercio, y entonces los agricultores ya pudieron respirar, vendiendo sus cosechas con un recargo de un 70 u 80% sobre el precio que tenían antes del 91, palpando por decirlo así, los benéficos resultados de la revolución. Desgraciadamente para ellos, situación tan lisonjera no fué de larga duración; por un lado el afianzamiento de la paz interna y la vuelta a la vida, de las industrias y el comercio, y por otro la creencia que en los países europeos se tuvo en la buena fe de los revolucionarios, comenzaron a hacer renacer la confianza, y el billete fué subiendo paulatinamente hasta pasar de 20 peniques en 1892. Justamente alarmados por una confianza tan perjudicial para sus intereses *los salvadores del país* resolvieron arrojar la máscara, y el 26 de Noviembre del citado año dictaron aquella ley ignominiosa, infame, que declaró a la faz de las naciones que Chile, el país del salitre, con uno de los erarios más ricos del mundo, no cumpliría el compromiso de honor que contrajo al emitir sus billetes, pues, como a un tramposo vulgar a quien no se puede compele por medio de la justicia ordinaria, se le antojaba cancelar su deuda pagando solo 24 peniques por cada 45 que recibió; y esto, tres años más tarde, y si no le daba la gana, se comprende, de fijar después un plazo más largo o hacer una rebaja nueva a la moneda».

¿Para qué recordar la ley que hizo la conversión del 95, que duró el breve plazo de tres años, y bien pronto fué deshecha y aventada por los partidarios del papel moneda, que aprovecharon a maravillas el fantasma de una probable guerra con la Argentina para tomar los fondos de conversión, declarar la ley de moratorias y volver luego al régimen del papel moneda con la emisión de cincuenta millones de pesos?

¿Ha primado en tales negocios un interés patriótico? Demasiado claramente prueba Venegas que todas estas fluctuaciones sólo han beneficiado a banqueros y agricultores, partidarios del circulante inconvertible, que les permitía pagar a diez lo que cobraban a ciento? ¿Cabe pensar en la existencia de un privilegio más regalado que el

de la balanza baja, que le permite al hacendado cobrar en oro, en el extranjero, lo que convertirá luego en moneda depreciada, con la cual cancelará el miserable salario del trabajador y el monto crecido de sus deudas? ¿En qué país del mundo se han creado y mantenido privilegios parecidos a los que existen en Chile en beneficio de las clases adineradas? ¿Cuándo recibió, en Inglaterra, en Francia o en Alemania, protección tan desembozada la agricultura y el banquero? Nuestros hombres de gobierno no olvidan jamás sus intereses y así, desde hace medio siglo, se cuidan bien de legislar con noble preocupación de sí mismos, manteniendo un régimen de moneda incalificable; un regalado sistema tributario para los latifundios; construcciones de obras que benefician a tal o cual propiedad de éste o aquél prebendado; elásticas leyes proteccionistas; amables disposiciones antialcohólicas; impuestos patrióticos al ganado argentino, y tantas y tantas gabelas más que justifican la existencia de esa oligarquía, cuyo nombre recogen como un reto los que se sienten afectados con su estigma. Pero, fuerza es decirlo, existe entre nosotros esa oligarquía, que goza de pingües prebendas y cuenta con las regalías que le deja usufructuar un estado muy complaciente con los de arriba y perezoso cuando no es hostil con los de abajo.

Valientemente, con claridad y sin tapujos, desenmascaró Alejandro Venegas el juego de esta comedia, que perpetúa todo un sistema de proteccionismo y de camaradería en nuestros gobiernos. ¿Si de la agricultura se trata, cuándo se dictaron leyes que significasen un progreso en los cultivos de la tierra, cuyo estado sigue perpetuando un atraso lamentable? ¿Se ha limitado la retención de enormes extensiones de tierras entre los que usufructúan de ellas sin trabajarlas? ¿Quién ignora que en Chile existen latifundios donde cabrían centenares de miles de familias y que sólo aprovechan, valiéndose de sistemas primitivos de cultivos, ricos hacendados que ni siquiera los visitan jamás? ¿Donde está la acción de un gobierno nacional, que se atreva a restringir las especulaciones vergon-



zosas, en las cuales se sanciona el robo y el engaño? ¿Cuándo se ejerció una acción inmediata sobre los bancos y, particularmente, sobre aquellos de crédito popular que, como el más conocido de todos, fué saqueado por su dirección mientras la supervigilancia fiscal no tenía conocimiento de lo que en su interior ocurría, hasta el momento en que la prensa revelaba que, todos los pequeños ahorros de la modestísima gente que allí acudía a depositarlos, habían sido hábilmente escamoteados? ¿Dónde están las leyes que protejan a los inquilinos contra el rábula y el juez prevaricador? ¿Cuál ha sido el gobernante que haya sancionado con la cárcel los atropellos que han cometido con las familias indígenas los poseedores de tierras en el sur del país? ¿Cuándo se puso coto o límite al alza exorbitante de los artículos de primera necesidad? ¿No recuerda Venegas el caso ocurrido en 1907, cuando fracasó definitivamente la posibilidad de la conversión metálica, mientras los agricultores vendían sus productos a precios que importaban un robo, llenando sus bolsas a costa del hambre del pueblo, en tanto el cambio derrumbábase hasta el tipo vergonzoso de 7 peniques? ¿Qué más podían desear entonces, ayer y ahora, agricultores, jugadores de bolsa y banqueros que tener un cambio bajo, una moneda depreciada y precios imposibles para vender sus productos? ¿Qué más que pagar con una moneda de cinco sus deudas, cuando podían vender a ciento sus cosechas? ¿Dónde está, dónde encontrarla, dónde buscar la linterna de Diógenes que permita dar con el sentido moral de nuestras clases dirigentes?

## LA AUTOPSIA RELIGIOSA

Cristiano por todo lo que había en sus actos de bondad y honradez, Alejandro Venegas fué un impugnador sin tapujos de las enseñanzas religiosas, explotadas por todos los especuladores de la vida eterna. Siempre habló con descarnada sinceridad del catolicismo, haciendo resaltar el contraste que existe entre las enseñanzas del Nazareno y las lecciones que se dan ogaño sobre el texto de los evangelios, que siempre esconden una alcancía.

Admiraba a Voltaire y recomendaba las lecturas de los libros científicos entre los cuales, con particular dilección, las obras de Darwin, de Spencer, de Draper. En cierta ocasión y en circunstancias que trataba en sus clases sobre la literatura española del siglo diez y ocho, habló con hondo y concentrado amor, de Feijoo, escritor a quien admiraba sin reservas. Nunca olvidaremos aquella hora preciosa, discurrida sobre el autor del *Teatro Crítico*, que Venegas inició con estas palabras: «Don Alberto Lista, poeta detestable y preceptista a quien hoy nadie lee, solía decir que él contribuiría con gusto a levantarle un monumento a Feijoo con tal de que al pie de el se quemasen sus libros».

Tal vez, explicaba luego, para Lista aquel fraile sapientísimo no pasaba de ser más que una encarnación de Lucifer, por todo el daño que había logrado causar con sus escritos heréticos. De tal manera un buen católico podía temer a ese enciclopedista español, pensador sin miedo, que contribuyó más que generaciones enteras a combatir todas las preocupaciones vulgares, librando enardecidas batallas de pluma con sus frecuentes impugnadores. El había leído todas sus obras y acariciaba, por ese entonces, la idea de escribir un estudio en el cual contribuyese a difundirle, pues creía que sobre su obra pesaba un injusto olvido. Nadie como Venegas admiraba en el fraile



de la feligresía de Santa María el valor sin reparos, la cultura enciclopédica, el tono ardiente, la convicción que no respetaba los convencionalismos ortodoxos, para reñir sus batallas por la verdad. En tiempos de la Inquisición, decía Venegas, Feijoo habría sido arrojado a la hoguera, sin miramientos de ninguna especie, porque en realidad su audacia fué única cuando en esa España del siglo diez y ocho se atrevió a negar el milagro de las florecillas de la ermita de Cangas; a defender la anatomía, él un simple fraile, que no tuvo empachos para asegurar que dejaría dispuesto que se llevase su cadáver a un anfiteatro, a fin de servir de objeto de estudio; o cuando atacó todas las patrañas de su tiempo, al censurar la ignorancia de los que creían en trasgos, duendes, brujos, cosas de hechicería, o de cuantos se entregaban en manos de curanderas zafias.

A poco de llegar al Liceo de Talca Venegas, comenzó a circular entre los muchachos un pequeño folleto titulado *La procesión de Corpus*, y suscrito con el nombre supuesto de Luis del Valle. Su autor era Alejandro Venegas y, en verdad, dicho escrito merece los honores de su claro y penetrante talento. ¿Por qué había ocultado su nombre? La razón fluye explicable: era a la sazón profesor en Chillán y *La procesión de Corpus* había producido escándalo y espanto en medio de una sociedad que no ocultaba sus resabios timoratos. En un instante de lamentable flaqueza pudo temerla Venegas, ocultando la mano que había escrito el libro. Fué tal vez un error esta inútil prudencia: el tono de ese folleto habría acabado por imponerse a propios y extraños. Es una página nobilísima, escrita al calor de profundas convicciones y con soltura y elegancia de admirable narrador.

¿Fué un ensueño? ¿Fué una realidad?, se pregunta al comenzar a referir la gracia de esa epifanía. En una mañana de Junio, turbia, presencia desde la plazuela de la Iglesia de Santo Domingo, la procesión de Corpus, que aparece a través del derruido pórtico del templo y desborda luego por las calles, con todo el ceremonial de su magnificencia oriental: la cruz alta, el palio de brocato,

la custodia resplandeciente, las capas pluviales recamadas de seda, los cirios humeantes, el incensario oloroso.

Pasa la procesión, alejándose lentamente, mientras él penetra al templo solitario y, entre los mendigos que le asedian, repara en un pobrete, que viste raído traje y cuya mirada es triste y sus cabellos largos y canosos. Su honda conmiseración le atrae y, tan pronto comienza a enhebrar una conversación con él, su fisonomía se ilumina y sus pupilas se inundan de ternura. Y he aquí cómo, bajo aquellos andrajos, se oculta el propio Jesús, el dulce pescador de Galilea que, en aquella hora de fiesta, se ha quedado solo en un rincón del templo. «¿Eres Jesús de Galilea?», le pregunta, y él le responde: «Tú lo has dicho». «Por qué, Señor, hoy, en tu gran día, cuando los cristianos te celebran de una manera extraordinaria, te he visto en figura tan humilde, apartado de los tuyos y contemplando con honda melancolía el templo desierto?» Y él le replica: «Hace muchos siglos ya que no habito en las iglesias y vago por el mundo buscando algún gran corazón que haga renacer aquella aurora de esperanza que brilló para la humanidad después de mi muerte». Cuando el Nazareno calla un instante, él le pregunta por sus hijos predilectos, su vicario, sus obispos, sus sacerdotes, y Jesús le responde que son ellos los que le han alejado del templo, vengando a sus predecesores, aquellos mercaderes que arrojó del templo y que ellos son los que han borrado su recuerdo en el corazón de los humanos: «Yo prediqué la pobreza y el trabajo, y tú ves a los que se llaman mis sucesores y ministros vivir en la holganza y mostrarse a los fieles cubiertos de joyas y trajes preciosos que darían envidia a los reyes de Oriente. Yo enseñé la caridad, y ellos, que han acumulado riquezas incalculables, no se sacian de pedir limosna y nunca la dan. Yo exigí la pureza de las costumbres, y ellos aboliendo el matrimonio, que es la única base de la verdadera castidad, han dado en todo tiempo los escándalos más vergonzosos y repugnantes. Yo aconsejé el amor al prójimo sin distinción de clases ni nacionalidades, ¿dónde has visto odios más reconcen-



trados y venganzas más crueles que entre ellos? y qué guerras más bárbaras y sangrientas ha habido que las hechas en mi nombre? Yo prescribí la humildad, y qué magnates más orgullosos y despóticos que los príncipes de la iglesia! Yo con mi palabra y con mi ejemplo enseñé la sinceridad, y ¿dónde han cundido más la mentira, la hipocresía y la calumnia que entre los que se llaman mis ministros?»

Llega en ese instante de la calle el eco del rezo de la multitud, que exclama: «¡Santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de la majestad de vuestra gloria!» Entonces Jesús agrega: «¿No oyes? A mí, el fundador de una religión de paz, de amor y de consuelo, me proclaman Dios de los ejércitos. . . de esas agrupaciones de hombres que no tienen otro objeto que matar hombres; que no estudian otra cosa que el mejor medio de destruir a sus semejantes; que se deleitan viendo correr la sangre humana; que, ebrios de coraje, gozan, con las convulsiones de los moribundos. ¡Qué sarcasmo!»

Pronto él le dice a Jesús: «Señor, no todos te abandonan, te queda la mujer: en ella predomina el sentimiento y te sigue». Y el Nazareno, triste, le responde: «Ahí tienes a la mujer; mírala, como un autómata, tras el sacerdote que se ha apoderado de su conciencia, halagando sus vanidades, otorgándole un fácil perdón a sus culpas, mostrándole como virtud su lastimosa ignorancia y lisonjeándole con los nombres mentirosos de vírgenes cristianas, madres cristianas, hijas de María, esposas del Señor. . . Ella, la reina del hogar, la educadora de los hijos, que debiera ser pozo de ciencia y fuente inagotable de amor y sentimiento, despojada de sus más bellos atributos, ignorante, fanática, sin más atractivos que los del sexo, es el instrumento más poderoso de que la iglesia dispone para manejar las sociedades: por medio de las hijas arrastra a los padres y a los hermanos; por las esposas domina a los maridos, y por las madres fija el rumbo de la suerte de los hijos». Y Jesús, triste hasta la muerte, terminó diciéndole: «En esta religión que tú vez ahora, no queda ni som-

bra de mis enseñanzas: el sentimiento ha sido reemplazado por las apariencias; la fe por la superstición más grosera. Mi religión ya no existe».

Mientras la procesión se acerca, en su regreso al templo, conversan aún y Jesús le habla de los nuevos tiempos, que no están lejos, en que terminarán la ignorancia y el fanatismo, las rivalidades y los odios, mientras se derrumba la actual civilización y llega a reemplazarla otra más pura y más bella, fundada sobre el altruísmo, donde el trabajo no sea una maldición y en la cual no existan siervos ni señores, magnates que vivan en la opulencia y hambrientos que trabajen como bestias de carga.

Sonaba Venegas con una posible ideal religión futura, el cristianismo sin iglesias y sin sacerdotes, en cuyo seno floreciese la verde primavera de una justicia inmarcesible. Tal vez era esta una ilusión remota, que cada día se encargaba de desvanecer en su optimismo la terrible realidad de las pequeñas ambiciones y de las grandes tiranías. Así, cuando más tarde iba a tratar de la cuestión social, recordaba, sin contenida indignación, a la Iglesia católica tan sola afanada, en restaurar su perdida hegemonía, procurando interesarse por el pueblo para atraer a los obreros: «Disimula muy poco sus verdaderos propósitos—escribía—para que vayamos a creer en su decantado amor al pueblo: diez y nueve siglos lo tuvo bajo su égida y no hizo otra cosa que aplastarlo, predicándole resignación, y sólo ahora, cuando se le escapa de las manos, viene a preocuparse en remediar sus desgracias. Pero *moro viejo no puede ser buen cristiano* y la Iglesia al mismo tiempo que manifiesta interés por la suerte del pueblo, se aprovecha mañosamente de sus calamidades para llenar su estómago insaciable». Y he aquí el caso que corrobora la afirmación de tal aserto: recuerda Venegas que, cuando los trabajadores de las salitreras bajaron a Iquique a pedir respeto para su trabajo y educación para sus hijos, atentado que se reprimió con el salvaje fusilamiento de centenares de ellos, el vicario eclesiástico de Tarapacá atribuyó todo a simple falta de fe religiosa entre los traba-



jadores de la pampa y propuso la necesidad de aumentar el pago de los misioneros que fuesen a redimir a esas almas, cosa que no cayó en el vacío, porque el Congreso acordó, desde entonces, una suma crecida para que se mantuviesen constantes misiones en las salitreras. Otro tanto, observa acertadamente Venegas, ocurre en nuestras cárceles, pues de veinticuatro de las cárceles situadas en cabeceras de provincias veintitrés cuentan con su necesario capellán, mientras sólo ocho tienen médico y cinco preceptor; y por cierto que tanto el pobre maestro como el físico ganan menos que el diligente padrecito capellán.

Es Chile uno de los postreros y más generosos reductos del catolicismo oficial que, en otras tierras, vive por su cuenta, separado del Estado, atendiendo solo, aunque no desinteresadamente, a la salud de nuestro prójimo, por lo demás tan necesitado de redención, porque si bien es cierto que el dulce Jesús de Nazaret sólo necesitaba por nave la del cielo inmenso, según dijo el poeta, por iglesia la sombra de un árbol y por pila las claras aguas de un río, ogaño sus representantes piensan de otra manera participando de las comodidades que reclama la pícara y veleidosa naturaleza humana. ¡La salud del alma no puede hacernos olvidar del todo la salud del cuerpo! Es tiránico el Hermano Asno, de que hablaba el dulce *poverello* que predicaba en los campos de la Umbría.

### LA AUTOPSIA SOCIAL

Corría el año de mil novecientos diez y el país se preparaba para celebrar, con todo boato y dignidad, el primer centenario de la Independencia. Mientras se levantaban los arcos triunfales y se redactaban, en el recato de las bibliotecas, los grandes discursos conmemorativos; en

los momentos en que toda la nación iba a vestir sus arreos de gala y sus mejores joyas para recibir a los hermanos de América, en el día del primer centenario de su vida independiente, un modesto profesor, ignorado en un tranquilo liceo provinciano, preparaba, tras largas vigiliass, la obra que iba a constituir el más inesperado obsequio, en la hora misma de la fiesta.

Haciendo caudal de todas sus observaciones, de sus pacientes estudios, de sus prolijas experiencias, escribió un libro amargo, acaso el más descarnado de cuantos se hayan concebido en América, sin olvidar la *Mercurial Eclesiástica* de Montalvo, el *Manuscrito del Diablo* de Lastarria o *Pueblo Enfermo* de Arguedas. En medio de la cobardía colectiva significa un alto ejemplo de salud moral el valor de un hombre, de todo un hombre, que practica la autopsia de una sociedad, movido por un incorruptible deseo de mejoramiento y de verdad. Y es tanto más digno ese hombre si se eleva por sobre los que le befan, si no le importa el escarnio, que se le aise, que se le arroje de la enseñanza pública, porque le mueve más alta norma que la de un bajo apetito logrero.

En los precisos momentos en que Chile saludaba a la América con el esplendor de sus fiestas centenarias, no podía sino causar una impresión violenta la aparición de esa mano que, en medio del festín, escribía un siniestro augurio para el cercano porvenir. Bien poco place, en verdad, el acento de la verdad amarga cuando los casca- beles de la ilusión alegran las horas risueñas del buen pasar. Este fué el caso de Alejandro Venegas cuando hizo ese terrible balance moral de un país, en los momentos en mismos que apuraba la copa de todas sus mejores alegrías y cuando embajadores, diplomáticos, periodistas, gobernantes, funcionarios, llano y misérrimo pueblo, cantaban el himno de la prosperidad a las puertas mismas de la hora crítica.

No era un pesimista ni un descontento aquel desconocido, que llegaba en el momento solemne, a entonar su *mea culpa*, a turbar el jolgorio de la abundancia. Su acen-



to era el de la sinceridad misma y sus palabras respiraban verdad clara y elevada.

Formado entre aquel núcleo de profesores que iniciaron la acción docente del Instituto Pedagógico, había compartido su labor entre los libros y la cotidiana experiencia de la vida nacional. Curioso de saber y de ser un elemento eficaz para su pueblo, había recorrido el país en pacientes viajes de estudio, yendo hasta las provincias del norte, disfrazado de humilde trabajador, a fin de compartir con el elemento obrero las pesadas tareas de sus faenas y poder observar, al mismo tiempo, sus necesidades y sus aspiraciones. Así, pues, *Sinceridad*, ese ejemplar inventario de la vida de un país, realizado como un médico pudiera practicar una autopsia, era el fruto de una conciencia dignísima y de una observación constante, en cuyas páginas no discurría un fácil ideólogo sino que un hombre moral y sincero, incapaz de aceptar compadrazgos o de sobre llevar un amable papel de cómplice, en medio de la crisis social de un pueblo.

Fué crítico sin dejar por eso de ser constructor; obró como cirujano, diagnosticando el mal, a fin de recetar el remedio eficaz. Señaló la bancarrota de muchas de nuestras instituciones; mostró al desnudo la crisis moral que confundía a gobernantes y gobernados; y señaló el camino seguro a través del cual podría llegar la oportuna salvación: «Yo no puedo cantar, porque he buscado la verdad de nuestras glorias presentes y por mi mal la he hallado. He visto hasta el fondo el cieno y la podredumbre de nuestra historia en los últimos treinta años. Hubiera querido apartar mi vista horrorizada de ese cuadro pavoroso, reconcentrarme en mí mismo, y, como hacen muchos, sentarme a la ribera a contemplar los estragos de la inundación». Y, aunque es triste romper los cristales que todo permiten verlo color de rosa, él no retrocedió ante su deber, que le obligaba levantar una punta del velo bajo el cual yacía el cuerpo enfermo; enfermo, como el de la dulce ilusión de Raimundo Lulio, que ocultaba, entre las regias vestiduras, el cáncer repugnante.

Una a una estudió todas nuestras instituciones, todo nuestro rutinario sistema administrativo, para auscultar a fondo el trágico problema de nuestra decadencia moral, cuyo origen había comenzado a estudiar en sus cartas sobre nuestra crisis económica. El, que conocía muy bien la historia, que era un patriota en el recto sentido que puede tener esta palabra, no se conformaba con asistir, impasible, al circo de nuestro desgobierno, donde se ejerce el funambulismo de la probidad política: «Los que nos gobiernan— escribía —nacidos por lo común en la opulencia educados lejos del pueblo, en establecimientos en que se rinde pleito homenaje a su fortuna y el nombre de su familia, dedicados después a la tarea no muy difícil de acrecentar su patrimonio con el sudor ajeno, han manejado la cosa pública en la misma forma y con los mismos fines que su propia hacienda, dictando las leyes para su propio y exclusivo provecho». Y tal vez no siempre esas leyes obedecen a un estudio completo ni son hijas de un recto examen de conciencia, porque la política suele influir en su despacho y hasta tiene concomitancias con sus proyecciones futuras. ¡Porque cuántos de nuestros hombres de gobierno no son particularmente honrados y políticamente venales! Y no se crea que esto pueda ser una paradoja, pues si cada uno de nosotros realiza un balance en sus recuerdos presentes podría confirmar con la realidad viva y cruel este aserto un poco audaz. Ya Venegas lo advertía cuando dijo que nada era más elástico que nuestra moralidad política: «puede un hombre ser muy probo en su vida privada y en sus asuntos comerciales, y, sin embargo, permitirse libertades en política que en otro orden de cosas él mismo no se tomaría, ni toleraría en los demás. La política es ocasionada a mentiras, engaños, infidencias y muchos otros géneros de acciones inmorales; por eso los hombres que asumen la responsabilidad de directores de pueblos, deben estar fortalecidos por un caudal muy grande de virtudes y en particular de patriotismo, que los apoyen para no resbalar».

Antes de la guerra del Pacífico, la política chilena presu-



mía de una alta idealidad y, en su nombre, se riñeron batallas memorables que asociaron, en ardorosas controversias, los nombres más respetados de nuestra tradición cívica. Más acá del año 79 la relajación moral y la ambición de los intereses particulares, en desmedro de los del país, comenzaron a producir ese paulatino desquiciamiento que ha llegado a convertir a todos los partidos en asociaciones elásticas, sin programas y sin normas levantadas en su conducta política. Primero la lucha contra el poder ejecutivo, razones de interés económico como ya lo hemos advertido, trajo por consecuencia una primera ley funesta, la de incompatibilidades parlamentarias que, con el disfraz de combatir la intervención oficial en las elecciones, desterró a los hombres de estudio, a los que carecen de fortuna, a los empleados públicos. «Yo me admiro—clama indignado Venegas—de cómo con su estrecho criterio de huasos opulentos, no llegaron aquellos legisladores hasta quitar a los empleados públicos todos los derechos electorales como a los sirvientes domésticos». Hoy día, ya lo vemos, un sillón en el Congreso no resulta accesible sino para aquellas personas que disponen de fortuna, con las raras excepciones de éste o aquel diputado que fueron elegidos por el pueblo e impuestos con abrumadoras mayorías.

Y claro está, esta ley se encontró bien pronto reforzada y ampliada en toda su proyección oligárquica con otra tan anti-democrática como aquella de organización y atribución de las municipalidades, transplantadas de Suiza por el acaudalado don Manuel José Irrarrázaval, y que vino a poner en manos de los municipios todo el mecanismo electoral, entregándole a los agricultores el mayor poder para designar a los representantes del país. Ya sabemos cómo, generalmente, el territorio municipal suele quedar dentro del dominio del latifundio, cuyo dueño hace nombrar alcaldes y regidores, concentrando toda la autoridad local en sus manos, lo cual, a vuelta de más de una razón, resulta muy útil para las elecciones políticas y hasta para el monto en la tasación de sus tierras.

Ved cómo estas dos leyes han creado la autoridad omnímoda del terrateniente, el poder feudal que, en su apartado rincón, no encuentra contrapeso. He aquí al cacique electoral, al señor Perengano o al señor Zutano, que dispone a su antojo de comunas cerradas y puede darse el lujo de realizar elecciones sin abandonar su cómodo escritorio de Santiago.

Y este municipio y esa autoridad comunal se dan frecuentemente la mano con el respectivo poder policial y marcha de acuerdo con el juez o se entienden con los tinterillos hábiles en gatuperios, formando el inaccesible feudo que en Santiago defienden, custodia y protege el terrateniente de rebosantes talegas. Es preciso conocer los campos de Chile para darse cuenta de lo que significa la terrible ralea de los jueces venales, con su corte de secretarios y rúbulas voraces. Las tierras indefensas, donde el labriego vive a dentelladas con la miseria; las regiones sureñas, que puebla el indio inerme y las salitreras, podrían contar con la más negra de sus historias, con solo recordar los vejámenes que, en nombre de la justicia, cometen los jueces que infaman el estrado.

¿Cómo no hablar de privilegios, de clases sociales protegidas, de prebendas y regalías? ¿Cómo no hablar de oligarquía, si ella está patente, a la vista de todos, espaldeada por un sistema que es la expresión más elocuente de una legislación aristocrática?

Dineros son calidad, en Chile más que en parte alguna. El culto que se le tributa al caudal no admite discusiones; el salitero enriquecido por malas artes, el especulador sin conciencia, el avaro sórdido, el abogado hábil en negocios fraudulentos, el político prevaricador, y el concesionario de tierras, que han logrado amasar una fortuna a costa de la expoliación del indio inerme, saben hacerse olvidar sus delitos con prodigalidad creciente. No importa que el primero haya sobornado jueces: que el diputado gestionase negocios poco limpios con el fisco, o que el abogado defendiera malas causas, porque el dinero constituye un milagroso *sésamo* o el más eficaz quita manchas.



Hasta hace algunos lustros nuestros políticos eran modelo de austeridad y de honradez; don Manuel Montt, Pinto, Santa María vivieron modestamente y el penúltimo, al abandonar la presidencia, tuvo que aceptar un empleo en *El Ferrocarril* y la casa de un amigo. En cambio, no parece sino que hoy hubiesen cambiado la moralidad política y las costumbres sociales. ¿Para qué citar ejemplos de ejemplos, de centenares de funcionarios, de innumerables políticos que fueron gestores administrativos, negociantes desembozados, cubiliteros de profesión?

Tal vez la perturbadora influencia cosmopolita ha podido influir mucho en este estado de delicuescencia moral: nuestras clases altas mantienen una vida de sibarismo y de lujo que origina el snobismo del vicio elegante, el derroche, la inmoralidad, fuente insospechada de todas las decadencias. El hombre enriquecido encuentra todas las puertas abiertas y todos los honores prontos. Se le respeta, se le acata, se le obsequia. El dinero viene a suplir hasta la calidad que suele no dar el nacimiento y ya es cosa frecuente que aquellas familias de más rancios abolengos, hasta ayer herméticas a todo contacto extraño, entreguen sus hijos a matrimonios de conveniencias con los nuevos ricos, con los jovenzuelos que arrastran talegas aunque salgan del lupanar y vayan hasta Gomorra. Y cuando el culto del dinero comienza a hacer olvidar en un país las más altas obligaciones morales; cuando en el hogar su codicia deja filtrar la honra de los hijos como a través de esturridiza grieta; cuando sólo constituye una mezquina finalidad de la vida de un pueblo, entonces puede asegurarse el más torpe de los sicólogos que ha sonado para ese pueblo la hora de la decadencia.

Hoy, como hace más de medio siglo, se podría repetir lo que le escribía Santiago Arcos a Francisco Bilbao en 1852: «Los descendientes de los empleados que la Corte de Madrid mandaba a sus colonias; los mayordomos enriquecidos hace dos o tres generaciones, y algunos mineros afortunados, forman la aristocracia chilena, los ricos. La aristocracia chilena no forma cuerpo como la de Vene-

cia, ni es cruel y enérgica como las aristocracias de las repúblicas italianas; no es laboriosa y patriota como la inglesa; es ignorante y apática y admite en su servicio al que la adula y la sirve». Su ignorancia y su frivolidad constituye la más seria razón de su suficiencia inconsciente, que se traduce en un desprecio análogo al de esos libertos enriquecidos que, en la antigua Roma, precipitaron la rápida desaparición del imperio. La conquista de la fortuna es su preocupación constante, y, ya sea la especulación bursátil, ya en la explotación rudimentaria de los fundos o ya en el servir los intereses de grandes compañías extranjeras, ella se aviene con su manera distinguida de trabajar.

En la historia de su proceso moral de la república, Venegas fué severo y fué justo al juzgar la alta sociedad chilena. ¿Qué deberemos o podremos exigirle al pueblo y a la clase media, donde la incultura y el adocenamiento son obstáculos para todo progreso moral o social cuando están viendo el ejemplo nuestras clases altas a la que solo preocupa una frívola existencia de boato y de derroche. El privilegio de la fortuna y de señalada situación social deberían suponer, en países como el nuestro, un digno sentido de responsabilidad cívica. Sin embargo, no son los hijos de nuestros Cresos los que descuellan por su inteligencia o su trabajo; el jovenzuelo adinerado; el señorito bien; el boquirrubio distraído, que concurre a sus clases de derecho a matar las horas; el simple hijo de familia, que *trabaja* en el campo; el bonito, de cintura de avispa, que usa crema Simón y se desliza con blandos andares de harem; el gomoso, que vive en el Club, hace alarde de vicios que no tiene, se precia de don Juan, constituyen aspectos típicos, clásicos, de un problema moral gravísimo: el descuido absoluto de la educación en las clases altas.

Si hasta hace treinta años las clases altas fueron un modelo de probidad y de celo en el gobierno del país, no toca decir lo mismo en los días que corren; nuestra decadencia moral salta a la vista, es palpable y angustiosa. No exageró Venegas cuando dijo: «La unánime aspiración



de los magnates es mantener su situación privilegiada y, si es posible, aumentar sin trabajo alguno su fortuna; y el sueño dorado de todos los que han recibido una mediana instrucción es llegar a ser magnates, es decir, a nadar en la opulencia gracias al esfuerzo ajeno. El objeto de la vida, la felicidad suprema, lo hemos puesto en conseguir que llegue un día en que no tengamos que trabajar, en que, dueños de fundos, de acciones mineras o industriales, podamos gozar de una santa ociosidad, mientras algunos centenares de individuos menos *hábiles* que nosotros, dan su vida entre amarguras y miserias para acumular el dinero que nosotros debemos derrochar». ¿De qué o para qué puede servir una riqueza sin idealidad y sin virtud? ¿Cuándo nuestros ricos han contribuído al bienestar de las clases menesterosas con sus caudales? ¿Dónde están los adinerados que hayan hecho algo por la instrucción pública? Riqueza mezquina, amasada con privaciones de los pobres, arrancada a la tierra con el sudor de los inquilinos y a la entraña negra de la mina con todas las angustias y lágrimas de millares y millares de infelices; riqueza que a nadie beneficia y sólo corrompe y malogra actividades; riqueza que hace resaltar esa insolente desigualdad entre el que todo lo tiene en abundancia y el menesteroso que se consume en el trabajo brutal para amasar el jornal miserable, que proporcionará pan menguado y pobreza con decoro.

#### AHORA DUERME

Tal vez decepcionado, triste hasta la muerte, Alejandro Venegas pudo pensar con el héroe ibseniano, en los postreros años de su vida, que el hombre más fuerte es el que está más solo. ¿De qué otra manera justificaríamos su incorruptible aislamiento, su austera soledad, que no empañó jamás la sombra de una ambición? El ejer-

cicio de la cátedra no alcanzó a ser para su integridad moral un estado de acomodaticio conformismo: la había abandonado a tiempo, tan pronto alcanzó a prever que sus campañas iban a crearle esa incompatibilidad que no acepta nuestra democracia burocrática, entre el hombre que expresa libremente sus opiniones y el funcionario que ocupa un cargo del Estado. ¿Dónde comienza y dónde termina la libertad de la cátedra y la libertad docente del profesor? Si en Rusia se amordazó, no hace mucho, al profesor Nicolai, en Chile, habría sucedido algo análogo que resulta triste recordarlo.

Lejos de la enseñanza Alejandro Venegas ya no volvió a escribir para el público. Como aquel santo y venerable autor de la *Ética*, Baruch Spinoza, que compartía las horas de su vida entre su oficio de pulidor de vidrios y sus meditaciones, el Dr. Valdés Cange, había ido a vivir en Maipú, el amable rincón rural, donde instaló un pequeño almacén. Allí le veían a diario los maipusinos, y, acaso, jamás se atrevieron a pensar que aquel don Alejandro que les vendía el azúcar o la yerba era nada menos que una especie de doctor Fausto, sin pacto con Mefistófeles. Como el rejuvenecido anciano de Goethe, Venegas había explorado todos los rincones de la sabiduría, goloso de ciencia y sediento de verdad. No tenían secreto para él los libros ni los hombres, a quienes tan de cerca había tratado en su curiosa vida de estudioso.

Una lenta y obstinada dolencia había envenenado su sangre y, aunque a ella había opuesto la conciencia de una voluntad ejemplar, manteniéndose, durante algunos años, en perfecto estado de salud, le derribó al fin brutalmente.

Una mañana, la más inesperada de todas, supimos su muerte y, desde aquel día, yace, de cara al cielo, mirando las estrellas, para tranquilidad de los que tantos le temieron como el enfermo teme al cirujano que, sin embargo, es el único que puede salvarle la vida.



## PÁGINA AUTOBIOGRAFICA (1)

Hice mis estudios superiores en el Instituto Pedagógico, donde me matriculé el año 1889, como externo, en los cursos de castellano y latín. A principios del año siguiente, el señor director me propuso que me incorporara al de francés, porque este curso tenía sólo tres alumnos, y el de castellano, nueve, previniéndome que de ese modo podría ser interno. Acepté, pero continué asistiendo a las clases de castellano, que era mi ramo predilecto.

Obtuve mi título de profesor de francés en Abril de 1893, diferente de la generalidad de mis compañeros que se titularon a fines del 92. La causa fué el fallecimiento de mi padre, ocurrido el 19 de Diciembre de este último año, lo que me obligó a trasladarme a mi pueblo natal y me impidió rendir algunos exámenes.

En Mayo del 93 me fuí al Liceo de Valdivia, cuyo rector me había llamado, aun antes de rendir las últimas pruebas. Allí desempeñé la asignatura de francés y serví el puesto de primer inspector (de 2.<sup>a</sup> clase) durante ese año y el 94.

---

(1) Escribió esta página autobiográfica Alejandro Venegas al optar al cargo de Secretario del Consejo de Instrucción Primaria, en 1921.

A principios del 95, el rector del Liceo de Chillán me invitó a colaborar en su establecimiento, ofreciéndome clases de francés, de castellano, de filosofía y de historia de la literatura. Acepté, y trabajé en ese Liceo poco más de diez años, haciendo las clases de castellano al 3.º y 6.º años y las de francés del 2.º abajo.

En Mayo de 1905, el señor Enrique Molina, recién nombrado rector del Liceo de Talca, me ofreció el puesto de vicerrector y los cursos superiores de la asignatura de castellano.

En esta época tuve que retirarme de la enseñanza: una antigua diabetes, que no había sido descubierta por los médicos, que me curaban como neurasténico, se desarrolló con caracteres muy graves, y los facultativos que me atendían me declararon que, si no me privaba del trabajo intelectual, moriría antes de un año. Inicié mi expediente de jubilación, y me vine de Talca el 10 de Mayo de 1915.

Desgraciadamente, la pensión que obtuve, trescientos pesos mensuales, no me alcanzaban para vivir con mi familia, y hube de trabajar.

Como los médicos me habían aconsejado que diera a mi cerebro un reposo de un año, y después fuera volviendo, poco a poco, a las tareas mentales, me dediqué a la agricultura. Tomé en arriendo una finca en la aldea de Maipú y compré un establo en Santiago. Como en el primer año los negocios agrícolas no fueron bien, me dediqué al comercio: puse un almacén en el mismo pueblo, ya nombrado, y ahí trabajo rudamente hasta la hora actual.

Yo me habría dado por satisfecho con mi situación; pero es el caso que el cumplimiento de las prescripciones médicas y la vida del campo me fueron restituyendo la salud, de tal modo que hace tres años que desaparecieron las manifestaciones de la diabetes, y que puedo trabajar intelectualmente como lo hacía en mis mejores tiempos. Mas, esta ventaja queda completamente perdida porque las dificultades de la lucha comercial requieren tanta de-



dicación que no me queda en absoluto tiempo para la vida intelectual.

---

Mi acción educadora no se limitó a hacer las clases y atender las oficinas: colaboré en diarios y revistas, di conferencias, tomé parte en todos los congresos científicos o de enseñanza que se han verificado de treinta años a esta parte, asistí a todos los cursos de repetición que se dieron por disposición de la Universidad y finalmente escribí folletos y libros.

Discípulo del doctor don Federico Hansen en la clase de griego antiguo del Instituto Nacional, y después en las de filosofía y latín, en el Pedagógico, se despertaron mis aficiones hacia estos estudios y cultivé la filología latina: me posesioné de la lengua italiana y del portugués; adquirí conocimientos de los dialectos de la península española y aún inicié estudios de la lengua rumana. Manifestación de estas labores fueron algunas traducciones de los poetas italianos Lorenzo Stecchetti y Anna Vivanti; del poeta brasileño Gonçalves Díaz; del gallego Edmundo de Pondal y de la célebre poesía catalana *Lo Pin de Fermantor* de H. Solaguren.

Inclinado por naturaleza al estudio de los problemas sociales, traté de conocer en primer lugar los de mi patria y dediqué los días de vacaciones a estudiar la situación de sus pobladores; así conocí la vida de los inquilinos en nuestros campos, visité las minas de Lota, Coronel y Curanilahue, para observar la de los que extraen el carbón, penetré al interior de la Araucanía, para conocer la situación de nuestros indígenas, recorrí las provincias de Coquimbo y Atacama para formarme concepto de la de nuestros legendarios mineros, y, por último, en Tarapacá y Antofagasta comí en una misma mesa y dormí bajo un mismo techo con los trabajadores de las salitreras, para poder escribir con conciencia sobre sus necesidades y miserias.

Frutos de estos estudios fueron los libros en que hice el

recuento de los infortunios de la patria y propuse sus remedios (1).

Más tarde, cuando hube estudiado mi propio país, quise extender mi observación a los que me rodean, para lo cual hice un viaje a la República Argentina en 1911, y adquirí conocimientos sobre su organización política, económica y social, y particularmente sobre su instrucción pública. En 1912 visité la República de Bolivia y parte de la del Perú, haciendo análogos estudios; y en el año 14 recorrí lo que me quedaba por conocer en el Perú, pasé por Ecuador y me detuve principalmente en la República de Panamá. Todos estos viajes fueron hechos sin ayuda alguna del Estado, con sólo las modestas economías que los escasos sueldos de aquella época permitían hacer.

Resultado de estos viajes debió haber sido un libro *Por propias y por extrañas tierras*, que quedó inconcluso, a causa de mi enfermedad. Sólo algunos fragmentos vieron la luz pública en periódicos y revistas. Fruto de estos estudios fueron una conferencia sobre las ruinas de Tiaguanacu, otra sobre el Perú, una tercera sobre Bolivia y finalmente otra sobre el Canal de Panamá, todas dadas en el Salón de Actos del Liceo de Talca.

También pueden considerarse como resultado de mis estudios de la enseñanza pública, de la Confederación Argentina algunos artículos que publiqué en la *Revista de Educación Nacional* y una conferencia que sobre educación dí a fines de 1919, en el salón del Club Radical.

Otro trabajo inconcluso que también debo recordar aquí, es una obra de Ética, *Felicidad*, de la cual leí un resumen en el Congreso Científico de 1910.

Mi actividad no ha sido ajena a la Enseñanza Primaria: en Valdivia estudié la organización de la Escuela Alemana, que en aquella época era primaria, y la Intenden-

---

(1) Cartas al Excmo. don Pedro Montt. *Sobre la crisis moral de Chile en sus relaciones con el problema económico de la conversión métrica*. Valparaíso. Soc. Imprenta y Litografía Universo, 1909 y *Sinceñidad, Chile íntimo en 1910*. Imprenta Universitaria, 1910.



cia me encargó visitar la Escuela Elemental, llamada de la Estación; sobre la cual presenté un extenso informe. En Chillán fuí, durante diez años, director de la Sociedad de Instrucción Primaria, y formé parte de la comisión encargada de redactar los programas para sus escuelas. En Talca fuí director de una institución análoga desde que se fundó; y fuí visitador de sus escuelas. En Maipú como alcalde he tenido la supervigilancia de una escuela nocturna municipal que ha entrado a su tercer año de existencia.

Por las funciones de este puesto municipal he tenido que estar en relación constante con las diversas escuelas de la comuna. En efecto, durante mi administración, la alcaldía ha puesto en práctica la obligación escolar, fundándose en el inciso 15 del art. 494 del Código Penal que castiga a los padres que no dan educación a sus hijos y en el art. 115 de Ley Orgánica de Municipalidades que pone en mano de los alcaldes el castigo de esa falta. Con este motivo, he tenido que interrogar a los padres que se negaban a mandar a sus hijos a la escuela, y he podido imponerme de las deficiencias y defectos de que adolecen nuestros establecimientos de instrucción primaria. También ha sido un motivo para que estuviera en contacto con la enseñanza primaria el hecho de haber sido nombrado frecuentemente, sobre todo en los últimos años, examinador de las escuelas fiscales.

Entre las comisiones de importancia que he recibido merecen citarse la que me confió la Intendencia de Valdivia para formar la estadística industrial y agrícola de la provincia, el año 1894, y la que me concedió en Julio de 1900 el Ministro de Instrucción Pública para que me trasladara a Santiago y visitara las interesantísimas clases de gramática histórica y práctica hechas por los doctores Hansen y Lenz. En esta ocasión no sólo cumplí puntualmente mi cometido, sino que asistí durante todo el tiempo que estuve aquí, a las clases de lectura y declamación del Conservatorio Nacional de Música, hechas por el señor Urzúa Cruzat; porque debo confesar que por ese tiempo mi

lectura era muy defectuosa, a tal punto que no me atrevía a leer en público.

No creo necesario enumerar algunos puestos, más o menos honoríficos, que he desempeñado, tales como presidente de la Sociedad Musical «El Recreo» de Valdivia, secretario de la Liga Protectora de Estudiantes Pobres de Talca, y vicepresidente de la brigada de Boy-Scouts de la misma ciudad, etc., etc.

Para terminar voy a hacer una declaración. Esta es la primera vez que solicito un empleo; todas las ocupaciones que he desempeñado, todos los puestos que he tenido, públicos o privados, con renta o sin ella, o se me han ofrecido o me los han dado sin haber tenido yo conocimiento (1).

---

(1) Como naturalmente pudo y debió esperarlo el infortunado maestro, ni siquiera se le tomó en cuenta en la provisión de ese cargo.

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA.



## LA PROCESIÓN DE CORPUS

¿Fué un ensueño? ¿Fué la realidad? Todavía no lo sé...

Era una fría mañana del mes de Junio; el cielo estaba cubierto de nubes altas y blanquecinas, y soplaba un helado viento del Este, seguro presagio de la lluvia. Sin embargo, la desmantelada plaza de Santo Domingo presentaba el risueño aspecto de un día de gran fiesta, de los escuetos árboles de las avenidas exteriores se habían colgado, de distancia en distancia, hilos de que pendían numerosos gallardetes de papel de variados colores; en cada una de las esquinas se levantaba un vistoso altar en que predominaban los tules blancos y rosados, el papel de estaño y las flores artificiales; largas tiras de alfombra llevaban hasta ellos, y flores de juncos y caladium y ramas de arrayán diseminadas en el suelo marcaban el camino de uno a otro altar. En cada esquina había seis u ocho personas, casi todas mujeres, con el manto echado hacia atrás, afanosas, dando la última mano al altar que habían tomado a su cargo. Fuera de ellas, la plaza se veía desierta.

El templo de Santo Domingo estaba totalmente lleno: las tres puertas que dan a la plaza, abiertas por completo, dejaban ver un mar de cabezas inclinadas ante el sacerdote que, con la Custodia en las manos avanzaba lenta-

mente. El palio le esperaba en mitad del presbiterio, sostenido por seis de los más encopetados vecinos del barrio, todos con esclavina de brocado sobre los hombros; otros seis, con el mismo paramento, servían de escolta llevando grandes cirios. A la subida del presbiterio, en el comulgatorio, estaban tres acólitos en fila: el del medio sostenía una cruz colocada en el extremo de un largo bastón, todo de metal, lo que se llama *la cruz alta*, y cada uno de los del lado tenía un cirial en la mano derecha y una campanilla en la izquierda. Entre los anteriores y el palio, otro acólito hacía oscilar acompasadamente un incensario de donde se desprendía una columna de humo blanco y oloroso. A la derecha se agrupaba una multitud de hombres de todas edades y cataduras, con cirios en las manos; a cada momento el grupo se hacía mayor porque constantemente iban saliendo otros nuevos por la puerta de la sacristía. Un sacerdote alto y robusto, que hacía de maestro de ceremonia, se afanaba por darles colocación conveniente; otro religioso de más edad, pero de rostro juvenil y risueño, con frases muy corteses que a la legua denunciaban al italiano, que no ha conseguido aprender nuestro idioma, invitaba a las mujeres a despejar la nave central, y dirigía al sacristán y a tres o cuatro muchachos oficiosos que concluían de retirar escaños y reclinatorios. La concurrencia se arremolinó al principio y se desbordó después a la calle, en particular por la puerta del costado, para dirigirse precipitadamente a tomar buenos lugares a la plaza.

A una señal del maestro de ceremonias, los monaguillos agitaron las campanillas; una banda de músicos que ocupaba un extremo de una nave lateral, comenzó a tocar la marcha «La Reina Blanca», y la procesión se puso en movimiento. En el campanario desataron una cascada de notas alegres, echadas a vuelo las campanas.

Pronto aparecieron en el derruido pórtico del templo los acólitos con la cruz alta y los ciriales y avanzaron abriéndose paso entre la multitud al monótono son de sus campanillas. Detrás de ellos comenzaron a salir dos largas



filas de devotos con velas y escapularios del Corazón de Jesús, formando una calle en cuyo interior se veían algunos religiosos que con suma actividad corrían de un lado a otro dando órdenes, vigilando que las filas estuviesen bien formadas o que todas las velas fuesen encendidas. Luego apareció el estandarte de la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús, llevado por un caballero con esclavina y escapulario que iba entre otros dos que ostentaban los mismos distintivos y llevaban en la mano una cinta roja que pendía de cada lado del estandarte. De análogo modo salió el de la Hermandad de San José, y sucesivamente, hasta cuatro más de diversas corporaciones religiosas.

Por fin, apareció lentamente el palio y en medio de él, el sacerdote que llevaba la Custodia, cubierto con una capa pluvial de seda blanca con preciosos recamados de oro; alrededor del cuello tenía un largo paño de brocado, con cuyos extremos había cogido la Custodia, como para no poner la mano desnuda sobre la sagrada reliquia.

Era ésta un sol de oro pulido de unos cuarenta centímetros de diámetro que descansaba sobre un artístico pedestal cubierto de piedras preciosas. En la parte más alta del sol se destacaba una hermosa cruz, en cuya intersección resplandecía un rubí enorme y, en cada extremo, una esmeralda valiosísima. En el centro, entre dos discos de cristal de roca, estaba la forma, la hostia consagrada, más blanca que el armiño.

El sacerdote sostenía la Custodia a la altura de su cabeza; pero no la miraba, pues siempre tenía la vista baja, o los ojos vueltos al cielo. A su lado caminaban otros dos sacerdotes, el diácono y el subdiácono, ambos con casullas blancas y bordadas de oro; llevaban en la mano su breviario y no cesaban de leer oraciones a media voz. Unos cuantos metros delante del palio, iban dos niñas de ocho a nueve años de edad, ambas rubias, con el cabello suelto por la espalda, vestidas de gasa blanca, con zapatos de raso del mismo color, con alas plateadas sobre los hombros y una estrella de oro en la frente. Estaban

bellísimas, y, más que ángeles cristianos, parecían creaciones de una fantasía escandinávica. Llevaban entre ambas una gran bandeja de plata llena de camelias blancas que iban dejando caer sobre el suelo que debían pisar los sacerdotes.

Después del palio apareció el estandarte de la Congregación de las Hijas de María, llevado, como los anteriores, por tres personas; a continuación salieron las cofradas, de a dos, envueltas en sus mantos negros y con su gran medallón sobre el pecho, sostenida por una ancha cinta azul celeste. En pos se presentó la banda de músicos seguida por una parte de un batallón de infantería.

Cerraba la procesión, detrás de la tropa, un grupo numerosísimo de mujeres, casi todas del pueblo o de la clase media, pues la gente de buen tono había salido anticipadamente, tanto para evitarla apretura como para tomar colocación sobre algún escaño de la plaza, desde donde poder presenciar cómodamente el desfile.

Desde una esquina frontera del templo, miraba yo desarrollarse aquella concurrida procesión; y contemplando ese alarde de fe religiosa, me preguntaba a mí mismo: ¿Cuánto habrá en eso de sinceridad? De las dos mil personas que llenaban la iglesia un momento antes y repetían en coro: *Padre nuestro que estás en los cielos*, ¿habría cincuenta que pensarán en lo que estaban diciendo?... ¿Habría veinte?... ¿Habría diez siquiera?... Aun los sacerdotes mismos que bajo el palio van mascullando oraciones en latín, ¿las dirán con sentimientos?... ¿Las entenderán?...

La procesión había tomado por la avenida oriente de la plaza hacia el Norte y había torcido al Oeste, dando la vuelta. Al acercarse el palio al primer altar, la banda terminó su marcha, y pudo entonces percibirse claramente el rezo de la multitud: «*Santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos; llenos están los cielos y la tierra de la majestad de vuestra gloria ¡Gloria al Padre! ¡Gloria al Hijo! ¡Gloria al Espíritu Santo!*»

El palio se detuvo; el sacerdote avanzó con la custodia



y la colocó en el centro del altar, en un pequeño tabernáculo; tomó después el incensario que el acólito le ofrecía y, arrodillándose entre los otros dos oficiantes, hizo tres ademanés como ofreciendo el humo del incienso a la Custodia; después inclinó la frente hasta casi topar al suelo, y repitió, por dos veces, esta ceremonia. Los diáconos y todo el concurso de rodillas, la cabeza baja, en absoluto silencio, golpeándose el pecho, daban muestras de un profundo recogimiento mezclado de terror. De repente fué interrumpido el silencio por un coro de voces argentinas y bien concertadas: eran algunas señoritas «Hijas de María» que, con acompañamiento de piano, cantaban un himno a su patrona, que comenzaba así:

«Tu gloria, tu gloria  
Gozosa este día,  
¡Oh dulce María!  
Publica mi voz.

¡Oh Virgen! ¡oh madre!  
¡Oh cándida estrella!  
Cuán pura, cuán bella  
La aurora te vió!»

Entre tanto el templo había quedado solitario, y quise aprovechar la ocasión para observar tranquilamente los pormenores del altar de la Virgen de Lourdes, que tiene fama de ser una obra de arte. Pero no estaba completamente solo, apenas se sintió el ruido de mis pasos, cinco o seis pordioseros, que yo no había visto, por estar sentados detrás de las columnas del pórtico, comenzaron su doliente melopeya: *Una limosnita por el amor de Dios para un pobre enfermo!* Quise librarme de ellos pasando rápidamente; pero uno se me interpuso, un muchacho de nueve a diez años, de ropa de mezclilla azul, escuálido y sucio, con los ojos totalmente reventados, la cabeza casi calva y el rostro acribillado por la viruela; una figura de lo más repugnante. Pedía, no con voz lastimera, sino con una es-

pecie de llanto angustioso, como el que emplearía un rapazuelo que tratara de conmover a una persona que le fuera a aplicar un severo castigo. Y no se limitaba a pedir: salía al encuentro, ponía por delante su mano repelente, seguía y asediaba a su víctima hasta que le arrancaba una limosna. No parecía sino que le hubieran enseñado a aprovechar su asquerosa figura para obligar a los transeuntos a que le diesen algo a trueque de verse libres de él. A causa de su insistencia hube de pararme; pero resuelto a no dejarme explotar le dije: «Retírate, niño! A ti no te daré nunca nada porque eres demasiado impertinente!» El pequeño mendigo se apartó murmurando, y los demás a una voz me dijeron: «Sí, señor, es muy fastidioso: no le dé nada, porque ni necesita siquiera; dénos a nosotros que no molestamos a nadie». El muchacho prorrumpió en una granizada de improperios contra sus camaradas, quienes a su vez le respondieron poniéndole de oro y azul.

Me había detenido a observar a aquellos seres abyectos, llenos de codicia y de rencores, que viven explotando uno de los más nobles sentimientos del corazón humano, cuando reparé en un pobre individuo que, apoyado en una columna, parecía absorto en la contemplación de lo interior de la iglesia. Vestía un raído traje de brin de color oscuro, y llevaba roto los zapatos; parecía un artesano pobre. Era muy triste la mirada de sus grandes ojos rasgados; sus cabellos largos y canosos, desparrramados por el viento, caían sobre su frente ancha y surcada por hondas arrugas, su boca pequeña de labios delgados, quedaba casi oculta bajo los bigotes, que se confundían con la barba fina y abundosa. En ese momento una helada ráfaga le hizo retroceder un tanto para colocarse en un sitio más abrigado; entonces pude notar su paso vacilante de enfermo y el temblor convulsivo de sus manos amoratadas por el hielo. Su simpática fisonomía me atrajo, inspirándome honda conmiseración. Este hombre pensé, es tal vez más desgraciado que todos éstos, y en consecuencia más digno de caridad; sin embargo nadie piensa en él.



Me acerqué hasta ponerme a su lado y, saludándole con la cabeza le dije:

—¿No has ido a la procesión?

—No señor.

—¿Por qué?

Tardó un poco en responderme, como si no se atreviese a decir la causa, y al fin repuso:

—No tengo fuerzas; el frío me ha penetrado hasta los huesos.

—Tal vez no has tomado desayuno; vamos a casa, aquí al frente tomarás una taza de café con leche; y tengo una manta vieja con que puedes abrigarte.

—Gracias, señor; no es eso lo que me hace falta; mis dolencias son de más adentro.

Me tomó tan de sorpresa la respuesta de aquel hombre, que no hallé qué decirle; pero él, como si no reparase en mi turbación, continuó:

—Y por qué me ha ofrecido limosna a mí, cuando ha tratado tan mal a los mendigos?

—Yo no te he hablado de limosna, le dije, creyendo que había recibido mal mi ofrecimiento.

—El nombre no importa; de todas maneras le agradezco en el alma su bondad para conmigo; pero desearía saber por qué no se ha hecho lo mismo con esos desgraciados.

—Yo no doy nunca limosna a los pordioseros, porque me he convencido de que en la mayoría de los casos no son ellos los que más la necesitan. Por lo general son hombres malos, viciosos, que hacen de la mendicidad un negocio; y causan un tal mal grande endureciendo nuestros corazones a fuerza de mostrarnos su asquerosa miseria, y nos hacen olvidar la verdadera desgracia, aquella que devora sus lágrimas y sufre sus hambres en el triste rincón de una casa desmantelada. Por otra parte, ellos ofrecen al hipócrita la ocasión de lograr fama de hombre compasivo y santo, reuniéndoles en gran número a su puerta, un día determinado de la semana, para repartirles tal vez la milésima parte de lo que ha ganado estrujando a los verdadera-

mente pobres. Los mendigos dan también la oportunidad al egoísta de tranquilizar con una moneda de cobre su conciencia, que le grita a cada instante que tiene el deber de ayudar al desvalido, porque sus riquezas fueron conquistadas con los sudores, con las lágrimas y con la sangre de muchos desgraciados.

Mientras yo hablaba, la fisonomía de aquel hombre parecía iluminarse poco a poco; su mirada triste, pero a cada rato más dulce, fija en mis ojos, penetraba hasta mi corazón y lo inundaba de ternura.

—Ud. piensa muy bien, me dijo, y por desgracia son muy pocos los que piensan como Ud. La verdadera caridad, los sentimientos realmente humanitarios son muy raros hoy en el mundo. He vivido muchos años, he recorrido muchos lugares, y en todas partes, en todos los tiempos he encontrado los dolores y las miserias por un lado y la abundancia y el egoísmo por el otro.

Nunca se me habría pasado por la imaginación que aquel hombre tan humilde, tan mal traído, pudiera hablarme en esos términos; y mi admiración subía de punto al observar que a medida que conversaba con él iba notando cualidades y circunstancias nuevas que me lo hacían ver de una manera muy distinta. Me parecía más joven y menos extenuado que al principio; a pesar de la penumbra en que nos encontrábamos, pude reconocer en su rostro cierta hermosura varonil y rara; sus largos cabellos grises, que ante había visto como mechones desparrramados por el viento, ahora, en la sombra me parecían bucles negros que daban a su semblante no sé qué de dulce y majestuoso.

—«La virtud, continuó él, el simple cumplir de los deberes, y hasta las cualidades negativas, como el no robar, no ser calumniador, no ser cruel, no mentir, han llegado a ser cosas tan raras, que todo el mundo considera lo más natural el conceder premios y honores a los que llegan a tenerlas. Yo mismo, al oír su sincero ofrecimiento de una taza de café y una manta vieja, y al recordar tantos desdenes, tantas vejaciones que he soportado, me sentí so-



brecogido por una honda emoción, y en mis adentros prometí recompensar su buen proceder.

—No pienses en eso; bastante recompensa es la dicha que me proporciona el haberte dado un momento de goce

—Lo sé; pero yo puedo ofrecerle una dicha mayor y más duradera; puedo poner en su mano la felicidad de toda su vida.

Al oír estas razones sentí pasar por mi frente el hielo del desencanto, y comencé a comprender que estaba hablando con un charlatán o con un loco. Mas, él, como si hubiese penetrado mi pensamiento, levantando la mano derecha en la misma forma en que lo hacen los sacerdotes cuando van a bendecir, me dijo:

—No dudes.

Y, completada la transformación que se venía operando desde el principio de nuestro diálogo, vi ante mis ojos la bellísima figura de Jesús, tal como David lo pintó en su cuadro *La última cena*. No era posible dudar: aquel era su rostro, lleno de dulzura y nobleza sobrehumanas, rodeado por una aureola tenue y apacible como la luz crepuscular.

Lleno de ternura, le dije:

—Señor ¿quién eres?

—¿No me conoces?

—¿Eres Jesús de Galilea?

—Tú lo has dicho.

—¡Ah señor! ¡No dudo! Tú que has decidido de la suerte de media humanidad durante tantas generaciones, tú puedes dar, sin duda, la felicidad a un pobre mortal a quien quieras proteger. Y ¿por qué, Señor, hoy, en tu gran día, cuando los cristianos te celebran de una manera extraordinaria, te he visto en figura tan humilde apartado de los tuyos, y contemplando con honda melancolía el templo desierto?

—Hace muchos siglos ya que no habito en las iglesias y vago por el mundo buscando algún gran corazón que haga renacer aquella aurora de esperanza que brilló para la humanidad después de mi muerte.

—¿Y tus hijos predilectos, tu vicario, tus obispos, tus sacerdotes, la innumerabilidad de tus representantes en la tierra?

A mi pregunta brilló la mirada de Jesús de una manera extraña, mezcla de dolor e indignación y como en tono de reproche, me contestó:

—¿No los conoces tú? ¿No sabes que son ellos los que me han alejado del templo, vengando el castigo que infligí a sus predecesores, los que hacían del culto un negocio, cuando los arrojé del templo de Jerusalén? ¿No sabes que son ellos los que han borrado mi recuerdo en el corazón de los humanos, mostrándoles un fantasma fatídico con mi nombre?

—¿Borrado tu recuerdo?... Yo he estado en la creencia de que la mitad de los pobladores de la tierra, por lo menos, siguen tus doctrinas...

—¡Mis doctrinas!... ¡Qué sarcasmo!... Yo prediqué la pobreza y el trabajo, y tú ves a los que se llaman mis sucesores y ministros vivir en la holganza y mostrarse a los *fieles cubiertos de joyas y trajes preciosos que darían envidia a los reyes del Oriente*. Yo enseñé la caridad, y ellos que han acumulado riquezas incalculables no se sacian de pedir limosna y nunca la dan. Yo exigí la pureza de las costumbres, y ellos aboliendo el matrimonio, que es la única base de la verdadera castidad, han dado en todo tiempo los escándalos más vergonzosos y repugnantes. Yo aconsejé el amor al prójimo sin distinción de clases ni nacionalidades, y ¿dónde has visto odios más reconcentrados y venganzas más crueles que entre ellos? y ¿*qué guerras más bárbaras y sangrientas ha habido que las hechas en mi nombre*? Yo prescribí la humildad, y ¡qué magnates más orgullosos y despóticos que los príncipes de la Iglesia! Yo con mi palabra y con mi ejemplo enseñé la sinceridad, y ¿dónde han cundido más la mentira, la hipocresía y la calumnia que entre los que se llaman mis ministros?

Y luego, interrumpiéndose, agregó:

—¿No oyes?... A mí al fundador de una religión de



paz, de amor y de consuelo, me proclaman Dios de los ejércitos!...

Y efectivamente en ese instante se dirigía la procesión del segundo al tercer altar, y se alcanzaba a percibir con toda claridad el rezo de la multitud: *¡Santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de la majestad de vuestra gloria! ¡Gloria al Padre! ¡Gloria al Hijo! ¡Gloria al Espíritu Santo!*

*Dios de los ejércitos...* repetía Jesús, moviendo con ademán reflexivo la cabeza: de los ejércitos... de esas agrupaciones de hombres que no tienen otro objeto que matar hombres...; que no estudian otra cosa que el mejor medio de destruir a sus semejantes; que se deleitan viendo correr la sangre humana; que, ebrios de coraje, gozan con las convulsiones de los moribundos... ¿Qué sarcasmo! Y el rostro de Jesús palidecía y sus ojos húmedos expresaban las angustias de una alma profundamente dolorida.

Quise darle un consuelo y le observé:

—Pero, Señor, no todos te abandonan; desde luego te queda la mujer: en ella predomina el sentimiento y te sigue.

—La mujer... la mujer... Ahí la tienes; deslumbrados sus sentidos por lo exterior, el brillo de las luces y los metales preciosos, el esplendor de los ornamentos, el perfume de las flores y del incienso, las armonías de una música enervante, pasa las horas en el templo, inconsciente, repitiendo como máquina oraciones que no entiende, sin sentir mi espíritu, sin comprender mi doctrina.

«Mis seudos-representantes, incapaces de conmover los corazones, dirigen toda su habilidad a fascinar los sentidos con las ceremonias de un culto externo y grosero.

«Ahí tienes a la mujer, mírala, como un autómatas, tras el sacerdote que se ha apoderado de su conciencia, halagando sus vanidades, otorgándole un fácil perdón a sus culpas, mostrándole como virtud su lastimosa ignorancia y lisonjeándola con los nombres mentirosos de vírgenes cristianas, madres cristianas, hijas de María, esposas del Señor.

«Nada me causa tanta pena como ver el estado de abyección moral en que se encuentra la mujer hoy día. Me contrista el comparar la noble y elevada situación que, respecto del hombre, le asigné, con el deleznable papel que ahora está desempeñando. Ella, la reina del hogar, la educadora de los hijos, que debiera ser pozo de ciencia y fuente inagotable de amor y sentimiento, despojada de sus más bellos atributos, ignorante, fanática, sin más atractivos que los del sexo, es el instrumento más poderoso de que la Iglesia dispone para manejar las sociedades: por medio de las hijas arrastra a los padres y a los hermanos; por las esposas domina a los maridos, y por las madres fija el rumbo de la suerte de los hijos!... La Iglesia consigue sus propósitos, pero la mujer se degrada, se envilece.

«Por su ignorancia, su incapacidad, su ineptia, tiene que vivir a expensas del hombre, ofreciéndole lo único que tiene, ya se llame ramera, manceba o esposa... Hace muchos siglos que estoy solo!...» Y dos lágrimas brillantes rodaron por las mejillas del Galileo.

—«Hubo un tiempo, agregó después de un instante, en que, sin ceremonias, sin ornamentos, sin imágenes, sin sacerdotes i sin iglesias, mi doctrina se propagaba como un incendio; los corazones se inflamaban en amor al prójimo; los amos daban libertad a sus esclavos; los guerreros y gladiadores arrojaban las armas fraticidas; los ricos repartían sus bienes entre los menesterosos; las mujeres cambiaban sus joyas y costosos vestidos por la modesta túnica del hogar, y se dedicaban a los quehaceres de su casa; por millares se contaban los que en mi nombre sacudían su espíritu y luchaban por purificar sus costumbres.

«Los abyectos, los viciosos empedernidos, los ciegos del alma, no comprendieron mi doctrina, y la persiguieron. Entonces fué la época gloriosa del verdadero cristianismo cuando la abnegación desbordaba de todos los corazones y cada uno de mis adeptos estaba listo para sufrir el martirio a trueque de propagar la doctrina salvadora de la humanidad.



«Todas las medidas violentas, fueron inútiles, hasta que, por desgracia, mis enemigos tuvieron la audaz ocurrencia de fingirse convertidos y hacerse admitir entre los buenos, a los cuales, a fuerza de intrigas y de tesón, llegaron a dominar. Desde entonces mi obra se desnaturaliza rápidamente: comienzan a *aparecer mis seudos-vicarios, mundanos y ambiciosos, que, aparentando santidad, sólo piensan en los bienes terrenales*, y para alcanzarlos convierten mi iglesia en una sociedad tenebrosa de fuerzas secretas e invencibles con que llegan a dominar el mundo. A los sencillos se les deslumbra con un culto idólatra, calcado sobre el de las religiones paganas; a los poderosos se les atrae por medio de la adulación más rastrera, y a los espíritus viriles que censuran a los usurpadores de mi nombre se les persigue, se les encarcela, se les tortura y se le lleva al quemadero.

«Bastardeada mi doctrina, se falsea mi historia, y de reformador profundamente humano se me convierte en un impostor vulgar; de un hombre bien intencionado, cuyo único anhelo era la felicidad de todos sus semejantes, hacen un dios mezquino, lleno de pasiones bajas como la divinidades del paganismo. Y, a la sombra de mi cruz, se roba, se viola, se oprime las conciencias, se atormenta y se mata, se despiertan los odios más violentos y se exterminan pueblos enteros.

«Estos mismos sacerdotes de sotana blanca y escapulario negro, que hoy ves presentarse con tantas apariencias de mansedumbre, son los continuadores de la más nefanda de las órdenes religiosas: su patrono, el gran inquisidor, Domingo de Guzmán, no tiene más mérito para que se le llame santo, se le erijan estatuas, y se le edifiquen templos, que el haber hecho perecer en los tormentos y en las hogueras a más de dos mil seres humanos: hombres, mujeres y niños, por supuestas herejías o porque no pensaban como él. Su gran título de gloria es el haber fundado la inquisición, ese tributo abominable que hoy avergüenza aún a los más fanáticos.

«En esta religión que tú ves ahora, no queda ni sombra

de mis enseñanzas: el sentimiento ha sido reemplazado por las apariencias; la fe, por la superstición más grosera. Mi religión ya no existe. . . » Y aquel rostro divino de Jesús, profundamente demudado, dejaba comprender las torturas sobrehumanas que en esos momentos sufría su corazón. Luego continuó:

—«En los tiempos evangélicos, no usaban mis discípulos más templo que el sonante ramaje de una palmera en Asia, la sombra de alguna cantera abandonada en Roma o la cúpula espléndida del cielo en las riberas del mar Jónico, y allí estuvo siempre mi espíritu con ellos. Pero, desde que comenzaron a construir fastuosos edificios o se apoderaron lisa y llanamente de los templos paganos y pusieron mi estatua en lugar de la de Baco, o de Apolo, y la de mi madre en vez de la de Minerva o de Venus; desde que comenzaron a resonar allí los rezos convencionales a que se atribuían virtudes milagrosas, en vez de la ingenua plegaria que, casi sin palabras, brota del corazón, desde que aquellos lugares se convirtieron en tiendas de comercio a donde los fieles tienen que ir a depositar gran parte del fruto de su trabajo, desde su nacimiento hasta su muerte, para alimentar la pereza y la molicie de mis falsos ministros; desde entonces yo no moro en los templos, porque todo eso me causa una repugnancia, un hastío, un cansancio insoportable, ese frío del alma de que te hablaba hace algunos momentos y que tú no comprendiste.

«Desde entonces vago por los suburbios de las ciudades, por las aldeas, por los campos, por las minas y hasta por las cárceles, y en esos lugares suelo encontrar muchos corazones puros que, si me conocieran, me seguirían; pero falta la palabra convencida que los exalte, el espíritu superior que los una y los guíe.

«Muchas veces también, tarde de la noche, cuando duermen los más y no pocos se entregan al recocijo y a las fiestas, he penetrado al frío aposento de algún pensador, y a la pálida luz de una lámpara mezquina he sido testigo de sus vacilaciones, sus luchas, sus esperanzas y sus desalientos. ¡Cuántos he visto así, desde Agustín a Savonarola y



Leonardo de Vinci, desde Lutero a Voltaire y Juan Jacobo, desde Augusto Comte hasta Renan y León Tolstoy! Cuántos de ellos han estado a punto de enarbolar mi estandarte para emprender la gran lucha de amor y abnegación que habrá de cambiar la suerte de los hombres!

—Y eso, ¿vendrá, Señor?

—«Sí, vendrá, su tiempo aún no es llegado, pero no está lejos. Entonces esto desaparecerá (decía mostrando el templo), y con ello la ignorancia y el fanatismo, las rivalidades y los odios que dividen las naciones y las razas, las familias y las clases sociales.

«La civilización actual habrá de derrumbarse, y al reemplazarla se levantará otra más bella, más pura, más humana, fundada sobre los cimientos de amor y altruismo que edificué hace diez y nueve siglos. Entonces el trabajo no será una maldición: todos lo buscarán como la satisfacción de una necesidad fisiológica, y ya no habrá ni siervos ni señores, magnates que viven en la ociosidad y la opulencia y desgraciados hambrientos que trabajan como bestias de carga, hombres que disfrutan de los goces más exquisitos de una cultura refinada y proletarios del espíritu que no conocen más placeres que los de la orgía y la taberna.

«Entonces, la mujer, libre de prejuicios, cultivará su espíritu, desarrollará sus poderosas facultades, hoy dormidas, y dejará de ser sierva para ocupar el puesto que merece en la familia y en la sociedad.

«Cuando llegue ese día, el sentimiento patriótico habrá sido ya reemplazado por el sentimiento humanitario: no habrá fronteras ni naciones en la forma en que hoy se comprenden; el monstruo de la guerra habrá desaparecido para siempre, y todos esos millones de militares cuya vida no tiene otro ideal que la destrucción y la muerte, y todos esos otros millones de hombres que gastan sus fuerzas en extraer metales, fundir acero y fabricar armamentos, dedicando sus energías a objetos más nobles, dejarán de ser una carga abrumadora para los Estados, y contribuirán también al común bienestar. El ahorro de las cuantiosas

riquezas que hoy se gastan sin el menor provecho, en el mantenimiento de ejércitos y armadas, será un beneficio insignificante comparado con todos los demás que tendrán que fluir naturalmente de la supresión del resto más inhumano de nuestra pasada barbarie.

«Entonces la humanidad será feliz y yo volveré a habitar entre vosotros. Tal vez mi nombre no será conocido sobre todo en los primeros tiempos, pues tantos siglos de impostura lo habrán hecho abominable; pero eso no importa; porque los espíritus selectos de esa época, sin preocupaciones ni apasionamientos, reconstruirán la Historia, despojándola de las mentiras y de la hipocresía que hoy la afean, y darán a los hombres y a los hechos el lugar que les corresponde para la admiración de la posteridad; los fetiches humanos, bandidos coronados, asesinos de espada y charreteras, falsarios ambiciosos de mitra o tiara, santos egoístas, rencorosos y vengativos, todos irán al olvido que merecen y se desempolvarán mil figuras de hombres de corazón que amaron a sus semejantes y tal vez en la oscuridad y el silencio, sufrieron y se sacrificaron por contribuir a su bienestar y su progreso. En ese tiempo volverá a conocerse la verdadera historia de mi vida, y los hombres me amarán». Y el semblante de Jesús resplandecía, y brillaban sus ojos con el fuego de esa esperanza firme, absoluta ciega que llamamos fe.

—¿Y a qué has venido, Señor? me atreví a preguntarle.

—«Yo me alejo siempre de ellos, y por eso, cuando los templos están vacíos como ahora, aprovecho la ocasión para venir a observar las manifestaciones externas de la creciente e inevitable decadencia de esta religión que tan impropriamente han llamado *cristiana*. ¿No has notado cómo sus iglesias, que, gracias al concurso de un arte elevadísimo, alcanzaron en otro tiempo el poder de suspender el espíritu y conmover el corazón de los más incrédulos aún, están ahora completamente muertas? Su arquitectura, su ornamentación, sus cuadros, sus estatuas, todo tiene el sello de la agonía de las flores marchitas de un se-



pulcro, mira esos santos de rostro brillante y colores amarillos, esos cuadros de la vía crucis en que no parece sino que hubieran querido hacer el ridículo sobre mí; esa virgen de traje charro y grotesco con una corona enorme sobre la cabeza y cubierta de joyas falsas como una campesina que se adorna sin ton ni son con cuanta alhaja encuentra a su alcance. Mira esos altares llenos de pequeñas ventanas, columnitas y calados que nada significan; esas macetas de flores de papel descoloridas y ajadas detrás de las cuales dos ángeles asoman sus cabezas de meretrices; esas arañas de latón sobredorado cubiertas de prismas de vidrio... Todo es aparente falso externo superficial. . . . »

En ese momento llegaba la cabeza de la procesión al último altar y Jesús manifiestamente intranquilo parecía dispuesto a retirarse.

—No te vayas todavía, Señor, le dije: aún tardará mucho tiempo en ese altar. Antes debes cumplirme la promesa que me hiciste de concederme la felicidad.

—Yo no te he prometido la felicidad. Te dije que la pondría en tu mano y estoy dispuesto a cumplírtelo. Pídemelo lo que quieras para conseguirla; pero medítalo muy bien; no sea que yerres y tengas después que arrepentirte.

—Señor, le dije sin vacilar, amo a una mujer y, aunque ella también me ama no soy feliz: no me creo debidamente correspondido; desearía inspirarle un afecto hondo, una pasión ardiente como la que yo siento por ella.

—Pues bien te haré rico; serás millonario y podrás ofrecerle joyas preciosas, trajes espléndidos coches y palacios; los poderosos envidiarán tu fausto y los humildes celebrarán tu prodigalidad.

—No, señor, no me des riquezas: ella no es codiciosa. Jesús me miró visiblemente sorprendido, meditó un instante y luego me dijo:

—Entonces te daré honores y poder: subirás como la espuma, ocuparás los puestos más elevados, en tu mano

estará la suerte de las multitudes, los hombres más prestigiosos solicitarán tu amistad, a tu voz todos temblarán y a tu vista irritada se humillarán los más soberbios.

—No me des honores ni poder, Señor: ella no es ambiciosa.

Fijó el Nazareno en mis ojos su mirada dulcísima, como si no comprendiese mis respuestas y luego como quien da de improviso con la solución de un problema agregó:

—¡Ah! está bien! Te daré hermosura y gallardía: serás modelo de gentileza, darás la norma en la elegancia del vestido, todo será gracia en ti, las sandeces salidas de tu boca serán más estimadas que las agudezas de los sabios, bailarás perfectamente y brillarás en los salones, serás eximio en los ejercicios de destreza: nadie te aventajará en la esgrima ni en el tiro. y cuando te presentes a caballo, no se sabrá que admirar más, si tu valor, tu agilidad o tu destreza.

—Nada de eso me des, Señor; ella no es frívola.

—¿Qué quieres, entonces? ¿Con qué pretendes cautivar el corazón de esa niña? me dijo Jesús, completamente desconcertado.

—Señor, exclamé, no me des la hermosura del cuerpo, dame la del alma! Alumbra mi inteligencia, dame talento; purifica mi corazón, hazme virtuoso. Hazme justo; Señor, hazme sincero, dame el valor necesario para decir siempre la verdad, para hacer lo bueno, para defender al oprimido y para impugnar a los opresores.

Comunícame, Señor, tu benevolencia para con todos, tu acendrado amor a los débiles, a los pobres, a los desgraciados. Fortaléceme para ahogar en mi pecho el egoísmo. Cuando el dolor me abata, ayúdame, Señor, para no caer en la abyección buscando en los vicios un consuelo. Aleja de mí el rencor; ennoblece mi alma para que pueda olvidar las ingratitudes y perdonar las ofensas.

«Abre, Señor, mi corazón a la belleza, quisiera contemplarla, sentirla, embriagarme en ella y tener el don de expresarla: hazme artista, Señor! Pintor, para trasladar al lienzo su rostro divino; músico, para mover su corazón



con celestiales melodías; poeta, para cantarle en armoniosos versos las penas de mi alma!...

—Y te imaginas que con eso alcanzarás su amor?

—Oh, cómo nó! Ella es buena, y ama la virtud: es inteligente, y estima el talento; tiene una alma delicada, y la enamora la belleza artística!...

—¿No conoces acaso la mujer de tu siglo?

—Sí, Señor, sí la conozco; pero ella no es como la vulgaridad: ella es buena, ella es ángel, Señor!

—¡Pobre loco desgraciado, estás soñando! En el exceso de tu pasión atribuyes cualidades extraordinarias a una pobre muchacha tal vez, ánfora nueva, pero de arcilla tan impura como la de las demás, y destinada a recibir el mismo vino agrio y turbio... Tú has hecho de ella un ángel, pero ese ángel sólo existe en tu exaltada imaginación de soñador enamorado.

No te concederé lo que me pides, porque eso fuera aumentar tu infortunio. Quédate como eres; confórmate, que no es poco en el camino de la virtud el desear ser bueno. Lo único que puedo hacer por tu felicidad es retardar tu desengaño el mayor tiempo posible, para que así sigas gozando de esa dulce ilusión que ilumina tu alma.

Y terminando estas palabras se alejó rápidamente, haciendo un ademán para llamar mi atención hacia la cruz alta que se acercaba.

—¡Señor! Señor!, grité, tendiendo la mano para asirle de sus vestiduras y detenerle! No me desampares!—Pero ya Jesús había desaparecido.

¿Fué un sueño?... ¿Fué la realidad?

Sueño vano, molesta pesadilla lo creí durante algunos meses. Y ¿cómo no pensar así, cuando día a día, casi hora a hora estaba sintiendo la caricia inefable de aquella dulce mirada, de aquella sonrisa tan dulce que pudiera borrar en un instante todas las angustias de muchos años? ¿Cómo no pensar así, cuando se me ofrecía aquel corazón

purísimo, vaso primoroso, múrrido pomo que yo podría llenar de los perfumes más exquisitos?

Cuando en medio de mi dicha venía a mi memoria el recuerdo de la procesión de Corpus, me asaltaba una extraña ansiedad, como un temor, como un presentimiento de próximas desgracias; pero pronto trataba de arrojar de mi cerebro a aquel huésped importuno, y exclamaba en mi interior: «Nó . . . ¡Fué un sueño! . . . ¡Es imposible: ella es buena, ella es ángel!»

Un día el dolor llegó a golpear a mi puerta: una mano fatídica comenzó a interponerse entre nosotros, tratando con maña infernal de infiltrar en su alma inocente ideas y sentimientos que hicieran imposible la armonía entre los dos. Se hicieron esfuerzos inauditos para hacerle comprender que la mayor prueba de amor que un hombre puede dar a su amada es el sometimiento absoluto a sus caprichos, aun cuando, para complacerla, tenga que hollar su propia dignidad. Se trató de convencerla de que en el matrimonio la mujer debe buscar particularmente la satisfacción de las aspiraciones vulgares, las ambiciones frívolas, el lujo, el lucimiento de la belleza, la posición expectable, el figurar, como se dice; y, en consecuencia, el mejor marido, el marido ideal sería aquél que, a una buena fortuna, uniese una buena presencia y una cortedad de alcances y una falta de carácter absolutas que permitieran hacer de él un perfecto maniquí. Pero nada valieron las asechanzas: ella se mantenía firme y resueltamente a mi lado, de tal modo que hubo un momento en que la lucha pareció próxima a terminarse con un triunfo definitivo para mí.

En las horas de incertidumbre solía recordar la desconsoladora profecía de Jesús y por un instante extendía sobre mi cabeza sus negras alas el murciélago de la duda, que yo al punto rechazaba diciéndome a mí mismo: «¡No puede ser! . . . Ella no es como las demás, ella es buena, ella es ángel!»

Llegó un momento en que la fortuna comenzó a mostrarseme francamente adversa, y, de la noche a la mañana



me ví separado de ella. Privado de su dulce compañía, sin poder oír sus palabras que fortalecían mi espíritu, se apoderó de mí el desaliento, y el recuerdo de la festividad de Corpus comenzó a convertirse en obsesión. Pero cuando, en las calles o en los paseos o a la salida del templo, me lanzaba ella una mirada furtiva al pasar, en mi corazón resplandecía de nuevo la esperanza y, profundamente emocionado pensaba: «No es posible: ella es buena, ella es ángel!»

Mucho creía haber sufrido en aquellos largos meses de dudas y ansiedades; pero hube de convencerme de que todas esas angustias habían sido nada cuando, con el corazón oprimido, como si una garra de hierro me lo estrechase, ví que aquella mano fatídica que al principio lograra separarnos, había vencido al fin: aquel adorado corazón ya no me pertenecía! . . . Ya no podía exclamar: «Es imposible: ella es buena, ella es ángel!» . . .

Sólo el que haya concentrado todos sus anhelos en una sola esperanza y, habiendo cifrado en su realización toda la felicidad de su existencia, la haya visto disiparse en un momento, podrá comprender las amarguras que sufrí durante los días enteramente grises y las noches profundamente lúgubres de aquel invierno horroroso. ¡Qué terrible era para mí tener que presentarme ante el mundo con la frente alta, la mirada serena, los labios sonrientes, mientras el dolor se me enroscaba como una serpiente en el corazón! ¡Cuántas veces me aparté del bullicio y la alegría, como si huyese de un lugar de torturas, para ir, en la soledad de mi cuarto, a entregarme por completo a mi dolor!

Relajada mi voluntad por los padecimientos, busqué, como un hombre sin carácter, un anestésico, para mis nervios en el juego, en la orgía, y la lujuria, y, en todo, no encontré más que un alivio momentáneo del cual caía a un abatimiento aún más lastimoso.

Una noche en que ni la crápula ni los azares del juego habían bastado a anonadar mis nervios, más sobreexcitados que otras veces, sentado delante de mi escritorio

recorría las cartas que en los tiempos venturosos le había escrito. Leyendo esas páginas impregnadas de pasión, desfilaron por mi memoria todas las etapas de mi amor, desde la tarde de verano en que en aquella misma plaza, por primera vez atrajo mi atención, vestida de blanco, ya adolescente, risueña y fresca como una flor primaveral, hasta la noche en que, paseándonos por la acera de su casa, nos hicimos la promesa de nuestro eterno amor.

Después tomé mis memorias, pliegos escritos diariamente, noche a noche, desde que se eclipsó mi dicha; allí estaban consignados todos mis anhelos y esperanzas, todos mis desalientos y desengaños. Y pasaron por mi vista, con mis desgracias, angustias y desesperaciones, mis debilidades, mis caídas y mi envilecimiento. Tres meses habían transcurrido, y no sólo no conseguía recobrar mi tranquilidad sino que iba de mal en peor. Ya comenzaban a trascender al público mis deslices y dentro de poco, estarían perdidos todos los sobrehumanos esfuerzos que había hecho para aparentar serenidad en presencia del vulgo, que en tales casos, suele mostrarse cruel e implacable.

Al reflexionar sobre mi situación y el porvenir sombrío y afrentoso que me esperaba, con más violencia que nunca me asaltó la idea del suicidio. Instintivamente, quizás, evoqué el recuerdo de los seres queridos de mi familia, y me los figuré desolados, mudos de emoción después de recibir la noticia de mi muerte. Ese recuerdo, en otras ocasiones, había dulcificado mi alma, dándome fuerzas para alejar la idea de atentar contra mi vida; pero ahora parecía haber perdido su poder. «Es preferible, pensé, que me lloren muerto al rigor de un infortunio, a que me vean sumido en la abyección y, avergonzados de mí, me arrojen de su lado como a un miembro podrido!»

Con la cabeza ardiente como un volcán, palpitándome las sienes a martillazos, «hay que hacerlo», dije, y tomé la pluma para escribir mi despedida. «Mi querida madre», alcancé a poner, y las lágrimas, nublándome la vista, me impidieron continuar. Enjugábame los ojos cuando, en el



extremo opuesto del cuarto, en el hueco de la puerta que daba al zaguán, ví como una vaga claridad, y en medio de ella, la figura de Jesús, al principio confusa, y clara y distinta después. Al pronto creí que las lágrimas me hacían ver aquello y me restregué los ojos; luego pensé que estaba soñando y me puse la mano sobre la frente enardecida.

—No sueñes, me dijo Jesús, soy yo.

Y era él, en la misma figura en que le había visto al final de la procesión de Corpus, con su rostro ligeramente pálido, lleno siempre de dulzura, pero ahora con cierto aire, no sé si de tristeza o de seriedad, que me impresionó de un modo extraño.

—¡Señor! le dije, levantándome y saliendo a su encuentro ¡sálvame, Señor!

—¿En qué pensabas? me dijo con gesto de reproche.

—¡Señor, balbucí, lleno de vergüenza, he sido un cobarde, perdón! ¡Soy tan desgraciado, Señor!

—Tú lo has querido....

—¡Ah, Señor, si *ella* no era como las demás. *Ella* era un ángel, y la han cambiado! ¡Devuélvemela, Señor, como antes era; tú lo puedes!

—Y aún sueñas.... aún deliras....

—Señor, hazme feliz; tú lo puedes....

—Feliz..... La felicidad está en tu mano.

—Pero ¿cómo, Señor?.... ¿Qué debo hacer?

—Sé hombre, sé humano; levántate sobre el nivel de los vulgares.

—No te comprendo, Señor.

—Abre tu corazón al verdadero amor, y ama mucho.

—¡Amar!.... ¡Amar mucho!.... ¿No has penetrado Señor, hasta el fondo de mi alma? ¿No has visto que he amado como pocos han amado sobre la tierra? Tú, seguramente, has sido sabedor de mis días de ventura primero, de vacilaciones e inquietudes después, y de congojas y desesperación ahora.

—Eso no basta: ese amor es vulgar, egoísta y, por sí solo, no conduce más que a una felicidad efímera. Cuán-

tos habrás visto que como tú han creído sentir pasiones sobrehumanas, han sufrido ansias y angustias indecibles, y, cuando han alcanzado el logro de sus deseos, han visto convertida en humo la dicha eterna que soñaron! Muchos de los millares de matrimonios desgraciados que conoces fueron el fruto de amores como el tuyo.

Amar así no es suficiente para obtener la felicidad: no basta amar a la que ha de ser compañera de la vida, a los hijos, a los padres, a los hermanos, y parientes: nuestro afecto debe extenderse a los que nos rodean, a nuestro pueblo, a nuestro país, a nuestra raza, a la humanidad entera.

El amor a la mujer y a la familia tiene todavía mucho de egoísmo; es uno de los primeros pasos en el progreso de nuestra especie, y nos es común con muchos animales de clases elevadas. Mientras más grande es el círculo que abarca el amor, es mas altruísta y proporciona mayor suma de felicidad».

—Pero, Señor, le interrumpí, yo amo a todos.

—Los amas con los labios; pero no es amor el que no se manifiesta con acciones. ¿Qué has hecho tú por tus semejantes? Preocupado únicamente de ti mismo, cantando tus alegrías o lamentando tus pesares, ni siquiera te has dado el trabajo de tender tu mirada un poco más allá del barrio populoso y elegante, y no sabes que a unos cuantos pasos de esta casa hay centenares de desgraciados para quienes tus desventuras fueran descanso y alegría. Nunca has pensado en las injusticias humanas; tú mismo ¿no eres uno de los privilegiados? ¿Sabes cuántos infelices, mal alimentados y peor vestidos; tienen que trabajar desde el alba hasta la noche, helándose de frío en el invierno y tostándose al sol en el verano, para que tú vivas en la abundancia, vistas bien y mantengas tus vicios?

—Yo quiero ser bueno; dirígeme, Señor!

—Pues bien, despréndete de las mezquindades que te rodean, desprecia ese medio deleznable en que has vivido y baja al pueblo; conócelo, pon el oído en su corazón y el dedo en sus llagas, y después lázate a luchar por él, con-



venciendo con la pluma y la palabra, y persuadiendo con tu ejemplo.

—Y ¿qué podré hacer yo solo, Señor? ¿No me abrumarán los poderosos? ¿No se levantarán en mi contra los mismos por quienes voy a combatir?

—¡Cobarde! Así piensan todos los pusilánimes!

—Soy débil; fortaléceme, Señor!

—Si quieres ser feliz, si quieres elevarte como un cóndor, sobre las redes mezquinas que te mantienen aherrojado, cierra los ojos y sígueme. No repares en lo mucho o poco que podrás hacer, porque en verdad te digo que ninguno de tus sacrificios, ni el más mínimo de tus esfuerzos será perdido para la redención de la Humanidad. Y si te vieres solo y despreciado en la lobreguez de una cárcel o en el banco de un patíbulo, comprenderás entonces la dicha inenarrable que esclarece los últimos instantes de los mártires de una causa grande y noble.

Cuando enclavado en la cruz por orden de los que se creían perjudicados por mi doctrina, y bejado por los mismos infelices que yo quería redimir, la fiebre de la agonía agolpaba la sangre en mi cerebro, no ví en el delirio supremo de la muerte los espectros y fantasmas que horroizan el vulgo de los hombres; pues ante mi vista se desplegó el cuadro espléndido de la realización de mis sueños más queridos: la Humanidad toda pasó delante de mí, sonriente, dichosa, sin odios, sin vicios, sin abyecciones, sin tiranías. . . . Un solo sentimiento, el amor más desinteresado, y una sola aspiración, el progreso y bienestar de la comunidad, los unían a todos. Entonces, al ver en ese dichoso extravío de mi mente realizada mi obra, fué cuando en el paroxismo de la felicidad exclamé: *Consumatun est!*

Sigue el camino que te he mostrado y serás feliz.

Dijo y desapareció aquella visión consoladora, y solo entonces, como si volviera de un éxtasis, vine a ver el espléndido rayo de sol primaveral que, entrando por la ventana, dibujaba sobre la alfombra una lámina de oro refulgente. Abrí los postigos y una oleada de aire fresco y

perfumado me acarició el rostro. El cielo, de un azul diáfano e intenso; los Andes, al frente, con una pureza de contornos admirables, la plaza llena de luz y alegría, con sus aromas que ya habían descogido al viento sus áureas guirnaldas, con sus olmos y fresnos cuyas yemas hinchadas parecían próximas a abrirse, con su alfombra de césped tachonada de gotas de rocío diamantinas: todo se presentaba a mi vista extraordinariamente bello; en todo se manifestaba el aliento vital de primavera!... ¡Ay! y también en mi corazón había desaparecido el invierno y sonreía la luz engendradora de las grandes esperanzas!



## SOBRE CUBIERTA

Era la hora de la siesta. El *Guatemala* navegaba casi sin vaivén, como por las aguas de una laguna. Soplaban una suave brisa del Norte, que era compensada en absoluto por el movimiento del barco en la misma dirección, de tal modo que el humo de la alta chimenea ascendía verticalmente. Hacía un calor sofocante, el cielo estaba cubierto por una especie de neblina tenue, que apagaba un tanto el brillo del sol, pero no disminuía su calor; antes por el contrario lo hacía difuso y abochornante. El hedor acre que subía de las bodegas se había hecho más insoportable con el embarque de ciento cincuenta cerdos en el pueblo de Salaverry. Los pasajeros de 3.<sup>a</sup> clase, amodorrados, hacíamos la digestión de nuestro mezquino almuerzo, tendidos unos sobre sus colchones, recostados otros sobre los rollos de cables, arrellenados algunos en los dos únicos escaños de que dispone aquella sección del barco.

De repente fué interrumpida esa calma soñolienta por la charla locuaz y bulliciosa del mayordomo y un mozo que subían de las bodegas, comentando un robo, que se acababa de hacer en aquel lugar. Los pasajeros, deseosos de novedades que interrumpiesen la monotonía de la navegación, nos acercamos a inquirir noticias. Los recién

llegados dos españoles de fina cepa andaluza, hablaban gesticulando y haciendo ademanes como si se tratara de un acontecimiento extraordinario. Todos, pasajeros, mozos, pinches de cocina, y jornaleros de las bodegas, nos agrupamos en torno de ellos, formando un corro. El mayor domo, con voz reposada y con ese aire de superioridad que los empleados menudos de los vapores afectan cuando hablan con la gente *de cubierta*, narró lo acontecido.

Se trataba de un hecho verdaderamente curioso: el dueño de los cerdos que habían sido embarcados en la mañana, rendido por las fatigas, se había quitado los zapatos y los había envuelto en su chaqueta, para que le sirvieran de almohada y se había echado a dormir sobre unos fardos de pasto, teniendo la precaución de poner entre los zapatos la cartera, el reloj y la petaca con cigarros. Dos horas más tarde, al despertar encontró que el reloj y la cartera habían desaparecido; ¿cómo? El no se lo explicaba: los zapatos estaban perfectamente envueltos, y la petaca, donde él la había puesto.

Cuando hubieron cesado las manifestaciones de admiración de los concurrentes, un asturiano, mozo de la nave, dijo con mucha gravedad y convencimiento: «El ladrón ha debido ser un chileno» ¿«Por qué» le pregunte yo. «Porque sólo un chileno es capaz de robar con tanta habilidad». Numerosos viajeros hicieron coro al español, recordando robos audaces efectuados por chilenos, particularmente en los vapores de la Compañía Sud-Americana: quién citaba el caso de un individuo a quien los chilenos, le habían sacado las botas, que llevaba calzadas mientras dormía; quién contaba habersele hecho humo el servicio con que estaba comiendo; sin que hubiera podido sospechar su paradero hasta que lo reconoció en poder de un roto chileno.

Como yo hiciese algunas manifestaciones de incredulidad, el español que había afirmado que el ladrón de la cartera y del reloj debía ser un chileno me dijo: «Ud. duda porque no conoce a los rotos. Vea Ud.: yo tampoco creía en su destreza para robar, y una vez en el vapor *Victoria*



íbamos como ahora conversando de sus bellaquerías y yo dije: «Cá, hombre, si todo eso es música, esos rotos son unos camuesos y Uds. les dan una fama que no merecen». Dos rotos que estaban a cierta distancia y en quienes no había reparado, oyeron mis palabras, me miraron sonriendo socarronamente, pero no dijeron nada.

Al día siguiente, después de la comida, me eché a descansar sobre un banco y luego me quedé dormido. No alcancé a estar allí diez minutos, porque me despertó el mayordomo para que fuese a proa. En ese mismo momento se me acercó el más mozo de los rotos del día anterior y mostrándome un sol, me dijo: «Patroncito, hágame el favor de cambiarme en sencillo». Como yo no quise molestarme el mayordomo se lo iba a cambiar, pero él no aceptó diciendo: «Aquí el patroncito tiene». Maquinalmente me llevé la mano al bolsillo del chaleco, donde tenía dos libras, tres duros y una buena cantidad de calderilla (1), en el acto noté que me faltaba dinero: el roto, aprovechandó mis pocos minutos de sueño me había andado por las faltriqueras, pero lo más curioso es que sólo lo había hecho para probarme su habilidad, porque me sacó toda la calderilla y me dejó los tres duros y las dos libras. Desde entonces yo hablo con respeto del roto chileno, porque estoy cierto de que podría figurar con brillo en el Lavapiés de Madrid».

Muy celebrado fué el cuento por los circunstantes, y en particular por el mayordomo, que gustaba mucho de los chascarros del asturiano, porque, según su expresión, los decía con chulada. De las raterías de los chilenos se pasó a hablar de los robos y de éstos a los asaltos y a los crímenes. A los peruanos, sobre todo, se les ponían los pelos de punta recordando las fechorías de los rotos. Los chalacos (2), decía uno de ellos, son muy sanguinarios, pero los chilenos son mucho más, pues el chalaco tira a mar-

---

(1) Así se llama en algunas provincias de España, la moneda sencilla y de poco valor.

(2) Chalaco llaman a los del Callao.

car (1), y el roto tira a sacar el mondongo, pues (2). Habló en seguida un italiano, después un panameño y a continuación muchos más, todos los cuales lucieron una brillante fantasía para referir las depredaciones de mis conacionales. Y lo que es peor no sólo se trató de las picardías de nuestros rotos, sino también de cosas que no se pueden disculpar con la ignorancia o la falta de cultura de quien los ejecuta. Allí aparecieron los abusos que las autoridades municipales cometían en los puertos del Norte con los comerciantes menudos proveedores del mercado; allí se habló de los asaltos a mano armada de las lanchas cargadas con mercaderías en Antofagasta, de los robos en los ferrocarriles, de los fraudes de nuestros industriales exportadores, y de muchas otras cosas cuya verdad no es posible poner en duda. Yo guardaba silencio, sufriendo por quinta o sexta vez ese chaparrón de exageraciones tan deprimentes para nuestra dignidad nacional, cuando el mayordomo me apostrofó diciéndome: «Y Ud. qué, dice, paisano (3), de los salteos de los chilenos en el Neuquén?» No pude contenerme por más tiempo y le respondí: «En el Neuquén roban y saltean chilenos como roban y saltean argentinos, españoles, italianos y de todas nacionalidades; lo que si que allá, como aquí y como en todas partes es muy cómodo tener un editor responsable: un individuo comete un crimen en el Neuquén, sea por codicia, por venganza o por lo que fuere, y él es el primero en gritar ¡los chilenos! ¡los chilenos! las patrullas de la policía corren hacia la cordillera de los Andes y muchas veces detienen y llevan presos a tranquilos e inofensivos viajeros, mientras el verdadero criminal en su casa, sin cuidado alguno, se restrega las manos de satisfacción».

---

(1) Marcar, señalar, causar una herida que sin ser grave deje la cicatriz, particularmente en el rostro.

(2) Mondongo, los intestinos.

(3) El autor en su viaje de estudio a las repúblicas del norte, se presentaba como español, residente en Junín de los Andes, a fin de poder observar mejor la opinión que por allá se tiene formada de nuestro país.



«Ud. no conoce a los chilenos, paisano» me interrumpió el asturiano. Los conozco tanto como a los argentinos: vivo en Junín de los Andes; casi todos mis negocios son con Chile y conozco el país. Se exagera mucho: según lo que se dice, uno no puede andar tranquilo y seguro ni en las calles de Santiago; sin embargo, yo he recorrido varias veces desde la provincia de Valdivia hasta la de Atacama; he viajado a pie en la frontera de Arauco de Saucés a Contulmo, teniendo que trasmontar la cordillera de Nahuelbuta; he recorrido las salitreras de Tarapacá solo y sin armas, y nunca he tenido el menor percance». «Está achilenado el paisano dijo uno de los andaluces». «No estoy achilenado, respondí; lo que hay es que no me apasiono y en consecuencia no me ciego. Uds. les atribuyen a los chilenos cuanta ratería o maldad se comete sin averiguar primero si hay siquiera algunas presunciones para atribuírselas. Ahora mismo ¿saben Uds. si vienen chilenos en el barco? Yo creo que no viene ninguno, y hasta me ha parecido ver que viajan muy poco por estos mares no sólo rotos, sino también gente de 1.<sup>a</sup>» Se engaña Ud. me respondió el mayordomo viajan muchos en cubierta, pero niegan su nacionalidad para no hacerse sospechosos; también van frecuentemente *de pavos* (1). No sería extraño que entre los sacos de arroz o de azúcar estuvieran escondidos los autores del robo. En cámara también viajan muchos; ahora vienen tres o cuatro, entre ellos un médico muy famoso que Ud. debe conocer». ¿Quién será? le interrogué. «Se apellida Valenzuela, no recuerdo su nombre de pila». «Ah! el doctor Valenzuela! es una eminencia!» agregó el asturiano. Recorrí en mi memoria los médicos chilenos que conozco y no encontré de ese apellido más que un doctor de la ciudad en que resido, hombre pacato y tranquilo que jamás se habría aventurado a dejar el terruño de un modo tan repentino. Apurando mis recuerdos repetía yo: «Valenzuela; Valenzuela», y el as-

---

(1) *Pavo*, llaman a los que viajan sin pagar, de guerra como solemos decir, oculto en las bodegas, entre los bultos de mercaderías.

turiano, como para ayudarme me dijo: «Es director de una academia en Chile; es muy hábil, hace algunos años dió un informe notabilísimo en un gran proceso y su Gobierno, en premio lo mandó a Europa de embajador». Esto vino a concluir de confundirme: un médico director de una academia... El talento, el saber premiados por el Gobierno con un puesto diplomático... Eso no podía ser en Chile.

«Es una eminencia, repetía el asturiano». «Los chilenos tienen grandes médicos», agregó el mayordomo. «Sobre todo cirujanos», dijo un francés que recordó al doctor Charlin, que le había operado un tumor que se le formó en un costado después de haber tenido la peste bubónica. Otro nombró al doctor Sierra; y luego de los médicos se pasó a hablar de los abogados y de los ingenieros. Un colombiano, que trabajaba en las minas de Cerro de Pasco, observó que los mejores colaboradores que había tenido Mr. Meiggs, en la construcción del célebre ferrocarril a La Oroya, habían sido tres ingenieros chilenos. Otro recordó a los hermanos Clark iniciadores del transandino por Uspallata, y el mayordomo, por fin, citó a un ingeniero de apellido Undurraga que tenía estudiado un canal inter-oceánico en Colombia, siguiendo el curso del río Atrato, canal que, según su expresión, está destinado a hacer un hijo macho a los yanquis.

Estos recuerdos cayeron sobre mi corazón como una lluvia de Enero sobre los yermos. En un principio creí que los elogios a los profesionales chilenos eran sólo el fruto de una cortesía para conmigo, para con el español achilenado; pero cuando les oí nombres propios no pude seguir dudando de la sinceridad de sus palabras; sentí una impresión de alivio y de consuelo que no había experimentado en todo mi viaje, y se apoderó de mí una especie de reconocimiento hacia ese incógnito doctor Valenzuela que había sido la causa de esos recuerdos honrosos para mi patria. El mayordomo me prometió mostrármelo a nuestro arribo al Callao, pues, a la llegada a los puertos



los pasajeros de 3.<sup>a</sup> clase pasan a la sección de 1.<sup>a</sup> con el pretexto de bajar a tierra.

Desgraciadamente el *Guatemala* llega solo hasta el Callao y para seguir viaje a Chile es necesario trasbordarse a otro barco de la misma compañía, lo que produce cierta premura y confusión que me impidieron verme con el mayordomo.

Aunque la Pacific Steam vende en Panamá los pasajes hasta Valparaíso, en el Callao abandona a los pasajeros de cubierta a su propia suerte: ellos tienen que buscar los botes para el trasbordo de personas y equipajes y pagar los gastos correspondientes. No pasa así con los viajeros de 1.<sup>a</sup> clase, pues la Compañía se hace cargo de sus equipajes y les ofrece para su transporte una buena chalupa. En el *Ortega*, vapor en que continuamos el viaje a Valparaíso, se me extravió una maleta, y buscándola, llegué a la sección donde se habían depositado los equipajes de la 1.<sup>a</sup> clase; allí estaban numerosos pasajeros reconociendo sus cajas y balijas. Uno de ellos, un caballero de unos 45 años de edad, regular estatura, pelo negro, bigote espeso y simpático rostro de facciones correctas, hablaba con cierta energía con dos empleados subalternos reclamando un bulto que no parecía. Después de muchos trajines uno de los empleados apareció gritando: «Aquí está; aquí está», y llevando en los brazos una caja cúbica de cuero, en una de cuyas caras se veía escrito con sus caracteres negros: Dr. G. Valenzuela Basterrica. Con la rapidez de un relámpago se me descifró el enigma: la academia era la Escuela de Dentística; el proceso célebre, el de Becker; y la embajada de premio, la comisión de estudio en Europa. Era él quien había arrancado palabras encomiásticas para nuestra patria a aquella gente burda tan acostumbrada a menospreciarla y envilecerla. Sentí ímpetus de estrecharlo entre mis brazos y sólo me contuvo el temor de hacerle pasar un mal rato porque creyese tener que habérselas con un loco. El no reparó tal vez en mi presencia, pero si me hubiera mirado habría visto unos ojos hú-

medos que le miraban con inmensa ternura enviándole el agradecimiento de un corazón que sueña con una patria grande y feliz, respetada y querida. Nada le dije y me quedé absorto un largo tiempo en que mi espíritu anhelante tendió la vista hacia el suelo natal, hacia la juventud estudiosa, la juventud con ideales, la que busca en la educación científica su perfeccionamiento, la que mañana nos dará profesionales que, como el doctor Valenzuela Basterica, arranquen el sãmbenito que han echado sobre el pecho de nuestro país la ignorancia y la falta de cultura moral de nuestros propios conciudadanos.

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA



## A TRAVÉS DE LAS ALTAS Y BAJAS TIERRAS PERUANAS (1).

DESDE EL TITICACA A AREQUIPA

Señoras, señores: Voy a ocupar vuestra atención para daros a conocer las incidencias de importancia de dos viajes de estudio que he realizado a la vecina República del Perú; uno el año pasado (2), y el otro el año anterior (3). Ante todo debo decir, que uno de mis objetos principales era conocer la opinión que de nosotros se tienen formada nuestros adversarios del 79, y para ello hacía mis viajes de incógnito: me había teñido el pelo de rubio y me presentaba como español residente en el Neuquén.

En la segunda quincena de Febrero de 1912 me embarqué en el puerto boliviano de Guaqui, a orillas del lago Titicaca, en el vaporcito peruano *Coya*, uno de los dos barcos que hacen periódicamente la travesía del lago, entre Bolivia y el puerto peruano de Puno.

Es el *Coya* un buque pequeño de 40 a 50 metros de largo, y de capacidad para unas 300 toneladas de carga; pero

---

(1) Lectura hecha en el Liceo de Talca, donde a la sazón era vicerrector y profesor.

(2) 1912.

(3) 1913.

ofrece comodidades suficientes para unos 20 pasajeros de 1.<sup>a</sup> clase: su comedor es pequeño, pero limpio, y sus camarotes, aseados, aunque reducidos. El viaje dura una noche y cuesta diez y seis soles, cosa de cincuenta pesos de nuestra moneda actual.

A las 7 de la tarde levó anclas el vaporcito y comenzó a surcar las aguas transparentes y casi inmóviles del lago, iluminadas con los reflejos rojizos de un crepúsculo espléndido. Todos los pasajeros, apoyados en la baranda mirábamos alejarse paulatinamente el desmantelado puertecillo boliviano, y engolfarse el barco en aquel extenso lago, que en sí no tiene nada de extraordinario, sino es su elevación prodigiosa sobre el nivel del mar. Limitada constantemente la vista o por las orillas o por islas, o por penínsulas, más o menos elevadas y desprovistas de árboles, sólo con la vegetación raquítica y enana que permiten aquellas alturas, el Titicaca presenta el aspecto que ofrece el Budi a entradas de invierno, ahora, después que los colonos han destruído las selvas para cambiarlas en campos de labranza. En ninguna parte recibe el viajero la impresión de navegar por un gran lago. La monotonía del paisaje y la carencia absoluta casi de embarcaciones y de pájaros, infunden en el corazón una dulce melancolía que el crepúsculo aumenta con sus matices suaves, reflejados en la superficie tersa de las aguas. Hubiera querido permanecer ahí largo tiempo, pero el frío penetrante de aquel aire enrarecido me obligó, como a los demás pasajeros, a buscar refugio en la cámara.

Mis compañeros de viaje eran todos peruanos y bolivianos. Durante la comida departieron amigablemente, y pronto la conversación recayó sobre Chile; un boliviano de apellido Aramayo, que había sido capitán en la guerra del 79, era el que llevaba el pandero; hacía ver la necesidad que su patria tenía de un puerto en el Pacífico, y como yo le observase que las mercaderías que se internaban a Bolivia, por los puertos chilenos no pagaban derecho alguno, me respondió: «Es verdad que entran libremente, pero tienen que pasar por las manos de los chile-



nos, que roban en los buques, roban en las lanchas, roban en la Aduana y roban en el ferrocarril», con esto se descargó una andanada de improperios contra la rapacidad chilena. Luego se habló de Tarapacá, que según ellos había sido objeto de nuestra codicia desde que se descubrió el salitre, y citaban al efecto una especie de profecía del presidente Castilla que hasta en su lecho de muerte recomendaba a sus amigos que no se descuidasen con esas provincias porque los chilenos estaban en acecho. Se comprenderá el esfuerzo que yo tenía que hacer para no estallar oyendo tantas ineptias. Felizmente el curso de la conversación cambió de un modo brusco: uno de los guisos que se sirvieron hizo recordar a uno de los peruanos unos monos asados que había comido a orillas del río Madre de Dios y en la región del Putumayo; desde ese momento no se habló más de que de las atrocidades cometidas en aquellos lugares, las cuales eran atribuídas por los peruanos a una compañía inglesa que tiene ciertas concesiones para la explotación del caucho.

Salí a cubierta. El espectáculo había cambiado por completo: en el cielo, de un negro profundo, brillaban las estrellas con rara intensidad; el agua las reflejaba como un espejo metálico, y en el horizonte las costas lejanas y los islotes se dibujaban sombríos, hosclos, borrosos, sin una luz que denunciase una habitación humana. El frío era intenso. La tranquilidad del lago era absoluta; sin embargo, nada es más incierto que esa tranquilidad: no haría tres horas que nos habíamos acostado cuando despertamos sacudidos por los cabeceos del *Coya* que bailaba sobre las olas. Las tempestades del Titicaca son famosas: aseguran los empleados del barco que han visto marearse a capitanes de buque que habían navegado 30 años en el mar. Y debe ser cierto, porque en el lago no toma la nave un vaivén determinado de popa a proa, o de babor a estribor como en el mar, sino que se mueve en todos sentidos. Esa noche nos mareamos todos a pesar de estar acostados, que es como mejor se evita el mareo.

Amanecemos en aguas peruanas. El lago, tranquilo ya,

presentaba el mismo aspecto que a la salida de Guaqui, bien que el sol naciente le daba un toque alegre casi risueño: por ninguna parte del horizonte podía extenderse la vista libremente; las riberas lejanas se veían veladas por una tenue neblina que disimulaba sus contornos; las más próximas, cubiertas de pajonales en lo bajo, dejaban ver en la parte alta, algunas llamas o vicuñas pasciendo la pobre yerba que les ofrecen aquellas tierras glaciales.

Pronto el viajero comienza a divisar una ensenada en cuyo fondo se encuentra Puno. Poco a poco el lago va haciéndose más bajo; el agua transparente permite ver la arena; abundan los islotes cubiertos de juncos y otras pajas, y por fin el vapor toma un verdadero canal como los que se encuentran en las barras de los ríos. Por otra parte, algunas aves acuáticas habían principiado a dejarse ver, y a lo lejos, para el lado de Puno, se habían divisado unos puntitos negros, que luego pudimos comprobar eran barcas de pescadores, o de gentes que de diversas regiones del lago se dirigían al mismo punto que nosotros. Casi todas esas barcas son muy pintorescas: hechas de rollos de totora entretejidos admirablemente y con velas de estera de la misma paja. Pasamos al lado de una de estas balsas y pudimos observar su construcción y su mucha resistencia: iban en ella, fuera de los remeros, una vieja, una mujer joven, tres chiquillos, varias gallinas con un gallo que hendía el aire con su canto entusiasta, y un perrillo que ladraba briosamente al ver que nos acercábamos. Era, sin duda, una familia que cambiaba de residencia, pues la balsa iba atestada de trastos; y esa familia había tenido que sufrir el temporal de la noche anterior en esa barca irrisoria.

A las 6¼ de la mañana se divisaba la ciudad de Puno reclinada al pie de un cerro, haciendo resaltar los techos rojizos de sus casas y las torres de su catedral, entre el verdor de los pajonales de los alrededores. A las 7 desembarcamos en el muelle, que estaba cubierto de una multitud de personas, cuyas tres cuartas partes eran indios. Allí esperaba el tren expreso que debía haber salido diez



minutos antes, para llegar a las 3 de la tarde a Arequipa y seguir inmediatamente a Mollendo, y llegar a las 7½ de la tarde a ese puerto, para que los pasajeros alcanzasen a tomar el vapor.

Como no tenía apuro, esperé el ordinario que sale una hora más tarde, y pude dar una ojeada a esa ciudad que en mi infancia me mostró la geografía como una de las cinco principales del Perú con 25,000 habitantes y asiento de un obispado. No sé si en alguna época habrá sido gran cosa; pero hoy en día es una pobre ciudad de unas 10,000 almas, en que predomina el indio aimará, de calles estrechas y edificios feos y mezquinos.

Eran cerca de las 8 cuando partimos. El ferrocarril, de 1 metro de ancho más o menos, se extiende al principio, por la ribera del lago, hacia el Norte, sigue la misma dirección hasta llegar a Juliaca, empalme con el ferrocarril al Cuzco; desde ahí toma casi rectamente al Poniente, para después de transmontar los Andes, torcer al Sur hacia Arequipa.

Hasta Juliaca la línea sigue casi a nivel (3,892-3,825), pero desde ese punto comienza a ascender caracoleando por entre cerros abruptos y quebradas profundas. En Santa Lucía, estación donde se almuerza, a 112 kilómetros de Puno, la altura es ya de 4,038 metros. Juntamente con la altura aumentaba el frío y el enrarecimiento del aire, y con él la puna o soroche, que tanto hace sufrir a las personas que no están acostumbradas a las regiones muy altas. El cielo se había encapotado; a eso de las 11½ de la mañana habíamos subido a 4,280 metros y comenzó a nevar, o más propiamente entramos a la parte donde estaba nevando, pues luego pudimos inferir de la cantidad de nieve que se veía en las quebradas y al pie de las rocas, que había estado nevando, quizás, la noche entera.

A las 12½ llegamos a la estación de Crucero, el punto más alto del ferrocarril, a 4,470 metros sobre el nivel del mar, corría un viento heladísimo que había hecho bajar a 6° la temperatura dentro de los vagones.

Desde este punto el camino desciende casi constante-

mente hasta Arequipa que se encuentra a 2,300 metros sobre el mar. A medida que se baja, la naturaleza va siendo menos abrupta, menos salvaje. Hasta Pampa de Arrieros (71 kilómetros antes de llegar a Arequipa) no se ofrece a las miradas del viajante otro panorama que el de la sierra petrificada por la nieve: aquí los despeñaderos, las grietas cortadas a pico, las rocas de formas caprichosas, el torrente profundo que ha cavado su lecho en las entrañas de la tierra, como huyendo del frío que reina en la superficie; y allá en el término del horizonte las cimas nevadas, casi siempre cubiertas por un nimbo de nubes. Desde muy allá se comienzan a divisar dos conos muy elevados; uno de ellos el más alto y regular es el volcán Misti, en cuya falda occidental se encuentra la ciudad de Arequipa. Primero se ven estos montes al Poniente del espectador y después se miran al lado opuesto, pues la línea férrea describe un semi-círculo para atravesar el cordón occidental de la Cordillera de los Andes.

Cuando la altura baja de 3,000 metros el aspecto de la naturaleza cambia notablemente: el pasto es más robusto y tupido; los arbustos son ya frecuentes y hasta los árboles se desarrollan en las quebradas y en los lechos de los ríos, en las partes más resguardadas de la intemperie. Las estaciones del ferrocarril son más socorridas; muchos vendedores ofrecen los productos de la comarca, particularmente quesos de leche de ovejas y un mote de maíz fresco, de un grano blanco, muy grande y muy dulce. Yura, pueblecito, a 2,500 metros de elevación y a 30 kilómetros de Arequipa, a donde llegamos al caer la tarde, ofrece ya una vegetación tan abundante como un pueblo de la provincia de O'Higgins. Allí se llenaron los coches del tren de vendedores de queso, dulces, chicha y frutas, entre las que descollaban unos duraznos muy bonitos y buenos que vendían en una especie de cucuruchos de paja tejida, a dos reales cada cucurucho. En Yura se detuvo mucho tiempo el tren, porque es un balneario y punto de recreo muy concurrido y subió mucha gente; traímos cerca de dos horas de atraso y allí se nos hizo la noche.



A las 8 más o menos llegamos al término del viaje, habíamos recorrido en poco más de 12 horas, 352 kilómetros en uno de los ferrocarriles más altos del mundo. La estación de Arequipa es grande y bella y a la llegada del tren, repleta de gente de todas las clases sociales ofrecía un aspecto muy agradable. Fuera de la estación esperaba una multitud de coches (victorias) y una veintena de tranvías tirados casi todos por caballos. (Hay unos que van a un barrio alto de la ciudad y son tirados por mulas).

Arequipa fué fundada el año de 1540 por Francisco Pizarro con el nombre de Villa Hermosa, denominación que le hubiera venido a maravilla, porque en realidad es hermosa y pocas ciudades tal vez, se encuentran en mejores condiciones para serlo: al pie de una montaña preciosa, en un llano fertilísimo y con un clima encantador. Arequipa como casi todas las ciudades del Perú ha ido a menos; pero en ella están más visibles las manifestaciones de la decadencia. Su población, que no pasará hoy día de 30,000 habitantes, ha sido evidentemente mucho mayor: Reclus, en su Geografía Universal, le da 50,000 y otros autores suben a 80,000. Arequipa es triste, tiene la tristeza de las grandezas pasadas, todo habla de tiempos que fueron: sus calles rectas, bien pavimentadas, sus templos seculares, sus casas de piedra y de construcción antigua, su universidad, todo atestigua lo que ha sido. Conserva todavía de su opulencia cierta dignidad, cierto gusto por lo grande y aún por lo fastuoso. Su plaza es muy bonita (me hizo recordar a la de Talca) pavimentada con mosaico en todo lo que no es jardines, espléndidamente iluminada y visitada de 6 a 7½ de la tarde por una concurrencia distinguida que va a oír una excelente banda de músicos que allí toca. La catedral terminada en 1895, ocupa todo un costado de la plaza y es una obra monumental, de un gusto absolutamente moderno: seria, imponente, y sin embargo, elegante y risueña. Cuando visité la ciudad el mercado estaba provisoriamente en la plazuela de una iglesia, pero se estaba construyendo para él un espléndido edificio de piedra rosada, digno de una gran capital.

Motivo de orgullo para Arequipa ha sido la hermosura de sus mujeres; y a fe que tiene razón, porque las hay bellísimas: es muy frecuente el tipo de la joven alta, delgada, tez de un pálido mate, pelo castaño y ojos oscuros de mirada profunda.

Otra peculiaridad de Arequipa es el ser uno de los pueblos más devotos de la tierra: según lo que allá mismo se asegura, pasan de ochenta las iglesias y capillas de la ciudad. A las oraciones se oye un verdadero concierto de campanas, que para mí tenía un encanto especial, el de las cosas que traen el recuerdo de la patria, que bañan de nostalgia el corazón: esas campanas me hacían acordarme de esta ciudad en que ahora me encuentro. Arequipa, es naturalmente la ciudadela del partido conservador intolerante, y allí se han fraguado muchas de las revoiuiciones que han desgarrado al Perú.

En la ciudad de que hablo hay bastante comercio y en el pueden notarse algunas curiosidades. Hay cuatro librerías tan importantes como la que tenemos aquí en Talca y muchísimas menores, y los libros no son más caros que entre nosotros: un tomo de la colección de Sempere, valía 4 a 5 reales, esto es, de un peso a un peso veinticinco centavos en aquel tiempo.

Son frecuentes las tiendas en que sólo se venden bayetas, de una infinidad de colores, porque los indios de la sierra y la gente del pueblo las usan mucho a causa del clima. También hay almacenes en que se comercia sólo en sombreros de paja, particularmente de pita, y de los que se usaron en Chile, entre los obreros cuarenta años atrás con el nombre de sombreros de *motemei*.

La vida en Arequipa es en general barata: estuve alojado en un establecimiento modesto, pero decente llamado «Hotel Inglés», que pertenecía a una familia de origen inglés, donde me dieron una pieza amplia y bien ventilada, desayuno, almuerzo y comida, todo bien servido por dos soles diarios, lo que en aquel entonces equivalía a cuatro pesos ochenta centavos o cinco pesos. Una copa de helados en una pastelería de la plaza principal



valía un real (diez centavos, es decir veinticinco nuestros) Un fresco, que así llaman a una bebida hecha de agua, azúcar, jugo de alguna fruta y nieve, valía medio real el vaso. Había también algunas cosas caras: un baño tibio, en un establecimiento pésimo, a pesar de ser el mejor de la ciudad, me costó un sol, lo que corresponde a tres pesos de moneda de hoy.

Tuve que dejar Arequipa sin haber podido visitar sus establecimientos de educación, pues estaban cerrados por ser época de vacaciones.

A las siete de la mañana partí para Mollendo. El ferrocarril que une a este puerto con Arequipa es, puede decirse, la continuación del que viene de Puno. La línea desciende casi con un mismo desnivel hasta el pueblecito de Tambo a la orilla del mar y después sigue por la playa hacia el Norte hasta Mollendo. El trayecto al principio es agradable y aún pintoresco, pues sigue el curso del río Chili, que atraviesa la ciudad de Arequipa y fertiliza el estrecho y profundo valle que le sirve de lecho. Después la línea caracolea por entre lomas peladas, áridas y tristes, que recuerdan las pampas de Tarapacá. A medida que se desciende aumenta el calor, que llega a 30° en la estación de Tambo que está en la desembocadura del fertilísimo valle del mismo nombre; allí invaden los coches multitud de indiecitos que ofrecen toda clase de frutas tropicales, particularmente manojitos de caña dulce, que los pasajeros compran y chupan con fruición. La vista del mar nos llena de alegría, después de haber estado tanto tiempo mirando sierras arenosas y blanquecinas, y comenzamos a gozar de antemano con la idea de sus brisas refrescantes. Pero nos engañamos por completo; el tren baja a la playa y el calor sigue aumentando; aquella región es netamente tropical: las estaciones de Ensenada y de Mejía, están casi ocultas entre platanares y cañas de azúcar. La última es un pueblecito, un balneario, el andén está lleno de veraneantes de traje blanco y sombrero de Panamá; son los elegantes de Arequipa que han dejado el clima delicioso de aquella ciudad, para venir a pa-

gar tributo a la moda de veranear, sudando la gota gorda, en aquella sucursal del purgatorio, como llamó uno de los viajeros al referido balneario.

A las 11½ de la mañana llegamos a Mollendo, después de haber recorrido 172 kilómetros en cuatro horas y media.

Todo puede imaginarse uno de Mollendo, menos que sea un puerto: los lomajes de las sierras de la costa llegan allí hasta la misma orilla del mar, donde forma un ribazo o barranca de unos quince o veinte metros de altura. Sobre una de esas lomas está el pueblo, de unos 6,000 habitantes, construido todo de madera; en la orilla del mar se ha hecho una caladura en la roca para formar un embarcadero para botes, y se ha fabricado un muelle de piedra para las mercaderías. Sólo cuando el mar está tranquilo, lo que es muy raro, los pasajeros pueden aprovechar el embarcadero para botes, en la generalidad de los casos tienen que ser bajados por medio de un pescante, dentro de un cajón, poco menos que como embarcan a los carneros.

Y, sin embargo, Mollendo, a pesar de todas estas dificultades, quita a nuestros puertos de Arica y Antofagasta más de la mitad del comercio de Bolivia. Y hay que tener presente que las mercaderías extranjeras que ese país importa por el puerto peruano tienen que recorrer por mar 470 millas más que si entran por Antofagasta, y luego tienen que ser embarcadas en Puno para desembarcarlas en Guaqui, donde toman el ferrocarril a La Paz. Una competencia hecha en circunstancias tan desventajosas, manifiesta a las claras que hay algo defectuoso en la administración de nuestros puertos, y, aunque yo no quiera, se me vienen a la memoria las palabras del señor Aramayo en la cámara del *Coya*.

En Mollendo estuve todo ese día y gran parte del siguiente, esperando el vapor que debía traerme a Valparaíso. Me alojé en uno de los dos únicos hoteles decentes del pueblo; regular dormitorio y buena comida por poco precio, dos soles y cinco reales el día (seis pesos de nuestra



moneda en aquel entonces). Sin embargo lo pasé muy mal por el calor: a las once de la noche todavía el termómetro señalaba 27°: y esto después de los fríos del Titicaca y de la meseta andina y a raíz de la temperatura deliciosa de Arequipa.

Tuve la suerte de poder embarcarme sin necesidad del pescante, exponiéndome sí a un baño, pues era necesario calcular el momento preciso para saltar al bote que alternativamente subía hasta el nivel de la escala y bajaba 2 metros o más.

Mi viaje de regreso no tuvo otra cosa digna de recordarse que el haber tenido ocasión de trabar conocimiento con el distinguido hombre público boliviano don Zoilo Flores, que venía a Santiago con motivo de las célebres reclamaciones del Toco. Este caballero me dió la satisfacción de oír las primeras únicas palabras afectuosas para nuestro país en todo mi viaje. El señor Flores desempeñaba una misión diplomática en Lima, el año 1881 y fué traído a Chile como prisionero o como rehenes, en compañía de muchos notables del Perú. Le tocó estar arraigado principalmente en Angol; y hasta ahora conserva un recuerdo gratísimo de la gente de aquel pueblo, que se esforzaba por hacerles a él y sus compañeros, menos dura su situación. Tiene una pésima idea de nosotros como políticos, sobre todo en cuestiones internacionales, pero me declaró que tenía una excelente opinión de los chilenos como hombres privados, y aún mucho mejor de las chilenas. . . .

#### EL CALLAO Y LIMA A VUELO DE PÁJARO

El segundo viaje lo efectué a principios de Enero del año pasado (1). Uno de los vapores rápidos de la Compa-

(1) 1913

ña Inglesa me llevó en cinco días de muy feliz navegación de Valparaíso al Callao. Una espesa neblina nos obligó el último día de navegación a ir lentamente para precaver un choque: la sirena del vapor lanzaba cada dos minutos sus destemplados alaridos para prevenir a las naves que pudieran venir en dirección contraria. Esta circunstancia atrasó mucho nuestra llegada que debiera haber sido a las 2 de la tarde; sólo a las 5½ comenzamos a divisar en el horizonte la mancha borrosa que formaba la isla de San Lorenzo, y hora y media más tarde pudimos distinguir los pormenores de la costa, donde las luces artificiales principiaban a brillar, pues allá los días de verano son mucho menos largos que aquí. A las 8 de la noche echó anclas el *Oriana* en la bahía del Callao, y casi todos los pasajeros nos dispusimos a desembarcar, porque estos vapores llegan hasta ahí no más, y los pasajeros que van más al Norte deben trasbordarse a otras naves y para ello tienen un día, de tal modo que todos aprovechan la oportunidad de ir a visitar a Lima.

El aspecto que presenta el Callao de noche y mirado desde el mar no tiene nada de halagüeño. Uno se siente inclinado a comparar a Lima con Santiago, y cree que entre la capital peruana y su puerto, habrá la misma relación que entre la nuestra y Valparaíso; de ahí que al ver al Callao tenga que sufrir un verdadero desencanto. Ni la naturaleza favorece la primera impresión que causa este puerto, pues la ciudad se encuentra en una llanura baja casi al nivel del mar. Desembarcamos y la mala impresión no se modifica, porque la noche no permite apreciar lo mejor que tiene el Callao, su dársena. En tierra ya, me hago conducir al hotel más cercano, contrato mi alojamiento (un sol), como, porque en el día no lo he podido hacer por sentirme un poco indispuerto, y me lanzo a Lima. En la plaza principal, que está a un paso, esperan los elegantes tranvías eléctricos que salen cada cinco minutos; están divididos en dos secciones: 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> clases: veinte y diez centavos (cincuenta y veinticinco de nuestra moneda en aquel tiempo). El tranvía



nos conduce por las calles principales hasta tomar una vía ancha y pintoresca, la Avenida de Lima. El aspecto del Callao no es acaso superior al de Iquique, en cuanto a sus edificios, pero es mucho más alegre de noche: sus plazas con jardines bien cuidados y su activo movimiento de tranvías le dan una gran ventaja.

El trayecto a Lima, hecho de noche, puede inducir al viajero en grandes errores. La avenida que sale del Callao se prolonga mucho y tiene bastante comercio menudo de tal manera que hace la ilusión de que uno está en la ciudad cuando sólo va por un camino poblado. Los tranvías tienen línea doble por lo cual, en la parte despoblada, pueden desplegar bastante velocidad, y emplean de 25 a 30 minutos en los 10 kilómetros que recorren. La luz poderosa del tranvía permite ver a uno y otro lado del camino, los árboles que lo bordean, árboles retorcidos, de forma rara; los muros que en partes limitan las propiedades, hechos de tapias, sin bardas y sin tejas, blanqueados a veces y llenos de grandes avisos comerciales; las casas rústicas, sin tejado, planas encima, de forma cúbica frecuentemente, lo que hace recordar las construcciones moriscas del Norte de Africa y de la Palestina; los plataneros que desbordan por sobre los cercos su follaje exuberante. Todo esto entrevisto al correr del tranvía, en medio de la oscuridad, completado y agrandado por la imaginación del viajero, forma un cuadro fantástico, tropical.

Los tranvías entran a la ciudad, por un lado en que casi no hay arrabales, lo que indudablemente favorece muchísimo la buena impresión. Casi a la entrada pasa el viajero por una plaza donde se encuentra un monumento precioso, una de las cosas dignas de verse en Lima, el monumento al Dos de Mayo. Una gran columna que sostiene la estatua de la Libertad, y que muestra en su base bellísimos relieves de bronce que representan los principales episodios de la gloriosa defensa del Callao el año 1866, cuando fué atacado por la escuadra española. A cierta distancia de ese pedestal y colocadas simétrica-

mente se alzan otras cuatro estatuas que representan respectivamente al Ecuador, al Perú, a Bolivia y a Chile las cuatro repúblicas que se coligaron para oponerse a España. La columna y las estatuas están sobre una plataforma de piedra rodeada de graderías.

El tranvía sigue por un barrio nuevo, llamado de la Colmena, donde hay muchos edificios modernos y se encuentran casi todas las legaciones. El término de la línea está a la llegada de la plaza de San Juan de Dios, frente a un extenso edificio de tres pisos ocupado por una gran pastelería profusamente iluminada.

Desde este punto emprendí un paseo a pie por el centro de la ciudad. Eran más de las 10 de la noche y, sin embargo, Lima presentaba un aspecto como si hubieran sido las seis de la tarde: numerosos tranvías, automóviles y victorias llenos de paseantes circulaban en todas direcciones; los teatros, los hoteles, cafés, pastelerías, cigarrerías y multitud de almacenes iluminados y llenos de gente. Para mí fué una sorpresa acostumbrado a Santiago que comienza a bostezar a las 8 y que a las nueve ya se encuentra entregado al reposo.

Unos jóvenes colombianos, que iban de Chile de regreso a su patria, y me habían conocido en el viaje, pasaron en una victoria y al verme, la hicieron detenerse y me obligaron a subir. Ellos habían visitado ya los sitios más importantes, pero los recorrieron de nuevo para que yo los viera. Me llevaron a la plaza de armas, a la de la Inquisición, donde están las Cámaras, al magnífico restaurant del Jardín Zoológico, al paseo de Colón, al monumento de Bolognesi y a muchas partes más. Como buenos colombianos tenían hacia el Perú una animadversión que no se cuidaban de ocultar: todo lo comparaban con su correspondiente de Santiago y por cierto lo encontraban muy inferior; sus ojos perspicaces descubrían los defectos con una rapidez asombrosa.

Yo debo confesar que aquella mirada a vuelo de pájaro me dejó una excelente impresión: yo no comparaba con Santiago sino con la Lima que yo me había forjado en mi



imaginación, y en vez de la ciudad, abatida, melancólica, con la herida de la derrota abierta aún, encontraba una capital llena de vida, de movimiento, de entusiasmo. . . .

Era más de media noche cuando regresé al Callao. Por una deducción muy natural resolví establecerme en el puerto, al lado del mar, creyendo así poder defenderme mejor de los grandes calores que suponía se experimentaban en aquellas latitudes. Debo decir de paso que en esto, sufrí una doble equivocación, porque en Lima no se conocen los calores verdaderamente tropicales; su temperatura es casi como la de Valparaíso, y por otra parte, la cercanía del mar no es allí, indicio seguro de menos calor: Miraflores está a la orilla del mar y tiene una temperatura media de 5° más alta que Lima, que se halla 10 kilómetros al interior.

El día siguiente pude visitar detenidamente al Callao. Es una ciudad de unas 30 o 35,000 almas, de aspecto antiguo, de calles angostas y sinuosas (algunas tan estrechas que no pueden pasar vehículos y el embaldosado cubre de pared a pared), relativamente extensa, con algunos paseos y monumentos públicos, con un regular número de fábricas y maestranzas, que allá llaman factorías; pero con escaso comercio. Le perjudica al Callao la corta distancia a que está de Lima y la suma facilidad de comunicación: hay trenes cada media hora y tranvías cada 5 minutos; de tal modo que para una compra insignificante sus pobladores van a Lima con un gasto de veinte centavos de ida y vuelta. Lo mejor del Callao es su bahía, limpia y serena, donde se ven tres o cuatro vapores de la carrera; el crucero *Bolognesi*, la corbeta *Iquitos* y un par de submarinos; y su puerto, la dársena, magnífica construcción de muros de piedra que se internan en el mar dejando a manera de estanques profundos a donde entran los barcos, quedan libres del influjo de las olas y pueden atracar a los murallones y descargar sus mercaderías trasladándolas de las bodegas a los carros del ferrocarril. Cuando yo la visité había once buques y quedaba capa-

ciudad para ocho o diez más. Hace ya más de 25 años que el Callao goza de los beneficios de esa construcción que no falta en ningún puerto de importancia: en Valparaíso apenas están iniciados los trabajos.

Deseoso de conocer *de visu* las celebradas bellezas peruanas, fuí a la misa mayor de la iglesia principal el primer domingo que allí estuve. Aquello fué un desencanto: con su mantilla en la cabeza, las peruanas jóvenes (las maduras y las ancianas usan manto) ofrecen una figura, garbosa, atrayente, sobre todo miradas de lejos tienen algo de andaluzas; pero bellezas propiamente dichas no vi ninguna. Manifesté la sorpresa que este hecho me produjo al dueño del hotel y éste me dijo que si quería ver peruanas hermosas fuera a La Punta. Así se llama un balneario que se encuentra en una especie de cabo que se extiende al S.O. hacia la isla de San Lorenzo y que separa las bahías del Callao y de Chorrillos. Efectivamente en ese balneario, que se comunica por tranvías con el puerto y por consiguiente con la capital, se reúne diariamente de 9 a 11 de la mañana una parte de la sociedad selecta de Lima, y el viajero curioso puede observar mujeres lindísimas aunque de un tipo diverso del de Arequipa: las limeñas me parecieron más graciosas, más humanas, las de Arequipa, más serenas, más diosas.

Los del Callao, que se designan con el nombre de chalacos, no se miran bien con los limeños, porque hay entre unos y otros ciertas diferencias de carácter bastante sensibles, a pesar de haber entre sus respectivas ciudades tan poca distancia. Los chalacos, como los porteños de Valparaíso, se consideran más llanos, más francos, más enteros y trabajadores que los de la capital. Y esto se observa tanto en las clases cultas como en las populares: el roto chalaco, como diríamos nosotros, es más varonil que el limeño, y tiene ciertos arrestos pendencieros y cierta afición al cuchillo, que lo hacen sospechoso y hasta temible en Lima. A primera vista se distingue entre sí, y son famosas las peleas que se arman todos los años en una festividad religiosa que se celebra en una iglesia que



se halla equidistante de Lima y del Callao, a una legua peruana (de 5 kilómetros) de ambas ciudades, por lo cual la llaman *Iglesia* de la Legua y a la imagen que allí se venera Virgen de la Legua. Limeños y chalacos quieren tener allí la preeminencia: los primeros son más numerosos, los segundos más arrojados, y la consecuencia es unas cuantas decenas en *chirona*, como suelen llamar al cuartel de policía y otras tantas en los hospitales.

Después de conocer siquiera superficialmente a Lima y el Callao, quise ver los alrededores y lo que primero me atrajo fueron los lugares en que se dieron 31 años antes las batallas que decidieron de la suerte del Perú en la Guerra del Pacífico. El 15 de Enero, aniversario de la batalla de Miraflores tomé un tranvía y me dirigí a aquellos parajes. La línea atraviesa una hermosa campiña, formada por fincas de cultivo o de recreo, con elegantes chalets, que allá llaman ranchos. Habíamos andado unos veinticinco minutos cuando observé a la izquierda de la vía una especie de capilla aislada en medio del campo. Pregunté que era, y me respondieron que ahí había sido lo más reñido de la batalla y se había levantado esa *cripta* para que sirviera transitoriamente de tumba a los peruanos caídos en ambas acciones, cuyos restos reposaban y en el Cementerio General de Lima en un hermoso mausoleo. Allí había sido la batalla pero a mí me costó convencerme, pues influido por los grabados del tiempo de la guerra, esperaba llegar a campos estériles, arenosos, calcinados por el sol tropical, y veía aquella campiña abundantemente regada, cubierta de jardines y arboleda. ¿Habría cambiado la naturaleza? Se habrían cubierto de verdura y de follaje los campos fecundados por la sangre de los combatientes? ¿O se habría engañado el dibujante? Fué lo último: en aquel tiempo eran esos valles como son ahora; y el parte oficial del general Baquedano hace referencia a las arboledas que impedían los movimientos de la caballería.

De Miraflores pasé a Barranco y de aquí a Chorrillos, convertidas de nuevo en lugares de recreo, en ciudades

risueñas y tranquilas, donde vive gente acomodada y al parecer alejada del bullicio: no hay allí grandes hoteles ni restaurantes; predomina la vida del hogar.

Con honda emoción recorrí las amenas avenidas de Chorrillos que en ese mismo día, 32 años antes habían sido montones de ruinas humeantes. Quise conocer el campo de batalla; pero la noche ya estaba muy próxima. El día subsiguiente, el 17 de Enero volví más temprano, y después de dar un paseo por la extensa población (debe tener unas 15,000 hectáreas), me dirigí a la orilla del mar. Hay ahí lo que los chilenos llamaríamos una explanada, una terraza enorme pavimentada con mosaico, con una elegante balaustrada que sirve de antepecho, por el lado del mar, a la barranca de unos 20 metros de altura, cortada casi a pico. En la estrecha faja que media entre la barranca y el mar hay un establecimiento de baños, al cual se baja por un camino en zig-zag que está provisto de techo para proteger del sol a los bañantes.

En el extremo sur de la abierta bahía se divisaba un cerro en cuya cúspide se veía algo como una estatua blanca, era el Morro Solar. Allá me dirigí a pesar de que era la hora de más calor (las dos de la tarde. El cerro es bastante escarpado por aquella parte; pero hay un caminito para gente de a pie que sube formando zetas, por el cual el ascenso se hace menos penoso. En cada ángulo del camino hay un pequeño monumento, que parece tumba, rodeado por un jardincito, cuyas plantas, aunque raquílicas ponen un toque de alegre verdor a la aridez del cerro. Son especie de ofrendas votivas de carácter religioso, dedicadas a María Inmaculada del Morro Solar, cuya imagen está en la cima; cada uno de esos monumentos recuerda algún misterio divino y tiene un grabado que a ello se refiere. Así el 1.º está dedicado al misterio de la anunciación; el 2.º al del nacimiento de Jesús; el 3.º al de la resurrección; el 4.º al de la ascensión; y así los demás. En la cúspide como dije está la imagen de la Inmaculada, una gran estatua de mármol blanco, colocada sobre un pedestal de la misma materia, rodeado de un jardín; fué



erigida en 1905. Al cuidado de los monumentos y los jardines está un hombre ya entrado en años, que tiene allí arriba una humilde barraca por vivienda, y por toda familia un perro que lo acompaña y un burro que le sirve para subir el agua en un par de barrilitos para regar las plantas. Ese cuidador es un veterano de la guerra del Pacífico, hombre de muy buena voluntad, me acompañó en mi excursión y me dió cuanta noticia tenía. Me mostró allá abajo, en la orilla del mar el Salto del Fraile, un profundo tajo de unos quince o veinte metros de ancho, abierto por el martillo de las olas, en la roca viva, donde según la leyenda, un religioso que iba huyendo de sus perseguidores se salvó dando un salto prodigioso. Luego me condujo donde había estado el fuerte más formidable del Morro; allí no se ve ahora más que el hoyo que dejó el más grande de sus cañones, cuando sus defensores no pudiendo sostenerse lo hicieron estallar con dinamita para no dejarlo en poder de los chilenos. Aún se ven a unos 100 metros de distancia los gruesos fragmentos de ese cañón.

Mirando hacia la ciudad, al pie mismo del Morro, hay unas paredes de adobes, derruídas, «esas, me dijo el veterano, eran unas de las casas mejores de Chorrillos y las quemaron los chilenos después de la batalla». «Que barbaridad, le dije para tirarle la lengua». Los chilenos no tuvieron la culpa, me agregó en tono confidencial; las tropas de nosotros cuando se vieron derrotadas se vinieron ahí y se defendieron dentro de las casas, disparando por las ventanas y desde las azoteas. Los chilenos no tenían más remedio que pegarles fuego». «Y quemaron muchas? «Muchas... casi todo el pueblo»... «Y ¿tardaron mucho en reconstruirlo?» «Mucho... todavía hay muchas, como esa (y me mostraba las paredes derruídas) que todavía no se levantan». Y en efecto me mostró en diversos puntos, huecos, sitios vacíos, sin edificio, donde estuvieron las casas incendiadas, de las cuales no quedan ni rastros, por ser construídas en aquella región de material muy ligero. Sus dueños, personas ricas, no han querido reedificarlas, y aún han tratado de conservar pa-

tentes sus estragos, para que sean un estímulo constante del odio contra el vencedor. Sin embargo, eso está destinado a desaparecer pronto, porque la Municipalidad, ha tomado disposiciones encaminadas a hacer desaparecer esos lunares que afean la ciudad.

Caminamos por la cumbre del Morro hacia al Oriente y el veterano iba indicándome los puntos donde habían estado los fuertes, o donde había sido mayor la carnicería. El no había estado ahí; pero lo sabía por sus compañeros y porque le había tocado recoger los restos de los caídos, cuando fueron llevados a la cripta de Miraflores, y había podido observar los lugares en que más abundaban. Aún en algunos sitios se ven blanquear los pedazos de huesos humanos, pues en esa ocasión solo se pudo recoger lo más granado. Escarvando un poco en el suelo movedizo, aparecen fragmentos de huesos, cápsulas de rifles, botones de metal y otras cosas por el estilo.

Avanzando hacia al S.E. llegamos a un punto en que se domina por completo el valle que se extiende hasta los cerros de San Juan, hoy plantado casi todo de caña de azúcar; es un río de verdura que corre entre colinas grises y peladas; porque allí la tierra es exhuberantemente fecunda donde tiene agua, y pobrísima donde carece de ella. «Allí fué la primera batalla»; me dijo, mostrándome los cerros de San Juan. Y tenía razón porque en realidad fueron dos batallas peleadas en un mismo día, pero en sitios y horas distintas, y en gran parte por tropas diferentes, particularmente por lo que respecta a los peruanos.

Mi compañero de excursión tenía que volver a sus quehaceres, pero antes que se despidiera, quise tirarle nuevamente la lengua y le pregunté: «¿Qué sabe Ud. de los abusos y cueldades cometidas por los chilenos durante la *ocupación*»? «Señor, me respondió, en ese tiempo yo estaba en Arequipa, y por allá quien sabe si sería distinto de por acá; allá los chilenos no fueron malos con los pobres; con los ricos eran apretados y los hacían pagar contribuciones». Por lo que a este respecto me siguió diciendo el veterano, comprendí que en la región de Arequipa, por



lo menos, la gente del pueblo conservaba una memoria grata más bien de nuestro ejército, el cual, para los pobres, mal tratados y constantemente esquilados por sus gobernantes, debió de haber tenido algo de libertador. Recordó con cariño y casi con entusiasmo a un coronel de apellido Villagrán, a un mayor Marchant, y particularmente a un capitán Valenzuela, que era sumamente benévolo con los peruanos que habían sido soldados, porque habían sabido defender a su patria, y se mostraba intratable para con los ricos, que se habían quedado en sus haciendas y después pedían que les tuvieran consideraciones por ser quienes eran. Me refirió anécdotas muy interesantes de este capitán.

Después que el anciano se despidió, seguí aún recorriendo aquellos cerros regados con sangre de héroes, y faltó ya de quien me noticiase de los hechos tales como fueron, me los imaginaba yo como podía. Mirando hacia el valle me figuraba el ejército de mi patria fatigado por una larga marcha y por una batalla reñidísima, mal dormido, mal alimentado, avanzando por ese campo cubierto de bombas automáticas, a combatir a un enemigo poderoso, fortificado en esos cerros que deben de haber parecido inexpugnables. Pensaba en sus jefes, que tenían conciencia clara de las dificultades, y de las responsabilidades enormes que sobre ellos gravitaban desde que la nación había puesto en ellos su confianza y su porvenir. Por otra parte veía al ejército del Perú, rudamente combatido por la suerte, mirando avanzar al enemigo afortunado, siempre vencedor... Mirándolo avanzar, pero sin que desfalleciese un punto su pujanza, porque ellos aman a su patria como nosotros, y comprendían su tremenda situación. Por eso lucharon como leones los de uno y otro bando, y la sangre de 18,000 héroes anegó las campiñas de Chorrillos y Miraflores. Recordaba entonces yo el íntimo alborozo con que en Chile se había recibido la noticia del triunfo, y mi corazón volvía a latir con el entusiasmo que lo agitó en aquellos tiempos felices de mi niñez. Pero por otra parte, se me representaba la angustia indescrip-

tible con que Lima primero y todo el Perú después, debieron de recibir la noticia horrorosa de la tremenda tragedia; y mis ojos se nublaban pensando en la desgracia de ese pueblo infortunado, que nos aborrece todavía, porque cegado por el dolor, no ve quienes han sido los verdaderos causantes de sus desventuras; no quiere ver quizás que sus propios gobernantes, olvidando los santos intereses de su patria y mirando sólo sus conveniencias personales, nos arrastraron a nosotros y a ellos a una guerra fratricida. . . .

Con el corazón profundamente emocionado por estas reflexiones bajé el Morro algunas cuadras al Oriente del punto por donde había subido. Siguiendo una escarpada senda llegué a una cantera, y tomando desde ahí un camino regresé a Chorrillos. Entraba la noche cuando pasé por el modesto cementerio de la ciudad; sus muros estaban literalmente almenados de gallinazos, aves fatídicas, de aspecto repelente, parecidos a nuestros jotes. Allí estaban silenciosos, inmóviles, en actitudes hieráticas, recordando acaso aquel gigantesco festín de carne fresca que la guerra les ofreció 32 años ha, y considerando desmedrados estos tiempos en que la gente no pelea. Ay! pensé, entre mí, cuantos hombres, fabricantes de acorazados y de cañones, estarán, como esas aves, mirando con desprecio a los pueblos que no se destrozan entre sí!

#### DE ANCÓN A LA OROYA

Antes de entrar a hablar detenidamente de la capital del Perú voy a decir dos palabras sobre dos excursiones que hice a pueblos vecinos de Lima: Ancón y La Oroya.

Al primero de estos pueblos me llevó la fama que tiene como balneario aristocrático, y también el deseo de conocer el lugar donde se firmó el célebre tratado que puso fin a la guerra del Pacífico. El ferrocarril que una este puerto



con la capital tiene mas o menos unos 40 kilómetros; el viaje se hace en poco más de una hora, hay dos trenes diarios y se puede ir por la mañana y volver en la tarde. El ferrocarril sale de la estación principal de Lima, atraviesa el Rimac, sigue por la orilla del río hacia al Poniente, por un barrio feo, en que abundan los basureros y los gallinazos, después tuerce al Norte y atraviesa primero una parte llena de granjas y quintas de recreo, pobladas de jardines y árboles frutales, y después una zona agrícola muy fértil, en que se cultivan principalmente la yuca y la caña de azúcar. Esta región llega hasta un riachuelo donde hay una estación llamada Puente de Piedra a unos 25 kilómetros de Lima, de ahí para delante el aspecto de la naturaleza cambia en absoluto: la vista se pierde en un mar de arena gris, y la línea férrea serpentea por entre dunas y sobre médanos. De repente, cuando uno menos lo espera, se presenta el mar tranquilo como una laguna y luego se divisa Ancón con sus edificios de colores claros, medio ocultos entre el follaje de los plátanos y de las palmeras. Es una ciudad pequeña, pero hermosísima, formada casi sólo de ranchos, como les dicen a los chalets, que son verdaderos palacios. Sus avenidas y sus jardines son deliciosos; sus hoteles cómodos y elegantes. Sin embargo, cuando lo visité estaba poco menos que desierto; pues la época del veraneo comienza allá en Marzo.

A La Oroya fuí llevado del deseo de conocer el ferrocarril, que había oído ponderar mucho. Puedo decir que ese viaje es uno de los sacrificios más provechosos que he hecho en mi vida, porque el viaje es un sacrificio; pero también es su ferrocarril una de las maravillas del mundo moderno. Baste saber que tiene cincuenta y cuatro puentes de acero, sesenta túneles y sube hasta una altura de 4,760 metros. Hasta ayer era el ferrocarril más alto del Globo; últimamente ha sido superado por el que se está construyendo entre Oruro y Potosí que pasa de los 5,000 metros. En la línea férrea de La Oroya se ha hecho un verdadero derroche de audacia; parece que sus constructores hubieran querido jugar con las dificultades: sube

la línea cerros tan pendientes que uno se pregunta ¿Por dónde han podido trepar los ingenieros que hicieron los estudios? Por eso casi no tiene curvas, sino solo ángulos, y tan pronto se ve la locomotora adelante arrastrando el convoy, como se la ve empujándolo de atrás. En una parte en que un río ofrecía una dificultad insalvable para construir un puente, se hizo un túnel, por él se echó el río, y el ferrocarril pasa por el lecho seco.

Esta vía prodigiosa es un transandino que, siguiendo el curso del Rimac, transmonta el cordón occidental de la cordillera, y bordea después el río Mantaro, cuyas aguas en último término van a dar al Atlántico. Su construcción tuvo un fin puramente minero; los ramales que se han hecho después al interior le han dado también importancia agrícola. Pero el viaje a La Oroya no sólo tiene interés por el lado científico, es decir, por lo que toca a su ferrocarril, sino también por la parte estética: muchas cosas bellas hay en nuestro longitudinal, en el transandino por Juncal, en el de Antofagasta a La Paz, y en el de Mollendo a Puno; pero nada hay comparable con el trayecto del Callao a La Oroya.

El tren sale de ese puerto a las 6.5 de la mañana; después de pasar por Lima, recorre, siguiendo, como dije, el curso del Rimac, una zona bastante fértil en que se produce, principalmente la yuca, el maíz y la caña dulce; pasa por pueblecillos muy pintorescos como Chosica, que es otro lugar de recreo formado de ranchos, Surco y Matucana, de glorioso recuerdo, donde 200 chilenos y 60 peruanos derrotaron a 500 soldados del Protector Santa Cruz, el 18 de Septiembre de 1838. En este punto ya se nota la disminución de la vida vegetal y la frecuencia de los paisajes de la montaña abrupta. Un poco más allá, en Tamboraque, a 3,000 metros de altura, se almuerza; y luego después se entra a la región fría, de las rocas gigantes y las quebradas sombrías y profundas, tan pendientes que hielan la sangre de las venas. En la estación de Casapalca, a 4,000 metros comenzó a nevar, con un frío penetrante que hizo bajar a 5° la temperatura del vagón.



Dos horas estuvo cayendo nieve, y en una forma tal que impedía gozar del paisaje pues la vista sólo alcanzaba a unos cuantos metros de distancia. En Ticlio, el punto culminante de la línea, a 4,760 metros, los pasajeros que venían en el tren de Morococha, que empalma ahí, entraban con el sombrero y los hombros blancos con la nieve que habían recibido en el trayecto de un tren a otro, que no alcanzaría a media cuadra. De Ticlio para allá, la línea desciende casi constantemente hasta La Oroya, que está a 4,000 metros. Llegamos a este punto a las 6 de la tarde, con un poco de atraso a causa de la nevada. El ferrocarril tiene 222 kilómetros.

La Oroya, es un pueblecito de unos 2,000 habitantes, de escasos recursos, medio enterrado en una estrecha planicie entre montañas altísimas y casi verticales. De ahí parte otro ferrocarril a Huancayo, que pasa por el pueblo de la Concepción, célebre por el sacrificio del capitán Carrera Pinto y su heroica compañía.

En otro tiempo se creyó que La Oroya por su situación estaba llamada a convertirse en un gran centro comercial, pero no ha sido así; hoy es un lugar tan desamparado que cuando estuve ahí no tenía médico, y habiendo necesitado yo un medicamento, porque la puna casi no me dejaba respirar, tuve que recurrir a un boticario de afición, que en su establecimiento, mitad botica, mitad cantina, me preparó un líquido volátil para que aspirara.

El regreso fué afortunado, porque el tiempo no se alteró y así pude gozar de los panoramas que la nevada me había impedido ver.

#### ASPECTO DE LIMA

Voy ahora a tratar de Lima particularmente. La Ciudad de los Reyes, como la llamó su fundador, y no de los Virreyes, como se ha dicho después, tiene no pocos puntos de semejanza con Santiago. Ambas están edificadas

a orillas de un riachuelo de escaso caudal; ambas tienen la parte más importante al Sur del río, y ambas tienen al Norte una cadena de cerros, cuyo pico más elevado en una y otra lleva el nombre de San Cristóbal. La plaza principal de Lima se encuentra poco menos de dos cuadras al Sur del Rimac; dos de sus costados el Sur y el Poniente están ocupados por portales, el de Escribanos y el de Botoneros; en el lado Oriente están la catedral y el palacio del arzobispo; y en el restante se encuentra el palacio de Gobierno. Las calles de más comercio son las que van de la plaza al sur, es decir, las que corresponden a Estado y Ahumada en Santiago; pero allá llaman calle nada más que el costado de una manzana, esto es, una cuadra. Lo que nosotros decimos calle, allá es jirón, y en consecuencia el jirón comprende muchas calles.

Lima, a pesar de algunas manifestaciones de adelantos modernos, como las líneas telefónicas, los automóviles, la luz y los tranvías eléctricos, tiene un notable aspecto de ciudad antigua: sus calles son angostas, la gran mayoría de sus edificios bajos, pocos de dos pisos y contados los de construcción moderna; las casas son de adobes, con azotea, y las de altos tienen balcón corrido y cubierto de vidrieras o persianas. Es difícil saber la población de esta ciudad como la de casi todas las del Perú: una geografía que compré allá mismo y se usa en los colegios, le da 135,000, y don Eduardo Poirier, en su obra «Chile en 1910», le asigna 400,000; en mi concepto no pasa de 200,000, ni baja de 150,000 habitantes.

Lima en tiempos que ya están lejos, tuvo una importancia mucho mayor que ahora, fué la primera ciudad de Sud-América. Dos causas han influido principalmente para su estagnación: su mal clima que causa una mortalidad que supera muchísimo a los nacimientos, y lo aislado que ha estado siempre, aun dentro del propio país.

La capital peruana es una ciudad de recuerdos, de un notable espíritu conservador que la inclina a mirar más al pasado que al porvenir. Hasta en las cosas más insignificantes se nota el cariño a la tradición: véanse sino los



nombres estrafalarios de muchas de sus calles: Los Polvos Azules, Las Siete Jeringas, La Faltriguera del Diablo, Divorciadas, Mariquitas, Calonje, Afligidos, Cascarilla, El Gato, Borricos, Mogollón, Indios, Los Perros, Los Gallos, El Capón, El Banco del Herrador, Trapitos, Lechugal, Rastro de San Francisco, Pregonería, de San Marcelo, La Sandía, Rufas, Conchucos, Pilitricas, y cien más.

Tiene muchos edificios antiguos, entre los cuales pueden citarse el Palacio de los Virreyes, fundado por Francisco Pizarro, construcción de un solo piso, que no tiene gracia alguna; el palacio arzobispal que está en ruinas; la Catedral y muchísimas iglesias como la Merced, San Francisco y San Agustín, cuyo frontis todo de piedra esculpida es un prodigio, si no de arte, de paciencia. Se cuenta también entre los edificios antiguos el en que celebra sus sesiones el Senado, el cual fué asiento, en la Colonia, del Tribunal de la Santa Inquisición; mas yo estimo que en caso de ser el mismo, ha de haber sufrido transformaciones radicales, por lo menos exteriormente, pues en la actualidad tiene el aspecto de un templo griego de arquitectura dórica, estilo que no se aviene ni con el de la época, ni con el espíritu de aquella severa institución.

De todos estos edificios el más interesante es sin duda la catedral. Se puso su primera piedra en 1535 y se terminó 90 años más tarde, en 1625. Es un templo vasto y grave, de aspecto imponente, que guarda numerosas antigüedades y riquezas de diversos géneros. Los altares de las naves laterales están cerrados por una sencilla, casi diría tosca reja de madera verde que sube desde el suelo hasta los artesonados del techo. El segundo de esos altares, de la nave izquierda está dedicado a la Virgen de la Antigua, la imagen la regaló Carlos V, y, aunque no tiene firma de autor, es considerada como una maravilla y se atribuye a diversos genios de la pintura. A los pies de la imagen hay un tabernáculo de plata maciza primorosamente labrada. Al lado izquierdo del espacio que queda cerrado por la reja se halla guardado en una urna de

cristal el cadáver embalsamado o momificado de Francisco Pizarro. En el centro de la nave principal se alza el coro de los canónigos, todo de cedro tallado; es una preciosa; en la parte media del coro sobre un gran atril se ve un libro enorme, con todas sus hojas de verdadero pergamino; sus páginas manuscritas se pueden ver a varios metros de distancia, y llaman la atención con sus letras iniciales, grandísimas y prodigiosamente dibujadas. Es un santoral que según consta en los archivos episcopales, data desde la fundación del templo. Juntamente con estas curiosidades, el sacristán muestra al viajero los altares de Santo Toribio y de Santa Rosa de Lima, orgullo de la iglesia peruana, y luego le hace ver los cuadros de la vía-crucis, copiados en época remota por un artista nacional de la que existe en la catedral de Venecia; y lo lleva a examinar una pila bautismal toda de cobre, de una sola pieza, fundida en 1697, y si el viajero no se arredra, el sacristán le sube a las torres para que vea campanas que han estado llamando a los fieles por espacio de casi cuatro siglos. Uno sale de la Catedral de Lima como si volviera de una excursión al través de la época colonial.

El espíritu tradicionalista de los limeños no se nota sólo en las cosas sino también en la conservación de las costumbres. Una de las más notables es la afición a las corridas de toros, que se hacen allá con todas las reglas del arte. Quise presenciar este repugnante espectáculo para no hablar sólo de oídas; compré un asiento de delantera en el tendido de sombra y pagué cinco soles, más caro que un sillón en el Municipal. La corrida estaba anunciada para las 4 de la tarde; llegué un cuarto de hora antes y ya estaba repleta la plaza, un enorme edificio circular con un redondel de unos 60 metros de diámetro y extensas graderías para los espectadores, pero tosco e incómodo, lo que se explica porque la gente que va allí a ver la lucha del hombre con la bestia; pone en ella sus cinco sentidos y no se da cuenta de si el asiento es duro o está lleno de polvo, o si el vecino de atrás le pisa el vestido. La concurrencia era enorme: no bajaría de 5,000 personas. Me ha-



bía tocado una corrida extraordinariamente interesante: se había suscitado una disputa entre aficionados sobre qué toros eran mejores los del Perú o los de España; se trabó una apuesta y se hicieron venir de la Península toros escogidos del célebre criadero de Veraguas. Pero aconteció que con el viaje por mar los animales perdieron su bravura y no fué posible llevar a efecto la prueba. Esa tarde, en que yo estuve, fueron lidiados seis toros que habían sido escogidos entre lo mejor de lo mejor para oponer a los de Veraguas. Ya se comprende el entusiasmo que habría entre los aficionados. A las 4 en punto el presidente de la corrida dió la señal; una banda tocó una marcha, se abrió un portalón del redondel y entró la cuadrilla de toreros, con arrogancia tal que hacía pensar en la entrada de los gladiadores en los anfiteatros de Roma, que nos describen los historiadores; y como para que la semejanza fuese mayor, la cuadrilla se detuvo frente al palco del presidente, y pronunció el de mayor representación un breve discurso que terminó brindando por la presidencia, por la concurrencia y por España. Luego se retiraron del redondel los que no debían trabajar en la primera parte del espectáculo; se abrió una pesada puerta en el lado opuesto a la presidencia y salió corriendo un enorme toro de color rojizo, se detuvo en mitad del redondel, miró a un lado y otro dando fuertes resollidos y luego embistió contra uno de los toreros. Entre tanto habían entrado dos jinetes con una especie de lanza en la mano, que llaman garrocha, y llevando los caballos con un ojo cubierto. El toro en cuanto vió cargó contra el que estaba más cerca; pero el jinete lo recibió con la garrocha, que le enterró en el morrillo, delante de la cruz. El empuje de la bestia fué tal que el caballo no resistió y sentó los cuartos posteriores en el suelo; pero el picador con esfuerzo prodigioso mantuvo la garrocha firme; el toro dió un rugido de dolor y se retiró para embestir al otro jinete. El público aplaudió estrepitosamente la hazaña del primer picador. El segundo no fué tan afortunado; la garrocha resbaló sobre el morrillo del toro y éste

cogió al caballo por los ijares, lo levantó con jinete y todo y lo arrojó contra la barrera. Inmediatamente los toreros de a pie, corrieron unos a desviar al toro provocándolo con sus capas, otros a proteger al caído, que felizmente no resultó con daño alguno. El caballo se levantó dificultosamente vertiendo dos chorros de sangre; los toreros quisieron sacarlo del redondel, pero apenas lo vió el toro corrió hacia él y le dió una tremenda topada en el costado que lo lanzó lejos y lo mató en el acto. El público aplaudió frenéticamente al bicho, como dicen allá al toro. Vino una nueva faz del espectáculo, el capeo, que muchos de vosotros habréis visto en los simulacros de toreaduras; suertes hechas con la capa. Es esta la parte menos brutal de la corrida y la que se presta más para lucir la agilidad del torero. Vinieron, en seguida las suertes de los banderilleros, que también las habréis presenciado en los simulacros. Y llegamos a la parte principal de la corrida: la muerte del toro. Entró el diestro, así llaman al matador, cubierto con una hermosa capa color de púrpura, saludó a la presidencia, ofreció la muerte del bicho a la Colonia Española en un breve discurso, se quitó la capa que entregó a uno de sus admiradores, cojió otra más pequeña y una espada que un torero le ofreció y se dirigió al animal, que otros toreros mantenían distraídos con sus provocaciones en el lado opuesto. El toro, a pesar del ejercicio violento a que había estado sometido y de la sangre que le había hecho derramar la garrocha y las banderillas, no había perdido un punto de su vigor y su braveza y se lanzó furioso sobre el diestro. Este le hizo numerosos y muy aplaudidos pases tratando de fatigarlo, para conseguir que tomase la posición propicia para darle la estocada. El toro como si comprendiese la intención del matador, no se daba un punto de reposo. Hubo un momento en que el público temió un fracaso para el torero, pero éste con una serie de pases hábiles y rapidísimos, logró desconcertar al bicho que se detuvo un segundo con las manos juntas; inmediatamente el diestro le enterró la espada casi hasta el pomo en el morrillo; el toro retroce-



dió unos cuantos pasos lanzando chorros de sangre por las narices y la boca, se detuvo un momento con la cabeza baja y se desplomó. Entre tanto se estremecían las graderías con los aplausos y caía una lluvia de sombreros y de cigarros puros sobre el afortunado matador. Un torero le cortó una oreja al bicho y se la llevó al diestro, el cual, como una muestra de suma distinción la ofreció a una persona del palco presidencial. Luego entró un tiro de mulas que arrastró el cadáver del caballo y otro tiro de caballos cuarteados sacó al toro. En ese momento resonó otro aplauso: era para el bicho: se había portado muy bien; había sido superiorísimo, según un español que estaba a mi lado.

Entraron unos cuantos sirvientes a remover el suelo donde había charcos de sangre; salió un nuevo toro tan hermoso y bravo como el anterior, y con pequeñas variantes se repitieron las mismas escenas, con la muerte del caballo y la del toro; y esto aconteció seis veces. Doce animales fueron sacrificados en aquel espectáculo que duró poco más de una hora y cuarto. Cuando la corrida terminó, yo me sentía como avergonzado de haber presenciado aquel acto inculto; pero en vano busqué algunos ojos que manifestaran piedad, sino horror: todos satisfechos, todos contentísimos; a algunos les oí que después de esa toreadura no se debía sistir a otras, porque sería imposible ver alguna que le igualase. Tuve, sin embargo, una satisfacción consoladora: en las galerías del tendido de sombra no había una sola mujer, y en el sol, entré la plebe, eran escasas. Esto, naturalmente, me hizo formarme un concepto muy favorable de la delicadeza de sentimientos de las limeñas.

Aun dentro del espíritu moderno de la capital peruana me pareció ver algo tradicional, ella fué sobre todo cierta afición al fausto, a lo grande. Tiene Lima pastelerías, cafés, y hoteles superiores a los primeros de Santiago; su mercado supera también al de nuestra capital; el monumento que hay levantado a Bolognesi y sus compañeros de sacrificio es muy superior al que nosotros hemos dedi-

cado a los héroes de Iquique; el Colegio Nacional de Guadalupe, recientemente terminado no tiene comparación posible, por su extensión, comodidad y belleza, con ninguno de los establecimientos públicos de enseñanza nuestros, de la misma especie; y así podrían citarse otros casos que demuestran cierta fastuosidad que no está de acuerdo con los recursos de la Nación.

La población, la gente de Lima, es bastante heterogénea, y lo mismo pasa, aunque en menor grado en el resto del Perú. Hay ahí desde el aristócrata de pura sangre europea, hasta el plebeyo en que se encuentran mezcladas la del indio, la del negro africano y la del chino. Los primeros han tenido fama de sibaritas y afeminados y el pueblo ha sido mirado como pusilánime, de pocas energías. En los veinte días que estuve en aquella ciudad, no pude naturalmente formarme un concepto cabal sobre estas cosas, pero me pareció ver que ambas opiniones son exageradas, sobre todo la segunda. El pueblo peruano es sobrio y trabajador; particularmente en la bebida, en lo que sin duda influye la facilidad que allí tiene el obrero para encontrar bebidas refrescantes, frutas y dulces baratos. A cada paso encuentra uno vendedores ambulantes de pastelillos a 15 centavos la docena; de piñas, a 2 y 5 la rebanada; de frescos, que así se llaman a una especie de aloja con hielo, que venden a 5 centavos el vaso. Estos mismos frescos se encuentran exquisitos en todos los cafés a 10 centavos el vaso grande. Cómo, cada vez que saboreaba yo un fresco, me acordaba de Chile, donde los dueños de los restaurantes y cantinas parecen tener el propósito de convertirlo a uno en alcohólico; porque llegamos sedientos a sus negocios y con cara displicente nos dan una copa de bilz o de panimávida por 40 ó 50 centavos y tibia, al paso que nos ofrecen una copa de cerveza helada del barril sólo por 20! Prueba de verdadera energía dieron los obreros peruanos en una gran huelga, que me tocó la suerte de presenciar. Todas las fábricas, todas las industrias estuvieron de pára más de ocho días porque los operarios se negaban a trabajar, mientras no se les



aumentase el salario y no se disminuyesen a ocho las horas de labor al día. Nunca he visto nada más ordenado y ni llevado a efecto con mayor firmeza: una gran cervecería del Callao consiguió mandar a Lima unos cuantos carretones con cerveza; los huelguistas se apoderaron de ellos a la entrada a la capital, los condujeron de nuevo a la fábrica, los entraron al patio, quitaron los caballos y dejaron allí los carretones, sin haber tomado una botella. De una pequeña panadería en que trabajaban sus propios dueños, se mandaban a los puestos unos doce o quince canastos de pan, y los huelguistas los tomaron, contaron el pan, lo pagaron y el público se quedó en ayunas. Esta huelga tuvo pronto una solución favorable a los obreros, gracias a la intercesión del presidente Billinghurst. Este gran ciudadano no sólo consiguió de los opulentos dueños de fábricas y talleres el aumento de salario y la limitación de las horas de trabajo para los obreros, sino que les reconoció a éstos el derecho para exigirlo, y al efecto dictó un reglamento para las huelgas. Al ver la actitud eminentemente democrática de aquel mandatario, a quien no vacilo en considerar un gran patriota, pensé en aquel otro presidente amante del pueblo que nosotros tuvimos, don José Manuel Balmaceda, y me dije: los oligarcas que ceden hoy al influjo del presidente y a la presión de los obreros ¿no se levantarán en la primera ocasión contra ese jefe que ha perjudicado sus intereses? Y si esto ocurre, ¿el pueblo sabrá defender a ese benefactor? ¿O lo abandonará como lo hizo el pueblo chileno con su ilustre presidente del 91? Este pensamiento lo comuniqué a mi llegada a algunos amigos. Poco más de un año había corrido cuando un motín militar ponía término al gobierno constitucional y arrojaba al presidente democrata a una prisión primero y al destierro después, sin que el pueblo, por quién él se sacrificó haya lanzado siquiera un grito de protesta! Triste situación del pueblo en las naciones hispanoamericanas, esclavo y ciego, incapaz de comprender a los que le aman y mucho más incapaz de castigar a los que le explotan! El Perú como Chi-

le y como todos los estados de la América latina es una república democrática en el nombre, pero en el hecho es una oligarquía: gobiernan unos pocos para su único y exclusivo provecho. Ese país legendariamente rico, causa una impresión hondamente triste por su pobreza económica y por la ignorancia y el atraso en que se encuentran sus clases inferiores. El pueblo ha comprendido su situación miserable; en un principio creía, como nosotros, en la política y esperaba en cada elección que el triunfo del partido tal o del partido cual había de traerle el remedio de sus males; pero la experiencia le ha hecho ver que en las diversas agrupaciones políticas predominan variedades de unos explotadores, y el pueblo está hoy dominado por el más negro pesimismo; el gobierno, en su opinión es la cifra de la inepticia, del egoísmo y de la falta de honradez.

La clase directora, que ya no puede seguir engañando al pueblo con promesas falaces, para contenerle trata de atraer su atención hacia afuera, y toca las fibras patrióticas de su corazón, azuzándolo contra el Ecuador, contra Colombia y muy particularmente contra nosotros los vencedores del 79. La prensa con su obra obstinada de treinta años ha conseguido formar un odio profundo contra Chile, odio que sólo momentáneamente han aplacado las últimas visitas de estudiantes y de obreros chilenos a la capital peruana. El gobierno del Perú, para mantener viva la excitación guerrera, hace gastos que la nación no puede soportar, y que la obliga a contraer deudas enormes, en comprar armamentos y buques de guerra, y en la organización del servicio militar obligatorio. El país tiene ahora dos acorazados, dos sumergibles y dos barcos secundarios, tiene una escuela naval en el Callao y una escuela militar en Chorrillos, y entre tanto para 3.000,000 de analfabetos las escuelas normales no alcanzan a proporcionar ochenta maestros por año: en la única escuela normal de mujeres, existentes en Lima, dirigida por monjas, estudiaron en 1912, ciento treinta alumnas y salieron tituladas veintidós. El país tiene artillería modernísima y sus generales han pasado revista a 10,000 soldados; pero las



nueve décimas partes de los peruanos viven en la miseria o se ven obligados a emigrar; el trabajo escasea tanto que es frecuente ver en oficios humildes a personas que en otro tiempo han desempeñado puestos de importancia; en el Callao fuí conducido a bordo por un viejo fletador que había sido capitán en la guerra del Pacífico. La falta de caminos y ferrocarriles hace difícil la vida en los puntos lejanos de la capital, encareciendo desproporcionadamente los artículos que allí no se producen y haciendo perder su valor a los productos indígenas, por lo cual no es raro que en ese país, emporio del azúcar, en muchas partes ese artículo cueste mucho más caro que en Chile. Con frecuencia allá se explota al pueblo hambriento so pretexto de patriotismo; hay allí como entre nosotros, diversas industrias ficticias que para dar pingües ganancias a sus dueños, necesitan oprimir a los consumidores por medio de fuertes derechos de importación para los artículos similares extranjeros. La más irritante de estas explotaciones es la que se hace con el pan. En el Perú no se produce el trigo sino muy mediocre y sólo en algunos pequeños espacios de tierra. Los dueños de esas regiones han conseguido del Congreso Nacional que grave la importación de trigos y de harinas en una proporción que hace casi imposible la entrada de esos artículos al país para así fomentar el cultivo del precioso cereal y llegar un día a emanciparse del comercio extranjero. El resultado ha sido que han ganado mucho dinero los productores de trigo, la producción de éste no ha aumentado sensiblemente, y la gente pobre no puede comer pan porque ha alcanzado un precio fabuloso: en todos los hoteles se cobra aparte el pan que el cliente consume. En el restorán del jardín Botánico, el primero de Lima, pagué 45 centavos de nuestra moneda por el poco pan que comí en un almuerzo. He traído la convicción de que el Perú es un país que debe ser estudiado detenidamente por los chilenos verdaderamente patriotas; porque esa nación ha sufrido las mismas enfermedades que a nosotros nos aquejan y está padeciendo sus consecuencias. El que quiera

saber adonde pueden llevarnos los gobiernos desorganizados en que sólo pesan los influjos, los congresos que sólo legislan para el propio beneficio de sus miembros, o de sus allegados, los partidos que no tienen principios ni ideales, sino caudillos, los ejércitos que olvidan que han sido creados para servir a la Nación y han llegado a creer que la Nación ha sido formada para ellos, los hombres por fin, que posponen los intereses de la Patria a sus propios intereses, el que quiera saber adonde lleva este conjunto de plagas que hoy nos azotan, estudie a aquel desgraciado país, y estoy seguro que luego correrá a ocupar un lugar entre los que luchan por la regeneración política y social de nuestra PATRIA.

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA



## A TRAVES DE LOS PUEBLOS BOLIVIANOS

No hay en América, tal vez, un país que se encuentre tan aislado como Bolivia; y no porque haya perdido su litoral, puesto que cuando lo poseía estaba aún más apartada que ahora, sino porque la naturaleza misma de su territorio y la falta de vías de comunicación la condenan a ese aislamiento. Hasta hace relativamente poco tiempo el viaje de La Paz al Pacífico se hacía en doce días, en mulas, y los metales de Oruro se transportaban a Antofagasta en veintisiete días de viaje en carreta. Actualmente tiene este país tres salidas al mar: una por el puerto peruano de Mollendo, atravesando el lago Titicaca y pasando por las ciudades de Puno y Arequipa, viaje que, dos veces por semana, puede hacerse directamente en una veintiséis horas; otra salida tiene por Antofagasta, pasando por Oruro y por Calama, camino que puede hacerse directamente, también dos veces por semana, en cuarenta y ocho horas; y finalmente se acaba de inaugurar el ferrocarril de Arica a La Paz que permitirá llegar desde aquel puerto hasta la capital boliviana en dieciséis horas.

Consecuencia de estas dificultades para llegar a Bolivia es que este país sea poco conocido y se tengan sobre él

ideas muy erróneas. La generalidad juzgando por su situación geográfica, se lo imagina una región cálida, arenosa, estéril, rica sólo en ruinas; la verdad, sin embargo, es muy diversa; acaso no exista en la tierra un país de naturaleza más variada que Bolivia, pues allí se ofrecen a la vista del viajero desde los páramos helados de las regiones circumpolares, donde la vegetación se reduce a musgos, y arbustos enanos, hasta las lujuriosas selvas de la zona ecuatorial, en que la vida desborda vigorosa y de mil maneras. El territorio boliviano se divide, por su naturaleza, en tres regiones: 1.<sup>a</sup> La Meseta, la Altiplanicie, como la llaman ellos, extensa región de más de 100,000 kilómetros cuadrados de superficie, y a más de 3,000 de altura, situada en una bifurcación de la cordillera de los Andes; 2.<sup>a</sup> los valles, esto es, la zona que ocupa las vertientes orientales de la cordillera, de clima templado y excelente para la agricultura; y 3.<sup>a</sup> Los Yungas, las tierras bajas, ardientes, feraces y boscosas, donde se producen el café, el arroz, el caucho, la cascarilla y mil plantas tropicales. Mi conferencia se va a referir particularmente a la primera de estas regiones.

Como se comprende, elegí para mi viaje la vía de Antofagasta, y como el propósito que me llevaba era puramente de estudio, no tomé el tren directo que lleva a La Paz en cuarenta y ocho horas, sino el ordinario que aloja en Calama, en Uyuni y en Oruro, y tarda casi cuatro días en llegar a su destino.

Sale este tren diariamente, menos los domingos de Antofagasta a las 7.50 A. M. Es este un ferrocarril de línea muy angosta, 76 centímetros apenas; sin embargo, los coches son relativamente cómodos; el tren directo lleva coches dormitorios y comedores; y por otra parte alcanzan los trenes una velocidad de más de 40 kilómetros por hora.

Para la persona que nunca ha viajado por la pampa salitrera el trayecto ofrece desde la salida del puerto una impresión dolorosa: los campos yermos y pedregosos, sin un ápice de vegetación; los cerros escuetos y calcinados; sólo muy a las perdidas dan un engañoso matiz alegre con



sus piedras verdosas y rojizas. El tren sube lenta y trabajosamente el cerro de la costa siguiendo una quebrada que tiene el aspecto de haber sido en otras edades lecho de un río. Luego se llega a la meseta y, siempre ascendiendo, comienzan a dejarse atrás las estaciones, todas pequeñas, todas iguales; algunas producen una impresión grata por los recuerdos que sus nombres evocan: O'Higgins, Uribe, Prat, Latorre en Cuevitas, estación a 900 metros de altura, donde se almuerza; 20 minutos más tarde se continúa el viaje para entrar pronto a la región del salitre propiamente dicha. Casi todas las estaciones llevan el nombre de alguna oficina salitrera: Sta. Rosa, Carmen Alto, Salinas, Central. El paisaje cambia también: aunque subsiste la aridez absoluta, el suelo movido por la pólvora y por la piqueta del peón salitrero, presenta el aspecto de un campo barbechado y los caminos, recorridos por carretas cargadas de caliche, y los edificios de las oficinas desparramados por la llanura, hacen pensar en algunas regiones agrícolas del centro del país, allá por el mes de Marzo, antes que caigan las primeras lluvias.

Aunque íbamos a más de 1,000 metros de altura sobre el nivel del mar, el calor era desesperante; subió a 33°C.; a esto se agregaba el polvo del carbón y el de la pampa que a los que no están acostumbrados, les produce una aspezeza muy desagradable en las fauces y en la garganta. Cuando llevábanos recorridos unos 170 kilómetros y nos encontrábamos a más de 1,600 metros de altura se comenzó a sentir un fresco agradable y el termómetro bajó a 23°. Era que nos habíamos aproximado a los Andes cuyos picos más elevados se divisaban cubiertos de nieve. De repente, en medio de aquellos campos horrorosamente secos se ve a un lado de la línea una pequeña laguna que sonríe a los rayos del sol, y el tren pasa a su lado jadeante y la deja atrás; pero encontramos luego otra, y otra... ¿Era una ilusión de la vista que soñaba con el agua fresca en aquellas sequedades? ¿Era un miraje del desierto que se goza en aumentar las angustias de los viajeros sudorosos y sedientos?... Pensaba yo en esto cuando apareció

una nueva lagunita en cuyo centro surgía con fuerza prodigiosa un chorro de agua que se abría en forma de abanico, y se elevaba a unos 5 metros de altura y convertido en polvo de agua, descomponía la luz, formando un espléndido arco-iris. El tren pasó veloz y al enfrentar a ese surtidor maravilloso los pasajeros asomados a las ventanas o de pie en los balcones de los coches, sentimos en el rostro como una caricia su aliento húmedo y fresco. Ya no era posible dudar; y en efecto aquello era agua, agua purísima que desde los Andes a una altura de más de 3,200 metros, se trae hasta Antofagasta por medio de una gran cañería de 312 kilómetros de largo que en grandes extensiones sigue paralela al ferrocarril. A veces los cañones, aunque son de acero, no resisten la presión enorme y dan salida al agua que forma esas fuentes o manantiales que en ninguna parte parecen más bellos que en aquellas tierras abrasadas.

A medida que avanzábamos disminuía el calor. Al caer la tarde comenzamos a divisar hacia el N.E. una faja negruzca que poco a poco fué aclarándose hasta quedar en el verde de los árboles y de los prados. Es el río Loa que aunque sus aguas ya están salobres, fecundiza las tierras, que cruza, y alcanza a producir una vegetación poco abundante, pero que allí uno encuentra espléndida.

Luego el ferrocarril atraviesa el río Loa, y pocos minutos después a las 6½ de la tarde, llegamos al pueblo de Calama. En 10 horas y 40 minutos hemos recorrido 238 kilómetros y hemos subido 2,265 metros sobre el nivel del mar.

En Calama hay que alojar. El único hotel del pueblo está frente a la estación; allí me instalé, y mientras llegaba la hora de la comida recorrí la ciudad.

Es Calama un pueblo pobre, de área un poco extensa, pero de pocos habitantes; de éstos muchos son indios bolivianos, que habitan principalmente en el extremo opuesto a la estación, barrio que por lo descuidado de sus calles y el desaliño y vetustez de sus edificios, parece conservarse tal como cuando pertenecía a Bolivia.



Aunque Calama es considerado como un oasis, su mercado es pobrísimo y caro: el combustible es muy escaso y hay que emplear ya como en la meseta boliviana una especie de musgo resinoso llamado *yareta*, las frutas, según entiendo, no se producen y las llevan de Antofagasta: una pera, no grande, me costó 50 centavos.

El tren parte hacia Uyuni a las 6 de la mañana, de tal modo que fué menester que nos pusiéramos en movimiento a las 5. Hacía un frío que no dejó de sorprenderme; el termómetro marcaba  $4\frac{1}{2}^{\circ}$ ; y lo peor fué que no pudimos contrarrestar su efecto con algo caliente, pues en el hotel no madruga nada más que la empleada que tiene a su cargo el cobro de lo que los pasajeros deben, lo que, por otra parte, es bastante módico: cinco pesos por una muy regular comida y una buena cama.

El tren, como he dicho, parte a las 6. Sigue hacia el N.E. no a mucha distancia del Loa, que corre profundamente encajonado, dejando ver sólo de cuando en cuando algunas manchas de vegetación. Poco antes de llegar a la estación de Conchi, a 60 kilómetros de Calama, el ferrocarril cruza de nuevo el río Loa por un puente que es una maravilla de ingeniería: los empleados de la Empresa sostienen que es el más alto del mundo, no sobre el nivel del mar, aunque está a 3,100 metros de elevación, sino midiendo desde las aguas del río hasta la línea, pues su altura alcanza a 102 metros y 4 centímetros; es decir, es 3 metros y medio más elevado que el viaducto del Malleco al cual se parece mucho.

Felizmente para mí, el tren se detuvo antes de entrar al puente, y, a pesar del frío de la mañana, que mantenía toda su fuerza, me bajé y pude observar detenidamente aquella grandiosa construcción. Tiene unos 150 metros de largo y está sostenido por 5 pirámides de vigas de acero, fuera de los machones iniciales que son de cal y canto.

Catorce kilómetros más allá se encuentra la estación de San Pedro, a donde se llega a las 9 de la mañana, y donde es preciso almorzar, porque en las que siguen no hay recursos de ninguna especie. Allí están los estanques colecto-

res del servicio de agua potable, de la Compañía del ferrocarril de Antofagasta, empresa colosal, de que ya dí alguna noticia, que provee de ese elemento a las estaciones chilenas del ferrocarril, a las oficinas salitreras y a la ciudad de Antofagasta. La obra ha costado mas de veinticinco millones de pesos de nuestra moneda.

Después de un almuerzo que el frío y el ayuno nos hicieron encontrar esquisito, y que pagamos con la módica suma de dos pesos, continuamos el viaje siempre ascendiendo y dando vueltas y revueltas por entre los cerros. Luego aparecieron a nuestra vista dos altos montes cubiertos de nieve; de la cúspide de uno de ellos se desprendía una gruesa columna de humo: eran los volcanes San Pedro y San Pablo, cuyas faldas rodeamos, pasando por un bellissimo escorial formado por las lavas del primero de estos volcanes.

Seguimos ascendiendo, y a las 11½ llegamos a Asco-tán, a 3,955 metros de altura, esto es, una elevación 150 metros mayor que la del Descabezado de Talca. Bajé del coche para observar mejor la estación más alta de aquel larguísimo ferrocarril; soplabá un viento entumecedor; la noche precedente había estado nevando y todos los cerros de los contornos de una albura inmaculada, brillaban espléndidamente, a los rayos fríos del sol de Febrero. Saqué mi termómetro que a la misma hora del día anterior marcaba 31° en el coche, y bajó violentamente a 3° sobre cero.

El viaje sigue en suave descenso hasta un punto llamado Cebollar, donde se ofrece a la vista del viajero uno de los espectáculos más preciosos que cabe imaginar. En medio de las montañas se presenta una depresión, un valle bastante ancho y de más de 30 kilómetros de largo; su suelo perfectamente plano y de una blancura admirable parece un campo de nieve o mejor un lago de sal; y en efecto eso debe haber sido un lago de aguas salobres que la evaporación ha convertido en un gigantesco depósito de bórax, el mayor que existe en el mundo, el cual conserva todavía algunas pozas de aguas transparentes y azu-



lejas. La línea férrea sigue a lo largo del lago y por la falda de los cerros, de tal modo que uno mira arriba la blancura refulgente de la nieve, más abajo el costado pedregoso y abrupto de la montaña, y en el fondo otra vez la blancura deslumbradora del lago, que gracias a la refracción de la luz, ofrece la ilusión perfecta del movimiento de las olas.

El tren entre tanto sigue corriendo, siempre con suave descenso, y pronto nos lleva a la última estación chilena, Ollagüe, a 435 kilómetros de Antofagasta, donde se opera el cambio de hora: llega el tren a las 2.57 de la tarde y sale a las 3.15, y, sin embargo, la detención no pasa de 7 minutos; son los 11 o 12 minutos que hay de diferencia entre la hora de Santiago y la de La Paz.

A pesar de la hora, el frío continuaba y aún dentro del coche la temperatura había bajado a 12°. Tengo que confesar que fuí víctima de mi propia ignorancia. Era yo de los que creen que ir a Bolivia es ir al Ecuador, y me preparé para soportar sus calores. Iba vestido con un ligero traje de hilo, pantalón y blusa de excursionista, sin chaleco, y naturalmente no llevaba sobretodo ni abrigo de ninguna especie. Llegó, pues, un momento en que el frío me venció, y me ví obligado a abrir mi maleta, sacar mi ropa de paño y, en presencia de todos, ponérmela sobre la de brin. Pero tal vez hice demasiado tarde esta maniobra, cuando ya el hielo me había resfriado, pues no recobré el calor deseado, y para colmo fuí víctima de la puna o soroche, como suelen llamar por allá el efecto que produce la rarefacción del aire en los que no están acostumbrados a las grandes alturas. Se apoderó de mí un malestar extraño, una ansiedad inexplicable; sentía las narices y la garganta secas; las arterias me latían con violencia, en todas partes, en las sienes, en los brazos, en las piernas; me dolía la cabeza, particularmente en la nuca, y se me descompuso el estómago como cuando uno navega y se marea. Comprendí que era la puna, y no me intranquilité, pues antes de salir de Santiago me había hecho examinar por un distinguido médico, el cual me había asegurado que mis órganos respiratorios y circulatorios

estaban sanos y podían soportar sin peligro alguno la influencia de las alturas. Traté más bien de sobreponerme al mal, agitándome, saliendo a los balcones, pasando de un coche a otro; pero llegó un momento en que las fuerzas me faltaron; me recosté sobre un asiento y caí en una especie de letargo del cual no salí hasta las 9 de la noche, cuando llegando a la estación de Uyuni, donde debíamos alojar, alguien me sacudió con violencia para despertarme. Recuerdo muy confusa y vagamente las cosas que me pasaron después; lo único que se grabó de una manera distinta en mi memoria fué que al despertar varios muchachos me asediaron con sus tarjetas, ofreciéndome hotel; un empleado del tren que pasó por allí me dijo al oído, mostrándome a uno de los muchachos, «Váyase con éste; el dueño de su hotel es un paisano, es chileno». Yo seguí maquinalmente al individuo que me indicó.

Al despertar al día siguiente en el hotel me costó darme cuenta del lugar en que me encontraba; ya era tarde y el tren partía a las 7.55. Mi malestar había disminuído muy poco, por lo que me dí prisa en pagar mi cuenta para alcanzar a ir a una botica. Mi paisano me trató con toda consideración: me pidió por el alojamiento cinco pesos bolivianos y un peso de propina para el muchacho que me había conducido a su hotel: total doce pesos de nuestra moneda. Yo no tenía ánimo para protestar y pagué silenciosamente.

El hotel está en una ancha calle que da a la estación; cuando salí estaba llena de indios y de recuas de llamas cargadas con unas petaquitas tan pequeñas que parecían juguetes. Pronto pude informarme de que su carga era de metales, plata y estaño, de que cada bolsita lleva 50 libras, porque el llama, según cree el vulgo, no puede transportar más de un quintal, y si se le pone una libra más se echa y no hay santo que lo haga levantarse.

Muy somera fué la idea que pude formarme de Uyuni en mi ida a la botica: un pueblo nuevo de calles anchas, de unos cinco a seis mil habitantes, con edificios sencillos, pero



modernos. De Uyuni parte un ferrocarril a las famosas minas de plata de Huanchaca.

Uyuni se encuentra ya en plena meseta boliviana; desde aquí hasta La Paz el ferrocarril corre entre dos cordilleras de cumbres nevadas, por una ancha llanura, cuya elevación varía entre 3,695 y 3,950 metros. La falta de árboles y aún de arbustos y la pobreza de los cultivos que allí pueden hacerse dan al paisaje una tristeza y una monotonía indescriptibles. De distancia en distancia se ven algunas pobres cabañas de indios con algunas siembras de papas, cebada y quínoa, únicos cultivos que permite el clima. En los campos vecinos a las chozas, cubiertos por un pasto mezquino se ven paciendo algunas llamas y asnos, y a veces también escasos rebaños de ovejas y de cerdos que pastorea algún muchacho sucio y andrajoso. Son frecuentes las habitaciones arruinadas, cuyos muros de adobes se mantienen en pie, muchas veces bien conservados. La causa de esto debe de ser la escasez de la madera; cuando se pudren las vigas de los techos y hay que traer nuevas de puntos muy lejanos, es preferible hacer una casa nueva en otra parte donde el suelo esté menos empobrecido por las siembras. Como consecuencia de esto, los campesinos de esta extensa región (tiene más de 800 kilómetros de largo), que son casi todos indígenas llevan una vida muy pobre y miserable.

El viaje de Uyuni a Oruro fué para mí muy molesto; por más que hacía por no dejarme vencer, por el soroche, no siempre podía sobreponerme y muchas horas pasé atargado sin poder admirar los pocos encantos que el paisaje me ofrecía.

A las 12 $\frac{3}{4}$  se detuvo el tren en la estación de Sevaruyo, donde se almuerza. Bajé a tomar algún alimento, pues no probaba bocado desde el almuerzo del día anterior, y me dirigí a una modesta casa donde iban muchos pasajeros. Pedí almuerzo y me sirvieron un plato de una especie de cazuela muy picante; pedí otro plato y me dieron la misma cazuela picante: era el único guiso. Me resigné y me eché al cuerpo aquel ajiaco. El almuerzo me costó

un real, 10 centavos bolivianos, esto es, 20 centavos chilenos. Cuando volvía al tren encontré al conductor y me quejé de la excesiva humildad del restaurant de aquella estación; este empleado me hizo ver que yo no había ido al establecimiento de la Empresa, donde se sirve bien y se piden 2 pesos bolivianos por el almuerzo. Con la cabeza medio trastornada yo no me había dado cuenta cabal de las cosas y me había ido a una cocinería para indios. . . .

El trayecto, por lo demás, no tuvo nada de extraordinario; sólo que el cielo se encapotó y como a las 2 de la tarde comenzó a llover, lo que, si fué ventajoso porque disminuyó el frío, tuvo el inconveniente de impedirnos casi por completo la vista del lago Poopó. Es este una vasta porción de agua de cerca de 3,000 kilómetros cuadrados; esto es, casi cuatro veces el departamento de Loncomilla, que presenta una particularidad muy curiosa: recibe el agua de muchos ríos y arroyos; el desagadero sólo le trae del Titicaca un caudal de 100 metros cúbicos de agua por segundo, y no obstante de él sale un solo riachuelo que arrastra 1 metro cúbico por segundo. ¿Y el resto del agua? ¿Se evapora? Así piensan los hermanos Reclus; pero se hace difícil aceptar esta opinión, considerando la baja temperatura que reina en estos parajes. Por eso algunos piensan que el Poopó tiene grandes filtraciones subterráneas que llevan sus aguas al Pacífico, lo que caso de ser efectivo, daría esperanza de aprovecharlas por medio de pozos artesianos en nuestras provincias del Norte.

A las 6½ de la tarde llegamos a Oruro; me instalé en un hotel que está al lado de la estación y que lleva el bombástico nombre de Hotel Metropol, inmediatamente me dirigí al centro en busca de una botica, aprovechando que el cielo se había serenado.

La primera visita que hice a la ciudad me dejó una impresión desastrosa: calles angostas, sucias, mal pavimentadas, edificios pobres, bajos, de techos muy pendientes, con frecuencia pajizos, coches tirados por mulas; tropas de llamas sueltas que se subían sobre las aceras, y una



cantidad de indios pobremente vestidos y de indias con sombreros de pita de ala angosta, y con falda corta, de colores vivos y abultada casi como las de una bailarina. Y esa era la cuarta ciudad de Bolivia. . . .

Tanto porque deseaba conocer mejor a Oruro, como porque no me sentía capaz de continuar el viaje resolví quedarme allí algunos días.

Esa primera noche no comí; me recogí temprano y me tomé una infusión de tilo con azúcar y ácido cítrico. Al día siguiente no amanecí mejor y mi primer cuidado fué averiguar si había en Oruro un médico chileno y si el hospital tenía pensionado: ni lo uno ni lo otro, pero, había un médico boliviano que había hecho sus estudios en Chile; y eso me tranquilizó un tanto.

A pesar de que el mal tiempo seguía y caían chaparrones a cada momento no resistí al deseo de salir. Aunque con mucha dificultad porque la sofocación me hacía detenerme cada media cuadra, recorrí una buena parte de la ciudad. La impresión de la noche precedente se modificó un tanto, pues pude ver que en Oruro no todos los edificios son pobres o viejos, hay también no pocos modernos y de buen gusto, si bien es cierto que forman con los anteriores extraña mezcla y contraste. Por ejemplo, tiene un edificio que lo envidiaría Iquique, y aún Valparaíso, y la policía de seguridad ocupá una casa de un piso con techo de paja. Los edificios antiguos, por otra parte, no son todos feos: muchos hay sumamente pintorescos, con sus aleros anchos y desnudos de cornisas, con sus balcones y las rejas de sus ventanas salientes, y llenos de plantas y de flores, con sus anchos zaguanes de toscos portones, con sus patios grandes y desaliñados donde rumia un piño de llamas que miran al transeunte con curiosidad de colegiales pizpiretas.

Hay muchas cosas en esta ciudad que evocan tiempos pasados y mejores, que traen a la memoria al Oruro de otros siglos, que con sus 75,000 habitantes atraídos de todas partes por la inmensa riqueza de sus minas, miraba con desdén a Santiago, a Buenos Aires y a casi todas

las ciudades de América. El mismo sino que anonadó la grandeza de Potosí ha sepultado la de Oruro, que llegó a tener sólo 8,000 habitantes. Un resurgimiento operado sobre todo en los últimos tiempos, a consecuencia del descubrimiento de minas de estaño, ha elevado su población a unas 16,000 almas. Su comercio es activo: hay buen número de almacenes y varias agencias de bancos, uno de los cuales el Mercantil, si no recuerdo mal, ha construído un espléndido edificio de tres pisos y de más de media cuadra de largo.

La vida naturalmente allí es cara, puesto que los campos vecinos producen poco y nada, y en consecuencia todo hay que traerlo de puntos lejanos. Una botella de cerveza nacional, que es la más barata, vale un billete, como dicen allá por el peso boliviano, lo que equivale a dos pesos chilenos, y precios relativamente mucho más subidos tienen los vinos y otras bebidas alcohólicas. La leche de vaca es escasísima y cuesta el litro un billete, y esto cuando se encuentra. Más común es la leche de ovejas o de llamas; pero aún ésta se ve poco. Yo no probé de ninguna porque hacía mucho tiempo que en el Metropol había caído en desuso esta bebida. Las frutas también son caras: un racimito de uvas, apenas regular, vale 5 reales, esto es 50 centavos de moneda boliviana, o un peso de la nuestra. Una docena de duraznos pequeños y duros se vende por un billete, dos pesos chilenos.

Oruro no tiene mas paseos públicos que la plaza principal, donde se encuentra el palacio de gobierno, antiguo edificio con portales parecido al que en Santiago lleva el nombre de Mac-Clure, y una plazuela en que se encuentran las casas más antiguas de la ciudad y que se comunica con la anterior por una callejuela también de aspecto colonial. Ambas plazas carecen casi en absoluto de árboles, pues por lo riguroso del clima es muy difícil conservarlos. Los alrededores de Oruro no tienen ningún atractivo: una gran parte de la ciudad está limitada por cerros en los que se encuentran algunas de las minas más ricas de la



región; por la otra está la estepa, el llano, convertido en muchas partes en lagunas por las aguas movedizas.

El día subsiguiente al de mi llegada me sentí mucho mejor; el dolor de cabeza había desaparecido casi por completo y pude comer. El corazón no más seguía muy agitado y con una sensibilidad extraordinaria; los recuerdos íntimos y queridos se me agolpaban al cerebro y me conmovían hondamente. El hogar, la amistad, la Patria, me hablaban desde acá con voces de una ternura desconocida para mí: todo me emocionaba. Un sentimiento de conmiseración se apoderó de mí luego que me dí cuenta del atraso, de la pobreza, de la desgracia del pueblo boliviano. El simple aspecto de esa ciudad que figura entre las primeras de Bolivia me hizo exclamar: «Cómo es posible que este pueblo haya podido combatir contra nosotros». Cómo es posible que la clase directora de esta nación no haya visto, ya por conocimiento directo, ya por informaciones de sus diplomáticos, que la guerra era una locura, era un crimen de lesa patria, porque con ese pueblo no podían tener ni la más remota probabilidad de triunfo. Cuando la guerra del Pacífico, era yo un niño, pero conservo un recuerdo bastante claro de lo que entonces era mi ciudad natal, Melipilla, y he podido formarme el convencimiento de que en aquel tiempo esta pequeña población contaba entre lo que se llama el pueblo, que es de donde salen los soldados, mayor cantidad de individuos civilizados, conscientes, capaces de formarse un concepto de los deberes que impone el patriotismo, que los que hoy día cuenta Oruro. Cuánta indignación sentí contra los hombres que aspiran al gobierno de los pueblos sólo para explotarlos en su propio provecho. La historia de Bolivia tendrá que pedir cuentas muy serias a los gobernantes que a sabiendas lanzaron a su país a una guerra desastrosa, cuyas consecuencias tendrán que pesar por mucho tiempo sobre el pueblo, sobre los hijos de los que entonces fueron la carne de cañón.

Pero ese pueblo, como el de otras naciones sudamericanas, tiene la felicidad de no darse cuenta de su propia

desgracia y vive indiferente en su miseria y su abyección, dejándose esquilmar dichosos de poder comer lo necesario para no perecer, y de asistir de cuando en cuando a las festividades populares que por motivos religiosos y patrióticos se celebran frecuentemente.

Me tocó encontrarme en Oruro el Domingo de Carnava, y pude ver cómo se regocija en tales casos el indio boliviano, de suyo apático y triste. Desde temprano comenzaron las comparsas a recorrer las calles de la ciudad; cada comparsa constaba de dos secciones: una de músicos y otra de acompañantes bailarines. Los primeros llevaban generalmente unos instrumentos de viento, especie de pífanos, de sonidos algo chillones, pero afinados, porque los indios tienen muy buen oído. Los segundos llevaban sendos paraguas con que seguían el compás de la música. Unos y otros vestían trajes raros y uniformes, a veces muy vistosos; algunas comparsas llevaban antifaces, otras no, y máscaras ninguna. Los músicos tocaban una especie de marchas de un compás rápido y todos corrían con un trotecito corto, encabezados por uno de los danzarines que hacía como de tambor mayor, y se distinguía por el garbo con que blandía y hacía girar su paraguas, al mismo tiempo que hacía cabriolas y piruetas siguiendo la cadencia de la música. Las comparsas tocaban y saltaban con un vigor y una gravedad tales que parecían estar efectuando las ceremonias de un rito. No las vi pararse nunca; probablemente trotaban desde que salían hasta que regresaban al punto de partida. No necesito decir que las acompañaba una turba de gente de todas clases.

Salía del mercado cuando encontré algo que creí era una comparsa, aunque la música era distinta, pues parecía una banda de acróbatas. Se trataba de algo mitad religioso, mitad profano: un hombre iba adelante repartiendo unos papeles de colores con unos versos dedicados a la Virgen del Socavón, seguían los músicos y después una india gorda y vieja muy emperijilada, con una pequeña imagen dentro de una urna en las manos, la acom-



pañaban numerosas indias y mujeres del pueblo y una catterva de rapaces que imitaban las volteretas de los bailarines de las comparsas.

Uno de los puntos más interesantes del carnaval en Bolivia es lo que llaman «la entrada de las máscaras», que es como la inauguración oficial de las fiestas, por la autoridad civil. En La Paz, según leí en los diarios, presidió este acto el Presedente de la República; en Oruro, el prefecto (así se llama allá a los intendentes).

A la 1½ del día la plaza principal estaba concurridísima; una multitud de personas de todas clases se agolpaba en la puerta principal del Palacio de Gobierno. Deseoso de saber el objeto de aquella aglomeración me acerqué a averiguarlo, y luego supe que adentro estaban las máscaras y el público trataba de introducirse para presenciar el baile. En la puerta del Palacio había guardias, pero un solo individuo, un negro fornido se enuendía con los concurrentes para franquearles la entrada. Pronto observé que nadie llevaba tarjetas, billetes u otro distintivo para entrar: el negro elegía según su criterio a los mejor presentados y rechazaba a los demás. Quise tentar suerte y me escurrí entre la muchedumbre; cuando me llegó mi turno, el negro me miró, se sonrió, me puso una mano en el hombro y me dijo: «Tú entras, caballero». Tal vez me tomó por alguna persona de la localidad. El patio es muy grande, está rodeado de corredores, y por tres de sus costados tiene altos con galerías de vidrio. Estaba casi totalmente lleno y la gente discurría por todas partes subiendo y bajando las escalas como si estuvieran en su casa. En el centro del patio estaban las máscaras en un espacio que los guardianes mantenían despejado; en el ángulo de la derecha estaban los músicos. Los primeros, serían unos 80 individuos ataviados con trajes bellísimos, deslumbradores, en que se había hecho un verdadero derroche, de brocado, de sobrepuestos, y galones de oro, de piezas metálicas y de lentejuelas. No eran uniformes los trajes, pero tenían todos de común el pantalón corto, el esplendor teatral, la hechura irreprochable y la perfecta con-

servación, pues todos parecían estrenarse en aquella fiesta. Sobre esos cuerpos, cubiertos con trajes tan lindos, que no los desdeñarían los más lujosos toreros ni las comparsas de los teatros más ricos, iban cabezas monstruosas, de hipopótamos, de elefantes, de panteras, de micos, de cocodrilos, de serpientes, de ranas, de mochuelos, de qué sé yo cuantos representantes más del reino animal todas espantosamente exageradas. Fuera de éstas se veían otras cabezas ideadas por la fantasía: diablos con dos, cuatro y seis cuernos, viejas de ojos sanguinolentos y colmillos de jabalí, que les suben hasta los ojos, medusas con cabellos de serpientes y así por el estilo; pero todas diferentes y monstruosas. Había entre los enmascarados un jefe, Luzbel, con largos cuernos y rabo, un manto de púrpura a la espalda, y un tridente en la mano; todos le obedecían menos uno que era su contrario, un ángel, San Miguel acaso, vestido de blanco y con alas en los hombros y con la única máscara que representaba un rostro humano sin deformación, y con una espada en la mano. Los músicos serían unos 30 ó 40 vestidos con uniformes vistosos, pero no como los de las máscaras, con morrión y gran penacho e instrumentos iguales a los de las comparsas de la mañana.

Tuve la suerte de llegar en el momento en que el baile iba a dar principio. Se colocaron las máscaras en fila formando una elipse abierta en un extremo; en el centro de la fila se colocó Lucifer con dos ayudantes; al frente, en la parte abierta estaba el ángel. Comenzó la música y avanzó Lucifer de frente acompañado de sus lugartenientes con un paso gimnástico; detrás de los ayudantes siguieron las filas de la izquierda y de la derecha con el mismo paso. Cuando estuvo a 1 metro del ángel, Lucifer se paró y retrocedió algunos pasos, pero las filas encabezadas por sus lugartenientes siguieron, pasaron por detrás del ángel en sentidos opuestos, y volvieron cada uno por su lado a pasar frente al Diablo, a quien le hicieron una reverencia, y siguieron describiendo figuras caprichosas, pero armónicas, sin tocarse nunca. Las dos filas caraco-



leaban por el patio como dos serpientes doradas que buscasen desesperadamente un punto por donde salir o un resquicio donde esconderse. Terminada esta figura vino otra distinta y con otra música, y luego otra, y otra más: aquellos hombres parecían incansables.

En un principio creí que estos bailes eran simples ejercicios gimnásticos muy bien ensayados y sobre todo muy bien elegidos para producir efecto con el esplendor de los trajes. Pero luego pude convencerme de que no era una serie de movimientos inconexos aunque rítmicos, sino un baile simbólico mas o menos bastardeado, una pantomima en el verdadero sentido de la palabra, esto es, una pieza dramática, un antiguo auto-sacramental, sin duda, representado por medio de gestos y movimientos. En una de las figuras, Lucifer mandó contra el ángel uno a uno a siete de sus servidores, los pecados capitales, representados admirablemente en cada máscara; así la lujuria era el de cabeza de mono; la envidia, el de cabeza de serpiente; la soberbia, el de cabeza de tigre; la gula el de cabeza de hipopótamo, y por el estilo las demás. Por otra parte, cada uno de ellos tenía ademanes correspondientes a su papel: arrogante la soberbia, disimulada y encogida la envidia; tarda y grotesca la gula. El ángel con un ademán o con levantar la espada humilló a cada uno de estos adversarios. Terminó el baile con el sometimiento de Lucifer y su corte al ángel y con un largo discurso de éste, en que proclamó el triunfo del Cielo sobre el Infierno.

Concluido el acto, las máscaras se retiraron precedidas de los músicos y desfilaron por la plaza entre el gentío que los aclamaba. Parte de la concurrencia salió del Palacio, pero la mayoría se quedó allí y llenó los balcones que dan a la plaza. Parece que en ese día la casa de gobierno o gran parte de ella, se deja a disposición del público que se señorea de ella muy a su sabor.

Afuera, entre tanto, había comenzado a tocar una banda militar de 50 músicos en un sencillo kiosco que hay frente al palacio, y la gente se había entregado con entu-

siasmo al juego de la challa con serpentinas y papeles picados.

No es esta indudablemente la parte más sabrosa del carnaval en Bolivia, sino la que viene después, cuando la gente decente, la juventud dorada, sale en comparsas a dar malones a las casas aristocráticas; pero yo no tuve oportunidad de conocerla, pues hube de partir al día siguiente para La Paz, so pena de tener que alterar mi itinerario, porque no hay trenes diarios de Oruro al Norte.

El tren parte a las 9½ de la mañana. El ferrocarril de Oruro a La Paz, pertenece a otra compañía, pero es administrado por la Empresa del de Antofagasta. Aunque la línea es más ancha (1 metro) los coches tienen poca diferencia. El trayecto no tiene grandes novedades; los campos pantanosos, pobres, tristes en un principio, pedregosos después, presentan mayor vegetación a medida que se avanza al norte. A las 12½ se detiene el tren en la estación de Patacamaya, donde se le ofrece al viajero un buen almuerzo por dos pesos bolivianos, y a las 3½ se llega a Viacha, punto en que se juntan el ferrocarril que va de Oruro, el que viene del Puerto de Guaquí, en al Lago Titicaca, el que sube de Arica y el que conduce a La Paz. Ahí hay, pues, que cambiar de tren, lo que ocasiona muchas molestias porque no siempre los empleados saben con seguridad qué coches van en un tren y cuáles en otro. A las 4 partimos de Viacha, y después de unos tres cuartos de hora llegamos a una estación llamada «El Alto de La Paz». Ya estamos en La Paz, decían los viajeros conocedores de aquellos lugares, y yo miraba para todas partes y fuera del pequeño edificio de la estación no veía más que la llanura escueta que se extendía hasta el pie de la Cordillera donde se alzaba espléndido el Illimani cubierto de nieve. Allí tuvimos nuevos cambios, porque no todos los coches del tren llegan hasta el término del viaje; nos amontonaron a todos en dos coches uno de 1.ª y otro de 2.ª, cambiaron la locomotora por un motor eléctrico y nos pusimos en movimiento. No habríamos andado 300 metros cuando vi que lo



que habíamos creído una pequeña ondulación de la llanura, era una barranca profunda, una quebrada que según los geólogos fué el desagüe del lago enorme que en otras edades ocupó toda la altiplanicie. Las laderas de esa quebrada se veían cubiertas de cultivos y arbustos, y allí en el fondo, pequeñita como un caserío se divisaba La Paz. Nuestro pequeño tren empezó a descender dando vueltas y revueltas y lanzando silbidos estridentes en cada curva. El espectáculo que ofrece esta bajada no sé si tendrá igual; impresiona tanto por su belleza en sí como por el contraste que se experimenta al pasar de esos 600 kilómetros de llanura monótona y estéril, a este tajo violento hecho por la naturaleza, donde, resguardados de los vientos glaciales de la llanura, crecen muchas plantas, arbustos y aún árboles cuya vista produce en el viajero una impresión como de consuelo y de descanso.

Después de una larga media hora de hacer caracoles por entre las risueñas fincas de las laderas, llegamos a la estación de Challapampa; así se llama el término del ferrocarril a La Paz. Grande fué nuestra sorpresa al no ver sino unos cuatro o cinco coches esperando los pasajeros; muchos protestaban y preguntaban por los tranvías. Aunque había llovido y estaba chispeando, los más tomaron su equipaje y se largaron a pie; otros conseguimos tomar un carruaje a fuerza de ruegos y de juntarnos varios para proporcionar mayor ganancia al cochero. Me tocó irme con un caballero francés y un joven boliviano; cuando el cochero preguntó nuestras direcciones, éste dió la suya, el francés dijo Hotel Guibert y yo para hacer más fácil el negocio también dije Hotel Guibert. El cochero partió, pasó por un puente un riachuelo torrencioso que cruza la ciudad y sigue por el fondo de la quebrada, y después se introdujo por unas callejuelas de una estrechez inverosímil, azotando a sus caballos que nos hacían volar sobre los baches del pavimento. La gente nos saludaba lanzando al aire unos objetos envueltos en papeles de colores vivos. De repente uno de esos pasó silbando delante de mis ojos y fué a despedazarse en la mejilla del francés;

le cubrió la cara y el pecho de un polvo blanco como harina. «Qué salvajes son aquí», rugió el francés, viendo modo de limpiarse los ojos. «En todos los países el pueblo tiene sus días de divertimento, en que se toma algunas libertades», repuso con mucho comedimiento el boliviano. «Libertades, libertades», refunfuñaba el francés escupiendo engrudo. Nuestro cochero seguía corriendo, pero no conseguía salvarnos de los proyectiles, pues a medida que nos acercábamos al centro de la ciudad era mayor el número de jugadores de chaya. En partidas se asaltaban unos a otros, y desde la distancia producían la ilusión de combatientes verdaderos, porque los paquetes de polvo al romperse formaban una nube como de un disparo de rifle. Las calles estaban completamente blancas; parecía que hubiera nevado.

Cuando llegamos al hotel, en la plaza principal, estábamos inconocibles; tuve cierta vergüenza de presentarme en tal estado; pero mis escrúpulos desaparecieron cuando ví que mozos, empleados y patrones estaban peor que yo, y el hotel parecía una panadería o un molino.

Me había tocado ir al primer hotel de La Paz y al francés y a mí nos correspondieron las dos únicas habitaciones que había desocupadas: felizmente para mí fueron estas de las más baratas: 8 pesos bolivianos al día, poco más de 16 pesos nuestros.

Después de comida quise salir, pero me fué imposible porque los jugadores de chaya se habían apoderado de la única salida del establecimiento. El hotel posee la mejor cantina de la ciudad, un salón espléndido que esa noche estaba inhumano: la capa de harina que cubría el suelo tenía algunos centímetros de espesor. Tuve que resignarme, pues, a irme a descansar.

Al día siguiente me pasó lo mismo y hube de contentarme con mirar desde los balcones las batallas de las comparsas, y no muy seguro, porque constantemente tenía que estar esquivando el cuerpo a los tiros de los combatientes. La lluvia no había cesado por completo y el agua que corría por las cunetas parecía leche. En todos



los huecos de las puertas de los almacenes (que permanecían cerrados), se veían mesitas cubiertas de paquetitos de polvos que una india vendía a los jugadores.

En la imposibilidad de salir, me dediqué a hacer observaciones de puertas adentro. El hotel ocupa un vasto edificio del siglo XVIII, construído en un ángulo de la plaza principal, que allá se llama «Parque de Murillo». Ha sido una casa solariega; aún conserva sobre la puerta principal y en la cornisa frontera del primer patio el escudo tallado en piedra. Como muchas casas antiguas de La Paz los pilares de sus patios son de granito labrado. El hotel ha hecho naturalmente muchas transformaciones, entre otras la de convertir un gran patio interior en un espléndido comedor.

El miércoles de ceniza se suspendió la chaya, se abrió el comercio, comenzaron a circular los coches y tranvías, y yo pude recorrer la población.

Es muy difícil que haya en el Nuevo Mundo una ciudad más curiosa que la actual capital de Bolivia. Su situación en el fondo de una quebrada colosal, que le da a sus calles una irregularidad de nivel que hace recordar a muchas de Valparaíso; el agrupamiento de edificios de todas edades, desde el siglo XVI hasta los más modernos; la unión extraña de costumbres y prácticas anticuadas y rutinarias con los últimos adelantos de las ciudades europeas: la proporción enorme del elemento indígena entre sus pobladores; todo da a esta ciudad un sello especial que acaso ella misma no podrá conservar por mucho tiempo. La Paz es la ciudad de los contrastes: calles magníficas por sus edificios, por su comercio y por su pavimento, con luz y tranvías eléctricos y con callejuelas increíbles, verdaderas zahurdas.

En mi primera salida pude ver otra faz del Carnaval: centenares de comparsas de indios se divertían en las afueras de la ciudad particularmente en las barrancas, en las laderas, en los ribazos del río. No vestían uniforme como los de Oruro, y más que comparsas eran agrupaciones de indios e indias vestidos en traje de gala. Ellas so-

bre todo se distinguían por su sombrero de paja de ala angosta y copa de unos 15 cms. de altura, embetunados con una sustancia amarilla y brillante; por sus faldas cortas, esponjadas, y de colores muy vivos, verdes, rojos, amarillos principalmente, y por sus medias rosadas y botas blancas y amarillas.

El baile de estos indios es muy sencillo: no tiene un paso especial; las parejas de hombre y mujer tomados de la mano forman filas como en la polonesa y ejecutan algunas evoluciones lentas, fáciles, en que lo principal parece ser la vuelta, que las indias dan de tal modo que las faldas se les levantan como la de una bailarina. Este baile se ejecuta al compás de una música triste y monótona y de muy pocos instrumentos.

La Paz no es muy extensa, no necesita andar mucho uno en un mismo sentido para llegar al término de la ciudad, de tal manera que muchas veces al día me ocurrió sentir la musiquita triste de los indios, y dirigiendo la mirada a las laderas vecinas pronto distinguía en alguna eminencia, el hormiguero que con pesada lentitud bailaban su monótona danza. Muchas veces en el hotel, al caer la tarde, la brisa traía la música lejana de alguna comparsa para la cual no había concluido todavía el Carnaval.

En La Paz me tocaron muchos días de lluvia, porque en aquella región llueve principalmente en verano; y hay que advertir que he recorrido la altiplanicie en verano, a pesar de que en todo el tiempo que estuve en la capital no subió el termómetro de 12° en mi pieza, que era bastante abrigada. Esto dará una idea de cómo serán los fríos en invierno. Los paseos públicos de La Paz son dos solamente: el Parque de Murillo o plaza principal, donde se encuentran los Palacios de Gobierno y del Congreso, y se construye una gran catedral toda de piedra; y el Prado, lo que aquí llamaríamos una alameda. En el primero hay bonitos jardines en cuyo centro se alza un hermoso monumento al prócer de la Independencia boliviana don Pedro Domingo Murillo. En el Prado hay una



bonita avenida de eucaliptus que allá se estiman mucho por no haber árboles en la meseta. Adornan ese paseo varios monumentos que recuerdan las glorias nacionales: entre ellos hay uno dedicado a los defensores de Bolivia en la guerra del Pacífico, que entre otras inscripciones, tiene la enumeración de los batallones que entonces pelearon. Me sorprendió el no ver allí el nombre de los Colorados de Daza, que tanto se distinguieron por su pujanza y valentía. Efectivamente no aparecen allí los Colorados por que su verdadera denominación era «Aromo» nombre de un lugar donde se dió una batalla; el otro era sólo un sobrenombre.

Visité el Colegio Nacional de Ayacucho, el primer establecimiento de instrucción secundaria de Bolivia, donde hay profesores educados en Chile y se siguen nuestros mismos métodos y sistemas. Uno de estos colegas me acompañó a visitar el Liceo de Niñas, que es dirigido por una señora que tuvo un puesto en nuestra instrucción, la viuda de don Martín Schneider, la Universidad, a cuyo rector, señor Camacho, me presentó; el Ministerio de Instrucción y el edificio del Congreso.

Resolví regresar por la vía de Mollendo, principalmente para conocer de paso las ruinas de Tiaguanaco y visitar las ciudades peruanas de Puno y Arequipa.

El viaje al puerto de Guaquí no ofrece mayor interés si uno no se detiene en la penúltima estación, una pequeña aldea de indios aimaraes, situada en el centro de un valle de 8 a 10 kilómetros de ancho, que se extiende de Norte a Sur, entre dos sierras de poca elevación. Sus casas son todas humildes, de techo pajizo, menos la del cura y la iglesia que, como todas las de los pueblos de Bolivia, se distingue por su construcción sólida y por sus vastas proporciones. Sus habitantes viven del cultivo de los campos vecinos, que se reduce, como en toda la altiplanicie, a cebada, papas y quínoa. Esa aldea es Tiaguanaco, la cual a pesar de su pobreza, y de no tener una casa donde se pueda pagar un mediano alojamiento, atrae los pasos de cuantos viajeros cultos cruzan la elevada meseta boliviana.

Allí a uno y otro lado de la línea se encuentran unas de las ruinas más notables del mundo, ruinas antiquísimas que atestiguan la existencia de tiempos muy remotos de un pueblo de una civilización muy superior a la que los descubridores encontraron en América.

Sin embargo, no me será posible en obsequio de brevedad, detenerme a describir aquellas ruinas admirables; por otra parte, ello ha sido tema de otra conferencia.

Tres días tuve que detenerme en el Puerto de Guaqui para poder visitar a Tiaguanaco, por no haber combinación de trenes y no haber alojamiento en esa aldea.

Pocos son los atractivos que ofrece este pequeño puerto. El lago Titicaca no tiene más que ser la mayor masa de agua en el mundo que se encuentra a su altura (3,915 metros). Por sus muchas islas, penínsulas y cabos no presenta el aspecto de un gran lago; sus orillas suelen ser bajas y pantanosas cubiertas de pajonales; los cerros que lo circundan son casi desprovistos de vegetación. Lo más curioso que suele verse allí son las embarcaciones de los indios, una especie de piraguas hechas de rollos de una paja parecida a nuestra totora, y con velas hechas también de la misma paja en forma de estera.

Guaqui es un pueblecito pequeño, pobre y caro, que vive del comercio de tránsito para La Paz. En su estación hay siempre mucha mercadería que se interna por Mollendo, se trae por ferrocarril hasta Puno y luego se transporta en vapores al través del Titicaca. Es de esperar que esas mercaderías en lo venidero se importen por Arica.

Dejé la tierra boliviana y me embarqué en un vaporcito peruano, *El Coya*, que en 13 horas de navegación me condujo al través del lago al puerto de Puno.

---

Haciendo la síntesis de mis impresiones sobre Bolivia, puedo decir que esta nación se me figura un enfermo alestargado que despierta y encuentra dificultades muy serias para recobrar la salud. Efectivamente, Bolivia ha



sufrido un calvario como ningún otro pueblo de América, sus propios hijos han sido sus victimarios; pero en los últimos tiempos ha aparecido el verdadero patriotismo y los gobernantes de esta nación han comenzado a mirar por el interés general y Bolivia ya abre los ojos al progreso. Pero, por su mal, se encuentra con que tiene que resolver problemas formidables antes de emprender el vuelo: los dos tercios de su población son de indígenas y mestizos, la mayor parte de los cuales viven en un estado miserable y caminan a una degeneración segura, víctimas del alcoholismo; en su inmenso territorio casi no se puede decir que hay vías de comunicación aún después de construídos los ferrocarriles que ponen en contacto a La Paz con el Pacífico, y esto se agrava por estar las ciudades a distancias enormes unas de otras: la capital, por ejemplo, dista de Oruro 262 kilómetros, la ciudad de Cochabamba 500, de Potosí 632, de Tarija 1,088, de Santa Cruz 1,160, y de Trinidad 2,214. Agréguese a esto la escasez de sus rentas que en 1910 sólo alcanzaron a 13,540 pesos bolivianos, y el estado incipiente de su instrucción pública, y se tendrá un bosquejo pálido de la situación en que se encuentra esta nación, que por su riqueza e importancia en tiempos de la Colonia parecía destinada a ser de las más progresistas de Sud-América.

## PANAMÁ VISTO DE CERCA

Muy grata es la impresión que experimenta el viajero al contemplar las primeras tierras panameñas cubiertas por una vegetación exuberante, después de haber salido de Paita para no ver más que cielo y agua durante tres días, y después de haber recorrido las 2,000 millas que este puerto peruano dista de Valparaíso, mirando siempre una costa abrupta y completamente desprovista de vegetación, cuyo aspecto agrio e inhospitalario no alcanzan a disimular las campiñas de La Serena, de Arica y de la desembocadura del Rimac. Se experimenta una sensación muy particular al ver interrumpida la monotonía de las costas grises y del mar y el cielo inmensos por la hermosa isla de Taboga, que parece emerger de en medio de las olas como un jardín encantado. A poco de verse esta isla, comienzan a divisarse Taboguilla, y otras de menor extensión, todas cubiertas de verdura. Luego se dibuja por el lado del Poniente una costa extensa que se pierde entre la bruma: otra isla piensa uno, pero luego se impone, con muchísima sorpresa, por cierto, de que es tierra firme, la costa del Continente. Tenemos todos cierta tendencia a generalizar y a simplificar las cosas; hemos establecido que la América se extiende de Norte a Sur, y que la costa occidental tiene la dirección de un me-



ridiano, y, en consecuencia, el canal que cortará el Continente, uniéndolo al Pacífico con el Atlántico, tendrá que extenderse de Oriente a Poniente. Por eso nos sorprende cuando se nos asegura que Nueva York, está más al Poniente que Santiago, y que el canal de Panamá está de Norte a Sur, y nos confundimos cuando navegando directamente al Norte a la altura de las islas de Taboga, vemos la tierra continental a nuestra izquierda, y para el lado del Oriente nuestra vista se pierde en las brumas del horizonte.

Tres horas después de enfrentar a las islas, navegando siempre al Norte, se comienza a divisar la ciudad y puerto de Panamá, en el fondo del golfo que lleva su mismo nombre. Un grupo de cuatro islas pequeñas, situadas una a continuación de otra, dividen la ensenada en dos partes; en la oriental está Panamá. Desde el principio llama la atención del viajero el no encontrar casi naves en el puerto, ni siquiera embarcaciones menores. El vapor se detiene frente a los islotes y entonces se puede ver que los tres mayores (Flamenco, Naos y Perico), están unidos entre sí y comunicados con la tierra firme por medio de una especie de muelle por el cual corre un ferrocarril. Estas islas se elevan sobre el nivel del mar a una altura que varía de 30 a 60 metros, en sus puntos más elevados; dos de ellas han sido en parte despojadas de su hermosa vegetación y la más alta se ve carcomida por un ancho camino que sube en espiral hasta la cumbre; gran movimiento de máquinas excavadoras y de trenes lastreros que suben y bajan se observa constantemente: esas islas son de los yanquis quienes están convirtiéndolas en fortalezas gigantescas con que piensan asombrar al mundo: pondrán en ellas cañones superiores a todos los existentes, los cuales podrán arrojar proyectiles de muchos centenares de kilogramos de peso a una distancia superior de 30 kilómetros.

El viajero, después de admirar la actividad que despliegan los norteamericanos en sus obras, y también el modo curioso cómo entienden la neutralidad del canal,

tiende su vista a Panamá, esperando que, como en todos los puertos, venga la autoridad marítima en su bote con la bandera nacional a recibir al barco. Pero ésta no aparece; en su lugar se presenta cuando uno menos lo piensa una lancha automóvil con la bandera yanqui y con esta inscripción en uno de los costados : «U. S. Practique», pero no se trata de un práctico sino del médico de la autoridad sanitaria que reside en la más pequeña de las islas. Este funcionario sube a bordo acompañado de un ayudante, conferencia con el médico del barco, registra los papeles examina minuciosamente a los pasajeros y a los tripulantes, les aplica el termómetro a los que van de puertos sospechosos, y si no encuentra novedad, el vapor leva anclas y vuelve hacia al Sur, a fin de dar la vuelta por detrás de la fila de islotes, y se dirige en seguida a la enseada que queda al Poniente de ellos, esto es a la entrada del canal, a Balboa, como designan los yanquis aquel punto.

Desde la extremidad sur de la isla de Flamencos una serie de boyas marca el camino que deben seguir los barcos que se dirigen al canal. Cuando la obra esté terminada, una instalación eléctrica iluminará estas boyas durante la noche. A medida que se avanza hacia Balboa se va perdiendo de vista Panamá que queda al occidente. Después de navegar unos 809 kilómetros se entra en una especie de estuario que se interna entre ribazos cubiertos de vegetación; es la entrada del canal: se ha aprovechado por el lado del Pacífico el lecho de un río que se ha profundizado por medio de dragas. A la derecha del viajero se ve un gran muelle sostenido por pilotes de rieles, y sobre él un extenso edificio de construcción ligera, un galpón como diríamos nosotros, que sirve de embarcadero, de bodega y de estación del ferrocarril. Allí es Balboa. A la izquierda se ve una hilera de torrecillas blancas, de piedra o de cemento, de unos 12 a 15 metros de altura, las primeras de las cuales surgen del medio del agua como un hito gigantesco; las más lejanas han sido edificadas en la orilla. Están destinadas a iluminar el canal por me-



dio de grandes y poderosos focos eléctricos que se pondrán en su cúspide.

El vapor atraca al muelle, se tiende un puente rodante y los pasajeros se desembarcan. Allí mismo están los agentes de aduana encargados del registro de los equipajes. Cumplido este trámite se toma el tren para Panamá. Cuando sale uno del tosco edificio a que he hecho referencia tiende la vista en busca de las grandes construcciones, que se figura abundarán en el puerto yanqui; pero no ve más que campos cruzados por líneas férreas en todas direcciones, llenos de escombros y de lagunas cegadas o a medio cegar. Eso es Balboa, eso es el punto donde los yanquis obligan a desembarcar a todos los viajeros y a todas las mercaderías, mientras la bahía de Panamá dormita en el silencio, sin un buque en sus aguas, sin un cargador en sus muelles.

El tren lo lleva a uno en 15 minutos de Balboa a Panamá, por 30 centavos del país, que son 75 de los nuestros, precio que no es barato, pues la distancia no pasa de 7 kilómetros. El camino es pintorresco: a pesar de que atraviesa una región en que la naturaleza ha sido completamente subyugada por el hombre, por todas partes se ven las manifestaciones de la fecundidad de aquella tierra tropical. El tren lo hace orillar a uno tan pronto un pantano de abundante vegetación lacustre y de aguas oscuras por la brea que los yanquis han derramado para sanearlas, como un huerto de exhuberancia lujuriosa, o una serie de edificios por lo común de dos pisos, contruidos sobre pilastras de ladrillos, con grandes galerías que en vez de vidrios tienen rejillas de alambre, con jardines al frente; pero pintados de colores oscuros particularmente gris, lo que les da cierto aire severo y hasta lúgubre: son las casas higiénicas levantadas por el gobierno yanqui para sus oficinas, para residencias de sus empleados y familias y hasta para habitaciones de sus más ínfimos operarios. El tren entra a Panamá por el lado opuesto al mar, como si dijéramos por detrás; la estación está en la Avenida Central, la calle principal de la ciudad que la recorre en

toda su longitud desde el mar hasta la estación y sigue después a un barrio llamado Calidonia, formado de quintas y continúa por lo que allá se llama la «sábana» que equivale a lo que en otras partes se dice la campiña.

Está situada Panamá en una pequeña península que se interna en el mar casi directamente de Poniente a Oriente; de tal modo que la población tiene mar por el Norte por el Sur y por el Levante. En un principio la ciudad se circunscribía sólo a la península y estaba defendida por murallas y por sólidas fortalezas; posteriormente la población se ha extendido mucho hacia el interior; no obstante, su área es mucho menor que la de Talca; pero tiene mayor número de edificios de importancia y mejores, y cuenta mayor población.

Panamá fué en un tiempo una de las primeras ciudades de América, fundada en 1519 en el camino que debían seguir cuantos quisieran venir al Perú, progresó rápidamente, de tal modo que a mediados del siglo XVII, cuando Santiago y Buenos Aires eran poblaciones sin importancia, Panamá tenía mas de sesenta casas elegantes de estilo europeo y más de mil de construcción corriente; tenía cinco conventos y una hermosa catedral, una casa de moneda, un gran hospital, una extensa casa de contratación, de los genoveses, y numerosos y surtidos almacenes de artículos extranjeros; poseía, además, hermosas quintas de recreo y espléndidos jardines en sus alrededores.

Esta floreciente ciudad fué asaltada y tomada por el pirata inglés Enrique Morgan en 1671, y sus moradores para castigar la codicia de sus enemigos, la redujeron a cenizas pegándole fuego por sus cuatro costados. Dos años más tarde fué reedificada en el punto en que hoy se encuentra, a 8 kilómetros al Oriente de las ruinas de la antigua ciudad.

Panamá conservó su importancia durante toda la colonia; sólo en el último siglo se eclipsó su prosperidad debido a la navegación por el Estrecho de Magallanes, que le quitó gran parte de su comercio, al estrago de repetidos



incendios y a que en su suelo se hicieron endémicas las enfermedades más terribles a causa de su falta de higiene.

Con los trabajos de la apertura del canal, Panamá comenzó a resurgir, sobre todo desde que los norteamericanos lo tomaron de su cuenta y emprendieron la obra gigantesca del saneamiento de la ciudad, de la zona del Canal y del puerto de Colón. A este respecto Panamá es hoy una ciudad que nosotros podemos envidiar; tiene en abundancia agua potable, pero lo que científicamente se llama agua potable, no como la de la mayoría de nuestras ciudades, que se llama así porque va por cañerías, aunque sea un criadero de bacterias; tiene un servicio completo de alcantarillado y de crematorios para basuras, lo que ha permitido un aseo completo de la ciudad, a tal punto que en ninguna parte se ve el espectáculo repelente que ofrecen los conventillos y las viviendas de la gente pobre aún en calles centrales de nuestras principales poblaciones. Panamá cuenta con dos excelentes hospitales, uno de ellos reputado como el mejor de SudAmérica, con un manicomio, un asilo de leprosos y un sanatorio en la isla de Taboga. Por lo que hace a salubridad puede uno estar en Panamá más tranquilo que en cualquiera ciudad de Chile.

Como Lima, como La Paz, como Arequipa, y otras ciudades antiguas Panamá tiene ese aspecto extraño que produce la lucha entre lo antiguo que trata de conservarse evocando un pasado hermoso, y lo nuevo que trata de borrarlo todo prometiendo un porvenir mejor.

Al lado de las antiguas fortificaciones coloniales, convertidas hoy en presidio y en el paseo conocido con el nombre de «Las Bóvedas» al lado de su vieja catedral y de algunos templos arruinados, al lado de casas vetustas edificadas en calles estrechas y torcidas, se alzan construcciones modernas y elegantes, como el Palacio de Gobierno, el Teatro Nacional, el Palacio de la Municipalidad, el Instituto Nacional y muchísimos edificios de sociedades y de particulares. La ciudad está alumbrada con luz eléctrica, y ya deben estar corriendo tranvías eléctricos,

pues cuando estuve allá estaban colocados los carriles y los postes y ya se estaba tendiendo el alambre conductor. El servicio de translación urbana se hace actualmente por un regular número de automóviles y por unos ochocientos cochecitos de posta para dos o tres pasajeros, con toldo, de quitar y poner, dirigidos por un negro que no siempre habla castellano. Estos carruajes son tirados por un solo caballo y aunque éste es muy pequeño, tanto como nuestro caballo chilote andan siempre muy ligero, porque los coches son muy livianos, muy finos, tienen las llantas de goma, y por otra parte las calles están bien pavimentadas. En Panamá no se ha empleado el adoquín de piedra para ese objeto, sino un ladrillo como el que se usa para construcciones, pero más cocido, casi vitrificado, puesto de canto y recubierto en algunas partes con una especie de brea. Las aceras tienen lozas de piedra, asfalto o ladrillo de composición.

La extrañeza que experimenta el viajero que recorre por primera vez las calles de Panamá se aumenta con el aspecto abigarrado que presentan sus pobladores: en esta ciudad debe de haber, proporcionalmente más extranjeros y de un origen más variado que en Buenos Aires; entre ellos predominan los yanquis, los negros de las Antillas inglesas y los chinos; a lo heterogéneo del elemento extranjero hay que agregar que los nacionales mismos son de diversas sangres, la española, la indígena, la africana y las mezclas consiguientes, de tal modo que muy pocos pueblos de la tierra ofrecen una variedad tan grande de tipos humanos.

Ya he dicho que Panamá posee muchos edificios modernos y hermosos; entre ellos está el Teatro Nacional, espléndida sala donde funcionan compañías líricas y dramáticas. Cuenta además la ciudad con tres teatros de menor importancia, donde se dan funciones de cinematógrafo.

No posee Panamá muchos paseos públicos: fuera de cuatro pequeñas plazas que allá llaman parques y del paseo de Las Bóvedas, que es la terraza de un fuerte antiguo,



no tienen los panameños donde ir a recrearse, si no salen hasta las quintas de la Sábana.

Aunque el gobierno de la República de Panamá se ha preocupado bastante de la instrucción pública, no se encuentra ésta a la misma altura que otras ramas de la administración. Cuenta la capital con una Escuela Normal de Mujeres, una Escuela de Artes y Oficios y un establecimiento llamado Instituto Nacional, que funciona en un magnífico local moderno recién terminado, y en el cual están reunidos o amalgamados una escuela de estudios secundarios, un instituto comercial, una escuela normal y la escuela primaria de aplicación. La Escuela Normal de Mujeres fué organizada por tres compatriotas nuestras, quienes después de cumplido su segundo contrato, fundaron un Liceo de Señoritas, que, según la opinión común, es el mejor de la República. Actualmente la dirige una profesora norteamericana que estuvo en Chile y tuvo a su cargo, si mal no recuerdo, una escuela normal en Concepción. Visité el Instituto Nacional que, como dije, tiene un edificio espléndido; debo confesar que su organización me dejó una impresión desagradable. Habían terminado los exámenes cuando visité el establecimiento, pero quedaban unos 30 ó 40 internos que aún no se habían retirado; por ellos pude imponerme de muchas cosas, y por lo que ví me formé la idea de que allí no había orden ni plan alguno bien desarrollado: no había ningún alumno interno de la sección de humanidades, pero sí los había de la primaria; normalistas había internos y externos. Hay salas de estudios en que los alumnos reciben la luz por el lado derecho, y vi algunos dormitorios muy mal tenidos. Los profesores no trabajan con métodos armónicos; hay algunos que enseñan idiomas extranjeros por la gramática, haciendo aprender las conjugaciones de los verbos sin hablar en la clase nada en la lengua que quieren enseñar. Algo de esto parece haber trascendido al público, y, según me aseguraron personas serias, el Ministro de Instrucción interrogó sobre el particular al director, un norteamericano también, quien contestó que a él como di-

rector sólo le incumbía la administración del establecimiento y no el andarse mezclando en la enseñanza. De las otras ramas de la instrucción no pude formarme un concepto, tanto por haber estado en receso las escuelas, como por el poco tiempo que allí estuve. En las plazas y en las calles principales, sobre todo en la Avenida Central, se ve constantemente un tráfico bastante activo, porque el comercio de la ciudad es grande, a pesar de que los norteamericanos la aminoran un tanto haciendo pasar directamente de Balboa a Colón y viceversa las mercaderías que van de tránsito. Cuenta Panamá con muchos y muy surtidos almacenes, con tiendas elegantísimas, con espléndidas joyerías. A primera vista se comprende que hay allí una vida económica vigorosa. Sin embargo, las industrias están todavía en ciernes: fábricas de jabón, de chocolate, de cigarros, de ladrillos, de alcohol, de bebidas gaseosas y de hielo, y nada más. Los famosos sombreros de Panamá no se fabrican ahí: son llevados de Paíta, en el Perú, y de Guayaquil, Montecristo y otros puntos del Ecuador.

La vida en general es cara. En primer lugar debo decir algo sobre la moneda para que se puedan apreciar los datos que daré. La República del Istmo tiene una moneda nominal, el «balboa», que vale un dólar, y otra moneda real que se llama «peso», vale 50 céntimos de balboa, es de plata y pesa 25 gramos, lo mismo que el «sol» peruano y que nuestro antiguo peso fuerte. El peso se divide en monedas de 20 centavos que llaman pesetas, de 10 que llaman reales, y de 5 que denominan medios. Exceptuadas las monedas yanquis, las extranjeras están excluidas de la circulación y el que no lleve otras deberá canjearlas en una casa de cambio; por lo común tienen un descuento muy grande; por un sol o por un peso ecuatoriano sólo dan 80 centavos; por una libra esterlina dan 4 balboas y 80 céntimos, o lo que es lo mismo 9 pesos y 60 centavos panameños. Propuse, por curiosidad, vender billetes chilenos y me ofrecieron 15 céntimos de balboa por peso, y esto como haciéndome favor. Con estos antecedentes pue-



den ustedes juzgar lo que cuesta la vida en Panamá por los datos que voy a dar. Un hotel modesto, pero decente, con regular comida y una pieza pequeñita con una cama, un velador, un lavabo y una silla pide 4 pesos por día, esto es 10 de nuestra moneda. Un hotel elegante se hace pagar 7, 8 y más pesos, y el «Tivolí» que es norteamericano, pide 5½ dólares, o lo que es lo mismo más de 27 pesos nuestros como mínimum por día. La botella de cerveza Pilsener nacional vale 60 centavos (\$ 1.50) de nosotros; un fresco llaman un vaso de agua con hielo y un poco de jarabe de limón, de guindas u otro, vale 20 (50 nuestros); una soda (bebida gaseosa inferior al bilz) cuesta 30 centavos (75 centavos chilenos); una botella de vino de California, traído en barriles y embotellado en los hoteles vale 60 centavos (\$ 1.50 de nosotros). Las frutas tampoco son baratas: la docena de plátanos cuesta 40 centavos (\$ 1 nuestro), la docena de naranjas un peso panameño (\$ 2.50 nuestros); las manzanas valen lo mismo, si bien es cierto que estas últimas son importadas de California. De este mismo punto se trae una uva blanca, larga, dura, cuyo gusto dista bastante del de la chilena, y se vende a 80 centavos la libra, esto es a \$ 2 de los nuestros. Un viaje en coche dentro de la ciudad cuesta 20 centavos, 50 nuestros; pero si se toma el carruaje por tiempo hay que pagar dos pesos por la hora (\$ 5 chilenos). Los viajes por ferrocarril tampoco son baratos: de Panamá a Colón hay 80 kilómetros y el transporte cuesta más de 10 pesos chilenos: con esa cantidad aquí se recorren 200 kilómetros. Algo extraordinariamente caro son los libros y en general los impresos, cosa extraña estando tan cerca de los Estados Unidos. Un diario que muchas veces tiene menos lectura que uno de Talca, cuesta 25 centavos chilenos. La «Constitución Política del Estado», un folleto de 38 páginas mal impresas me costo \$ 3.75 chilenos; y por el Tratado del Canal, que tiene 17 páginas, y mal impresas, pagué 2 pesos 50 centavos. Lo que, según la opinión general, es muy barato por allá, es la seda, en todas sus formas, pues paga impuestos muy reducidos: en una tienda de Colón me

ofrecieron unas corbatas que aquí no se obtienen por menos de 3 pesos, a 30 centavos cada una, yo, que no sabía que las sedas eran allá tan baratas, dije para mis adentros: «estas deben de ser averiadas o algo malo tendrán cuando piden tan poco» y aunque eran bonitas y me gustaban bastante, las dejé.

La vida no es, pues, más barata que aquí: pero ese inconveniente está compensado con que es más fácil ganar el dinero; los sueldos y los jornales son superiores a los de aquí.

Un preceptor, por ejemplo, gana, si hace las clase inferiores de una escuela 62 balboas y 50 céntimos, es decir, mas de \$ 312.50 chilenos mensualmente, y si tiene a su cargo las superiores recibe 85 balboas, o sean \$ 425 nuestros.

Otro punto interesante para la vida en Panamá es el clima. Hay en todo el Istmo sólo dos estaciones: una seca, que comprende desde mediados de Enero hasta mediados de Abril, y la otra lluviosa que abarca los 9 meses restantes. La gente allá llama a la primavera, Verano y a la segunda Invierno, siendo geográficamente todo lo contrario; sólo que en esta región como en muchos puntos de la Tierra la lluvia cae en su mayor parte en Verano. A mí me tocó conocer el Istmo en lo que debiera llamarse Invierno, no porque haga frío, pues allá no se conoce en ninguna época, sino porque es cuando hace menos calor y los días son más cortos. No obstante el termómetro en los ocho días que estuve allí pasó siempre de 30°; pero esta temperatura era muy soportable porque con mucha frecuencia corría viento. Lo que extraña el que va de estas regiones es que allá en la noche disminuye el calor menos que aquí; muchas veces al regresar al hotel, a las 10 u 11 de la noche, encontré en mi cuarto 27 y 28° de calor. Felizmente uno se adapta pronto y por otra parte aquella gente se amolda a las circunstancias y trata de evitar los inconvenientes: en todos los cafés, en todas las cantinas como aquí decimos, las bebidas están heladas, a pesar de que el hielo es caro, y además hay siempre sobre el mostrador un depósito con agua helada también, con su llave



y copas, para uso del que no quiera bebidas o no tenga como pagarlas. También encontré agua helada en el muelle de Balboa para uso de los empleados y en los trenes que recorren el Canal para uso de los pasajeros. Una curiosidad que encontré en estos trenes fué una práctica higiénica muy recomendable: al lado del depósito de agua con hielo encuentra uno una cajita de madera que en la parte inferior tiene una abertura como un buzón; por allí se asoma un papel; uno lo saca y encuentra que es un saquiño plegado; lo estira y se convierte en un vaso, bebe en él y después lo bota. De esta manera no hay peligro de infecciones (1). En el invierno llueve muy poco; pero en el verano muchísimo: en la parte del Sur cae anualmente más agua que en Valdivia, y en la del Norte esa cantidad llega a 3 metros 307 mm.

Una institución panameña que desde el primer momento sorprende al visitante, es la policía: numerosa, bien equipada y consciente de sus deberes; en casi todas las esquinas se ve constantemente un guardián, que con frecuencia es un hombre de color (negro o mulato), vestido con un traje de cazador brin color de kaki, con polainas de tela, sombrero de boy-scout y con un pequeño bastón negro en la mano.

Pude apreciar la policía en una fiesta nacional. Me cupo la suerte de llegar a Panamá el martes 4 de Febrero, último día de Carnaval; nunca he visto en un pueblo un trastorno más grande; me he encontrado en época análoga en Iquique, pueblo famoso por su chaya y por los disfraces; en Oruro, notable por sus comparsas de indios que, enmascarados y cubiertos por trajes riquísimos, recorren las calles al son de la música; en La Paz, donde los indios bailan y beben sin descanso y los blancos juegan con harina de un modo tan incivil que el viajero se ve precisado a no salir de su cuarto; pero en ninguna parte he visto como en Panamá una participación y un entusiasmo tan unánime en todos los pobladores de la ciudad. Las calles em-

---

(1) *La refaladera.*

banderadas y llenas de arcos; los parques con todos los troncos de las palmeras revestidos de cintas tricolores y con guirnaldas de árbol a árbol; millares de automóviles, coches, golondrinas, y carretones adornados con flores y banderas, llenos de negros con disfraces extravagantes, de mujeres emperifolladas, con unos trajes de gasa anchísimos, como se usaron 50 años atrás, y la cabeza llena de flores de canutillo; las aceras repletas de gentes de todas clases: chinos vestidos a la usanza de su patria, negros con la cara pintada de blanco y con trajes de fantasía, individuos casi completamente desnudos con la cara y el cuerpo embadurnado de una especie de pintura amarilla y en una mano una fuente con bolas de la misma pintura, las que amenazaban lanzar a los transeúntes; ingleses rapados y tiesos que pasaban de tranco largo como si nada les llamase la atención, damas elegantes que recibían sonrientes la lluvia de confetti (como llaman allá a los papeletos picados) y de serpentinas que les lanzaban de los balcones, apretados de jóvenes y niñas, y finalmente una legión de muchachos casi todos vestidos de diablos o de payasos, con pífanos, armónicas, cornetas, flautas, cuernos, chicharras y cuantos instrumentos usan nuestros pílluelos en la Noche Buena, haciendo una grito infernal capaz de romper un tímpano de suela. Tal era el espectáculo que presentaba aquel pueblo enloquecido. Y en medio de tanto desconcierto no había una pelea, un atropello, una palabra ofensiva, porque la policía a caballo y a pie estaba en todas partes vigilándolo todo, regularizándolo todo.

Panamá parecía en aquella ocasión una ciudad de 200 mil habitantes. No cabe duda de que su población se había aumentado por esos días con muchos millares de personas de los pueblos de la zona del canal.

Dos horas después de mi llegada estaba convertida la calle que llaman Avenida Central en una interminable procesión de extravagancias y locuras. De repente se notó gran agitación en la policía que trataba no ya de ordenar el tráfico de los vehículos sino de despejar la calzada;



una inmensa gritería se sobrepuso a la algazara de los muchachos. Yo, que me había instalado en una mesita de la cantina de un hotel de la Avenida, al ver que toda la gente corría a la puerta, también salí. Era que comenzaba el desfile oficial, porque en Panamá las fiestas del Carnaval son organizadas por una comisión nombrada por la autoridad. Primero apareció un gran carro de estilo egipcio, verdadera obra de arte, en cuya testera sentada sobre un trono venía la Reina del Carnaval, Laura L., hermosa joven de 18 años, hija del Procurador General de la Nación, que había sido elegida en votación pública. La Comisión oficial había organizado la elección, y ella misma había vendido los votos a los electores; cada uno valía 5 centavos, y cada persona podía votar cuantas veces quisiera, y así la joven Laura había obtenido cerca de 200,000, lo que equivale a una entrada para la Comisión de cerca de unos \$ 25,000 chilenos, y una de las competidoras había alcanzado a cerca de 150,000 votos y así otras en escala descendente. En el mismo carro, dando el frente a la Reina, iban seis jóvenes, las damas de honor, también muy bellas, escoltaba a la Reina una compañía de beduinos.

A continuación apareció el carro del Rey Julio I un joven de unos 24 años, de cara rapada, de rasgos un tanto femeniles, con una larga cabellera y sobre ella la corona, vestido con un traje de terciopelo negro, calzón corto y un manto de terciopelo rojo sobre los hombros. Había sido elegido en la misma forma que la Reina.

Vino después el carro de Britania, hermosamente engalanado, también con un trono donde iba sentada una linda muchachita de unos 14 años de edad que representaba a Inglaterra. Acompañaba a este carro un centenar de negros con sombrero de copa y grandes corbatas haciendo piruetas y cantando estrafalariamente.

Seguían dos carros de los chinos: uno con el simbólico dragón, y otro lleno de hijos del Celeste Imperio, tocando sus instrumentos nacionales.

Pasaron así muchos otros carros de colonias o de socie-

dades, y después carruajes adornados de particulares que ambicionaban al premio ofrecido por la Comisión.

Cuando estos hubieron desfilado siguieron los coches y automóviles de los que sólo iban a mirar y a hacerse mirar. Frente al hotel en que yo presenciaba el espectáculo se encontraba la Legación de Costa Rica; desde sus balcones una gran cantidad de damas y de caballeros mantenía un nutrido tiroteo de papelitos y serpentinas con las personas que pasaban en los carruajes. De repente se interrumpió el desfile: una góndola en que iban siete jóvenes vestidos de payasos con largos bonetes en la cabeza se había detenido frente a la Legación y uno de ellos con admirable fuerza y maestría lanzaba a los balcones puñados de confetti y haces de serpentinas. Se oyó un rumor que creí fuera de protesta por la interrupción; pero era de simpatía, de admiración tal vez: el que tan bizarramente se batía con las damas de la Legación, vestido de payaso, era el señor Ministro de Instrucción Pública. . . . .

Terminó el desfile oficial con la vuelta de los carros al punto de partida; pero la tupida cadena de carruajes siguió circulando por muchas horas.

En la noche siguió el paseo de los carruajes tan nutrido que se necesitaba la intervención de la policía, para que la gente de a pie pudiera pasar en las boca-calles de una acera a otra. Sin embargo, un público inmenso llenaba todos los hoteles, cantinas y pastelerías y jugaba arrojándose confetti como si estuvieran comenzando. Otro público mayor se estrechaba en las plazas de la Independencia y de Santa Ana, donde dos bandas de músicos, cansadas de soplar toda la tarde, tocaban algunos valeses y polkas que el pueblo aprovechaba para bailar con un entusiasmo admirable. Cuando los músicos no podían más uno de los espectadores tomaba el bombo y otro le acompañaba con una caja de lata, que llaman matraca, y comenzaba el baile popular de Panamá, el tamborito; danza monótona en que toman parte un hombre y una mujer, que sin tomarse, hacen una serie de movimientos parecidos a los de la cueca, pero más atenuados y un espacio



de terreno más reducido; la mujer canta al mismo tiempo que baila; el bombo y la matraca señalan el compás, que generalmente siguen los circunstantes con el golpe de las manos.

Tendría para fatigar por muchas horas si fuera a referir todas las extrañas escenas de aquel Carnaval singularísimo. Básteme decir que más de una vez llegué a pensar si no habría sido víctima de alguna fiebre palúdica y lo que estaba viendo no sería delirios de mi imaginación calenturienta.

### LA CIUDAD DE COLÓN

Fuera de la capital no tiene la República del Istmo otra ciudad importante que Colón, situada al Norte de Panamá, a orillas del Atlántico en la bahía de Limón, en una pequeña isla llamada Manzanillo que ha sido unida a tierra firme por un terraplén por donde pasa la vía férrea. Fué fundada esta ciudad en 1850 cuando se iban a iniciar los trabajos del ferrocarril inter-oceánico, y para ello se adoptó el plano de la ciudad de Filadelfia. Desgraciadamente el lugar fué mal elegido, pues la isla es demasiado baja, y como fácilmente se inunda, su clima es húmedo y malsano. Los yanquis han tenido que hacer trabajos enormes para mejorar su estado higiénico, proporcionando agua potable y abundante a la población, rellenando las partes más bajas y estableciendo desagües que por estar al nivel del mar han necesitado de maquinarias poderosísimas para funcionar.

No le ha valido a Colón el tener el plano de Filadelfia para ser bello: pocas veces he visto una ciudad menos simpática; no atraen ni sus habitantes, ni sus edificios. Entre los primeros hay, más negros, más yanquis y más chinos que en Panamá; es difícil encontrar quien hable cas-

tellano; necesité ir al correo y hube de preguntar la dirección; el primero a quien interrogué me contestó en inglés; el segundo en árabe; el tercero en japonés; el cuarto en chino. . . hasta que dí con un guardián del orden, un negro fornido que me dió las noticias en una jerigonza mezcla de castellano-panameño e inglés de la Jamaica. En lo que toca a la parte material de la ciudad no sé en qué pueda estar la imitación de Filadelfia si no es en la construcción de los edificios, porque el plan general no tiene nada que llame la atención: un pueblo de unas doce cuadras de largo por seis de ancho, dividido en manzanas regulares por calles rectas y anchas; en un extremo, el Norte, está un barrio en que se encuentran las oficinas y casas de los empleados del ferrocarril y es llamado Washington; en el otro, el del Sur, hay otro barrio, Cristóbal, donde están las oficinas y casas de los empleados del Canal. En este último los edificios no están agrupados en manzanas, sino independientes, rodeados de prados y jardines y comunicadas entre sí por avenidas de palmeras de esas que producen los célebres cocos de Panamá; es la parte mejor de la ciudad.

La parte urbana, propiamente dicha, está formada en su mayor parte por manzanas totalmente llenas de edificios de madera, de un mismo estilo: dos pisos de 7 a 9 metros de frente por un largo fondo, especies de chalets toscos y feos, con corredor en los altos y separados unos de otros por un pasillo de 2 a 3 metros de ancho, donde se ven cajones vacíos, braseros, artesas, sillas rotas, desperdicios y trastos viejos. No sé si en esta distribución de las casas estará la limitación de Filadelfia, o si sea el resultado de una precaución contra los incendios que en esta ciudad han sido muy frecuentes y han solido tomar proporciones colosales.

No alcanzan a disipar la impresión desagradable que esas construcciones producen ni la hermosa playa del lado del Atlántico con la pintoresca entrada del Canal, ni los jardines y avenidas de Cristóbal, ni un cuidado parque que sirva de paseo a la ciudad, ni uno que otro



edificio público de construcción sólida como la estación del Ferrocarril y el Palacio de Gobierno que son dignos de cualquiera gran ciudad.

Colón tiene casi todos los adelantos modernos; sus calles están bien pavimentadas con ladrillo vitrificado y macadam, como las de Panamá; tiene coches numerosos; buenos hoteles y caros; mucho comercio y tiendas elegantes. La mayoría de la población es extranjera y la lengua más común es la inglesa; es frecuente encontrar que en un almacén no hay una persona que hable castellano; en otros hay un intérprete.

La religión dominante en Colón es la evangélica, y a ella le pertenecen los mejores templos de la ciudad. Como en Panamá también se practican además del católico, el culto judío y el de Confucio.

La ciudad de Colón también se llamó en otro tiempo Aspinwall, nombre que le dieron los norteamericanos en honor de uno de los iniciadores de la empresa del ferrocarril inter-oceánico. El gobierno de Colombia mantuvo el nombre de Colón, y para evitar la dualidad dispuso que todas las cartas que no llevasen este nombre en su dirección fuesen devueltas al punto de origen. Desde entonces todos se ven obligados a designar a la ciudad con el nombre que sus fundadores quisieron ponerle.

Colón tiene actualmente unos 20,000 habitantes.

### LAS OBRAS DEL CANAL

Desde los tiempos de la Conquista se pensó en la posibilidad de comunicar el Atlántico con el Pacífico, cortando el Istmo de Panamá. Las ventajas que esta empresa pudiera reportar se palparon, puede decirse, cuando se tendió el ferrocarril inter-oceánico, de Panamá a Colón, en la segunda mitad del siglo pasado. En esa época co-

menzaron a hacerse estudios serios de un canal, y muy pronto se vió que la parte más favorable a su realización era la misma ruta del ferrocarril, pues, aunque no es la parte más angosta es la que tiene menos elevaciones que vencer. Motivos de largas discusiones fué si el canal se haría al nivel del mar o si se dejaría una parte más alta, para lo cual habría que construir esclusas. La mayoría de las opiniones parecen haber estado en favor de lo primero, tanto entre los franceses que fueron los iniciadores de la obra, como entre los norteamericanos que ya la están concluyendo. Razones poderosas, que luego expondré, hicieron preferir la idea contraria.

La Compañía Francesa organizada por Fernando Lesseps, el célebre constructor del Canal de Suez, inició los trabajos en 1881, y ocho años más tarde hubo de interrumpirlos definitivamente por el desastre económico que todos conocen. El Gobierno de los Estados Unidos, la nación que iba a salir más beneficiada con la ruptura del Istmo, trató de proseguir la obra. Para ello vió modo de conseguir y obtuvo mayores ventajas que sus predecesores los franceses de los poseedores del Istmo, y compró a la Compañía las propiedades que había adquirido, las obras que había realizado y las maquinarias y enseres en 200.000,000 de francos. Cálculos posteriores hechos por los yanquis demuestran que aquello valía unos 14.000,000 más, no obstante no haber podido aprovechar muchos trabajos sino en parte, pues el Canal no se ha hecho exactamente por el trazado francés.

Tanto el proyecto primitivo como el llevado a efecto por los norteamericanos, aprovechan las facilidades que la naturaleza ofrece, particularmente el curso de los ríos Grande por el lado del Pacífico y Chagres por el del Atlántico; por eso el Canal dista mucho de la línea recta; tiene 22 ángulos, algunos de los cuales se desvían hasta 30° de la recta.

Aunque el canal atraviesa el Istmo por una parte donde la cordillera que lo recorre longitudinalmente es bajísima, pues no alcanza a 100 metros en su parte más alta,



el trabajo siempre ha tenido que ser colosal, porque si es cierto que la profundidad del corte no es mucha, en cambio, el largo es muy considerable. Para evitar una parte de ese trabajo se ha optado por dejar una gran extensión del Canal, desde Pedro Miguel hasta Gatún, a una altura de unos 25 metros sobre el nivel del mar, y desde Pedro Miguel hasta Miraflores 16 metros más alto que el mar.

El largo del Canal es de 80 kilómetros, midiendo de alta mar a alta mar, que es como debe hacerse, pues en gran parte cubierta por las olas ha habido, que hacer grandes dragajes para darle la profundidad necesaria.

El ancho del Canal no es uniforme; en su mayor parte no va a tener la apariencia de un canal sino la de un gran río. Su navegación se va a parecer mucho a la del Moncul, en la provincia de Cautín, o a la del Budi, un poco más al sur. Sólo en una extensión de unos 14 kilómetros queda contenido el Canal entre bordes rectos y uniformes; esto acontece en el corte de la Culebra; ahí tiene en el fondo una anchura de unos 91 metros; en lo demás ésta se amplía hasta 300 metros en el fondo, pero en la superficie a veces se ensancha hasta tomar las proporciones de un lago.

La profundidad mínima del Canal es de 13.65 metros, lo cual da con exceso fondo para barcos más grandes que el *Titánico*.

He dicho que la mayor parte del Canal (más de 55 kilómetros) se encuentra a una regular altura sobre el nivel del mar. Toda esa sección se provee de agua de los ríos que nacen de la cordillera, particularmente del Chagres. Se comprende que para que el agua de esta parte elevada no se escurra hacia el mar, el Canal necesita de muy grandes y sólidas compuertas en los puntos en que cambia de nivel.

Los barcos, ya entren por el Atlántico, ya por el Pacífico, tienen que navegar un regular número de kilómetros al nivel del mar. Cuando llegan a la parte alta, para subir se valen de las esclusas. Siguiendo el curso del canal

se llega a una parte en que éste está dividido en dos, por medio de un gran muro que se alza unos 12 metros sobre el agua y que tiene diez y ocho de espesor; a ambos lados del canal hay muros de la misma altura; aunque no tan gruesos. El Canal queda, pues, convertido aquí en dos compartimentos de 35 metros de ancho, 300 de largo y 25 de profundidad, de los cuales 13 metros  $\frac{1}{2}$ , están ocupados por el agua. En el extremo opuesto al de la entrada hay una compuerta enorme, mucho más alta que los muros, que impide que el agua de la parte superior se precipite sobre los compartimentos. El nivel de las aguas superiores está a 8 metros más alto que el de las de abajo.

Cuando un buque va a subir, se le hace entrar en uno de los compartimentos, y se cierran unas altas compuertas que hay a la entrada, de tal modo que la nave queda como encerrada en un gran estanque. En este momento se abren las válvulas de unos conductos que traen el agua de la parte alta y terminan en el fondo de la esclusa y en la parte inferior de los muros; el nivel de las aguas del *estanque* comienza a subir, y al cabo de 15 minutos ha alcanzado 8 metros de altura, esto es, el mismo nivel del compartimento inmediatamente superior. Entonces se abre la compuerta de arriba, y el barco es arrastrado a una segunda esclusa, donde se le hacen subir otros 8 metros.

Cada esclusa hace subir un buque 8 metros y fracción; pero como la parte alta del Canal está a 25 metros más o menos de altura se necesitan tres esclusas por cada lado. Por el del Atlántico las tres esclusas están seguidas, juntas, y forman una construcción colosal de más de 12 cuerdas de largo; por el lado del Pacífico hay primero dos, en un punto llamado Miraflores, que suben el barco a más de 16 metros de altura. Después éste navega un espacio de unos  $2\frac{1}{2}$  kilómetros hasta llegar a un lugarcito llamado Pedro Miguel, donde está la otra esclusa que lo sube los 8 metros restantes.

Se calcula que un buque empleará en pasar las seis esclusas (tres de subida y tres de bajada) 3 horas, tiempo



a primera vista excesivo; pero que no es tal si se considera que para entrar y salir no pueden hacer uso de sus máquinas y deben ser conducidos por cuatro locomotoras que corren por sobre los muros a uno y otro lado, dos adelante que lo arrastran, y dos atrás que lo mantienen en una posición determinada. El tránsito completo del Canal lo podrá hacer un vapor en un tiempo de 10 a 12 horas, según su andar. En un día podrá atravesar el Canal un término medio de 50 barcos, lo que es una cifra considerable, pues por el Canal de Suez pasa diariamente un promedio de 12 embarcaciones.

Cada barco que pase va a ocasionar, tanto a la subida como a la bajada, un gasto enorme de agua, a pesar de que, para no tener que llenar o vaciar una esclusa entera para una nave de poco tamaño, cada una se puede dividir en dos por medio de compuertas auxiliares. Para poder proporcionar al Canal una cantidad de agua abundante y segura en todo tiempo, los yanquis han formado un lago artificial interrumpiendo el curso del río Chagres por medio de un dique o terraplén descomunal de 2,500 metros de largo por 35 de alto y por un espesor de 800 metros en la base, 120 al nivel de las aguas y 30 en la cima. Así han formado el lago de Gatún, de más de 25,000 cuerdas cuadradas, de extensión. Con este estanque monstruoso se han proporcionado también fuerza hidráulica para producir luz eléctrica para iluminar las esclusas, las entradas del Canal y los pueblos cercanos, y también la fuerza motriz para mover las enormes compuertas de las esclusas.

En la realización de esta obra gigantesca tiene ocupadas el gobierno de Estados Unidos a más de 35,000 personas, que viven en Panamá, en Colón, y en numerosos y pintorescos pueblecitos que se han formado a lo largo del Canal. Los ingenieros, administradores y empleados de importancia son yanquis, los mecánicos, albañiles y demás artífices menudos son europeos, principalmente italianos, españoles y austriacos; y los peones son casi en su totalidad negros de las Antillas. Había oído decir

que había entre estos algunos chilenos y, tanto por tener el gusto de encontrar por allí algunos compatriotas, como por formarme una idea más clara de los trabajos que se llevan a cabo, hice una excursión a pie a lo largo del Canal y pasando por las esclusas, desde Gatún Viejo hasta Gatún Nuevo. Aunque la hora se prestaba poco (de 11½ a 1½ de la tarde), para detenerse a conversar, interrogué a cuanto individuo por su aspecto me pareció que pudiera entender castellano, y nadie me dió noticias de un chileno; muchos no habían visto nunca uno; otros (algunos negros) creían que yo andaba preguntando por chinos.

No dejó de llamarme la atención que nuestro roto, tan andariego, no hubiese llegado hasta allá. Más tarde, cuando venía de regreso, supe que en Balboa había algunos ocupados como cargadores en el muelle, y supe también la causa por qué no se les encontraba en el Canal. Un italiano que había vivido muchos años en Tarapacá y que conocía bastante al trabajador chileno, me dió la clave: en primer lugar nuestro compatriota no se aviene con el clima; las frecuentes alternativas de grandes lluvias y fuertes calores quebrantan su salud: por eso tal vez prefieren el trabajo del muelle, que se hace bajo techo. En segundo lugar el carácter altivo del chileno no soporta el trato algo despótico del yanqui ni la vida ordenada y metódica que impone éste a sus trabajadores y aún a los extraños que viven en la región sometida a su autoridad. En la zona del Canal, que así se llama el jirón de territorio que los panameños entregaron a los Estados Unidos, se castiga la borrachera y cualquier desorden público con una multa de 25 dólares (más de \$ 125 chilenos), y una prisión que puede llegar hasta 30 días; se comprende que con tal estrictez nuestro roto no puede vivir; y algo análogo debe de pasarles a los originarios de otros países de Sud América. No se encuentran en el mismo caso los negros venidos ya de las Antillas Inglesas, ya de los Estados Unidos, los que se distinguen por su espíritu domable y servil.

Los yanquis miran a los negros con un desprecio olím-



pico: no pueden viajar en un coche del ferrocarril en que vaya un hombre de color, ni sentarse con éste en una misma mesa. En las zona del Canal todas las cantinas están obligadas por la ordenanza policial a tener dos secciones completamente apartadas: una para los blancos y otra para los negros; y si el dueño tolera que uno de éstos entre a la sección de aquéllos se hace reo de una multa subidísima. A pesar de esta repugnancia que tiene el yanqui, por los negros, y que ni siquiera se preocupa de disimular cuando se llega el caso de explotarlos, los recibe con los brazos abiertos.

La Zona del Canal es gobernada de una manera enérgica, casi militar. Tienen los norteamericanos una numerosa policía, perfectamente organizada y muy celosa para cautelar el cumplimiento de las leyes y ordenanzas en aquel pedazo de la Gran República. Sobre todo, los reglamentos que se refieren a la higiene y a la salubridad se practican de una manera que raya en la exageración. En las fondas y demás establecimientos donde se vende comida es absolutamente prohibido el expendio de vino o de otras bebidas alcohólicas; en las cantinas no se permite tener asientos de ninguna especie, y si el dueño se descuida y un cliente se sienta en el hueco de una ventana, cuando menos lo piensa se le presenta el guardián exigiéndole el pago de la multa. En Gatún Nuevo, una pequeña aldeíta de unos cuantos centenares de habitantes, un individuo iba por uno de los caminos que lo cruzan comiendo plátanos; un guardián, que lo observó, fué hasta él y lo obligó a volver y recoger todas las cáscaras que había ido dejando a su paso. «Caramba, pensé yo, con una media docena de estos policiales, antes de un mes, la gente de mi pueblo cambiaría su mal hábito de arrojar los desperdicios a la calle pública».

Los trabajos del Canal fueron iniciados por el Gobierno yanqui el 4 de Mayo de 1903, y han originado un gasto de más de mil quinientos millones de pesos chilenos. Hay el propósito de tenerlo terminado el 1.º de Enero de 1915,

y para ello será menester invertir aún unos cuatrocientos millones de pesos más.

La realización de esta empresa traerá beneficios incalculables para la nación que la lleva a cabo. Cuando esté roto el Istmo los Estados Unidos podrán unir sus escuadras del Atlántico y del Pacífico en unos cuantos días, y disponer así en cualquiera de los mares de una fuerza militar que no podrían conseguir de otro modo sin gastar una suma muchísimo mayor que el costo del Canal. Los Estados de la costa occidental se encuentran separados de los de la costa oriental por grandes distancias que se vencen por medio de un ferrocarril que, naturalmente, tiene que ser muy caro y en consecuencia imposible de utilizar para el transporte de la mayor parte de las mercaderías. Hoy se acarrean éstas por la vía del Istmo, atravesando éste por ferrocarril, lo que recarga bastante su precio; mañana podrán llegar directamente los barcos de Nueva York a San Francisco y viceversa. La misma circunstancia dificulta el comercio entre los Estados Orientales y las repúblicas del Pacífico, permitiendo una competencia fácil a los mercados europeos; con la apertura del Canal las cosas tendrán que cambiar radicalmente en favor de los Estados Unidos.

Todas las naciones sudamericanas obtendrán ventajas con la obra realizada por los yanquis y muy principalmente las del lado del Pacífico, hoy tan alejadas de Europa, por la vuelta que es preciso dar por el Estrecho de Magallanes.

### LA REPÚBLICA PANAMEÑA

La República del Istmo, que como todos saben, formó parte de Colombia hasta el 3 de Noviembre de 1903, es una región pequeña, menor aún que nuestra provincia de Llanquihue, situada en plena zona tórrida, entre los



paralelos 6 y 10 y los meridianos 77 y 84, tomando por punto de partida el de Greenwich. Este pequeño país se extiende de Oriente a Poniente y en parte su anchura apenas alcanza a 50 kilómetros. Está recorrido longitudinalmente por una cadena de montañas que se considera prolongación de la Cordillera de Los Andes. Estos montes son muy desiguales; hay partes en que pasa su elevación de 2,000 metros y otras en que se reducen a colinas insignificantes. Hay muchos ríos, y algunos, a pesar de su corta extensión, son navegables; hay asimismo algunas ciénagas o pantanos permanentes, y anegadizos, esto es, terrenos que se cubren de agua en cierta época del año. El clima de este país es ardiente e insalubre, sobre todo en las costas, y más en la del Atlántico que en la del Pacífico. Todo el territorio está cubierto de una vegetación viciosa en que abundan árboles de frutos exquisitos y de maderas valiosas: allí se encuentran los bananos (plátanos que decimos aquí), las palmas de coco, el cacao, el mango, el árbol del pan, el mamey, el guayabo, el guanábano, el chirimoyo, el granadillo y otros; allí crecen el laurel, el palo de rosa, el cedro (de 5 clases), el alcornoque, el manzanillo (de fruto y de sombra venenosos, pero de madera excelente para construcciones); allí se hallan el maguey, el algodónero y el caucho; la copaiba, el palosanto, el ricino, el tamarindo, la cañafístula y la ipecacuana; la zarzaparrilla, el gengibre y la vainilla y mil plantas más de productos valiosísimos. Los bosques que tuve ocasión de ver no tienen el aspecto de las selvas del Brasil, según las describen los viajeros, son muy parecidas a las del sur de Chile. Viajando de Panamá a Colón muchas veces me creí en los bosques de Valdivia, y hasta me parecía distinguir los copihues entrelazados entre los lingues y los coihues, los raulíes y los canelos; sólo de cuando en cuando un grupo de plátanos o de palmas venía a disipar la ilusión.

En las espesas selvas de esta región se encuentran en gran abundancia aves de canto melodioso y plumaje de vivos colores; se hallan también multitud de mamíferos,

feroces algunos como el león colorado y negro, el tigre pintado y negro, el jaguar y el jabalí; inofensivos otros, como el puerco espín, el hormiguero, el venado, el tapir, el armadillo, la nutria, el perezoso y una gran variedad de monos. Hay gran cantidad de serpientes desde la boa constrictor hasta las víboras venenosas. En los ríos y en las ciénagas abundan los caimanes y los camaleones; en las costas se encuentran el Carey y muchos otros galápagos. En los mares viven numerosas especies de pescados, algunos de ellos exquisitos, y diversas variedades de ostras, entre las cuales se encuentra la que cría la perla, de que se hace gran comercio en el Archipiélago de las Perlas en el Golfo de Panamá. Hay también en este país una multitud asombrosa de insectos y bichos de todas clases: moscas, mosquitos, tábanos, abejorros, arañas, alacranes, luciérnagas y mariposas. De estas últimas hay variedades preciosas: en el Instituto Nacional tuve ocasión de ver coleccionados algunos ejemplares inverosímiles, que en otra parte habría creído artificiales, tan grande era su tamaño y tan hermosos y variados sus colores.

Este espléndido jirón de tierra tropical está poblado por unos trescientos mil habitantes, de los cuales no será exagerado atribuir la tercera parte al elemento extranjero. El resto, la parte criolla, está formado por una mezcla tan extraña, que pasarán siglos sin llegar a asimilarse los diversos grupos y producir la raza nacional. Viven en el interior de la región occidental numerosas tribus de indígenas, cuyo número calculan los estadistas panameños, tal vez quedándose cortos, en 30,000. De estas tribus hay algunas que encerradas entre las montañas conservan su autonomía y no permiten llegar a ellas a los blancos, a menos de que mantengan muy buenas relaciones con sus jefes. Una provincia, la llamada Bocas del Toro, está poblada casi exclusivamente de negros que en otro tiempo pasaron al continente de las Antillas inglesas; no hablan castellano ni quieren aprenderlo: su lengua es un inglés chapurrado. A los habitantes de origen europeo, a los indígenas y a los negros hay que agre-



gar los mestizos, hijos de blanco e indio, los mulatos, hijos de blanco y negro, y los zambos, hijos de indio y negro.

Sobre estos elementos étnicos se ha fundado la nueva República, que dentro de poco cumplirá 10 años de existencia. No apareció esta entidad nacional a impulsos de una necesidad de raza ni por el influjo de una situación geográfica especial; no. La causa ha estado en ese sentimiento que se desarrolla en las sociedades provincianas infatuadas, que las lleva a mirar con ojeriza a la metrópoli por creerse postergadas o no consideradas lo bastante; ha estado en el vano orgullo de los que no se resignan a ocupar un puesto secundario en una gran colectividad y prefieren, olvidando los verdaderos intereses de la patria, producir la escisión para subir a los primeros puestos, aunque sea en un grupo insignificante. Ya los panameños habían pensado diversas veces en la separación; pero los intereses generales habían prevalecido sobre los particulares, y no se había producido la ruptura. Una circunstancia extraña vino ahora a influir para realizar los sueños ambiciosos de los separatistas: el maquiavelismo de los Estados Unidos. Doloroso es decirlo, sobre todo en estos momentos en que la Delegación Comercial de Boston nos ha brindado una amistad tan desinteresada, y ha halagado nuestro orgullo nacional llamándonos los yanquis de Sud América; pero... los hechos son los hechos.

Cuando fracasó la sociedad francesa que construía el Canal de Panamá, los norteamericanos, que iban a ser los más beneficiados con esta empresa, pensaron llevarla a término ellos; pero exigieron de Colombia privilegios tales, que este país no pudo conceder sin un detenido estudio, pues se trataba nada menos que de cuestiones que tocaban la soberanía nacional. Como las negociaciones se dilatasen, los Estados Unidos propusieron sigilosamente a los hombres más influyentes de Panamá que proclamasen la emancipación del Istmo, que ellos los defenderían de Colombia a trueque de que les vendiesen los privile-

gios que pretendían para abrir el Canal. Los panameños aceptaron, y el 1.º de Noviembre de 1903 aparecieron dos buques de guerra norteamericanos en la bahía de Panamá y uno en el puerto de Colón; el día 3 estalló el movimiento revolucionario en Panamá; los batallones colombianos que habían en Colón quisieron acudir a sofocarlo; pero se lo impidió el comandante del barco norteamericano, quien dió orden a la Compañía del Ferrocarril (yanqui también), de que no trasladase las tropas. Al amparo de los cañones yanquis, la Municipalidad de Panamá proclamó el 4 de Noviembre la independencia del Istmo. El día 6 quedó reconocida por los Estados Unidos la nueva República; el 12 fué recibido en Washington el diplomático panameño y el 18 se firmó allí mismo el célebre tratado por cuyo primer artículo «los Estados Unidos garantizan y mantendrán la independencia de la República de Panamá». Se comprende que aquí se habla de la independencia del Istmo respecto de Colombia, pues ese mismo tratado convierte a la nueva nación en feudo de los Estados Unidos. En efecto, allí queda establecido que Panamá por la suma de 10.000,000 de dólares dados de una vez y por un pago anual de 200,000 dólares que comienza a correr desde el presente año, cede a perpetuidad a los Estados Unidos una zona de 16 kilómetros de ancho por más de 80 de largo y todas las tierras que puedan ser necesarias y convenientes para la empresa del Canal, con derechos, poder y autoridad soberanos; les concede a perpetuidad el derecho de usar los ríos, riachuelos, lagos y otras aguas que sean necesarias al servicio del Canal; les concede el monopolio para la construcción de cualquier sistema de comunicación al través de su territorio entre el mar Caribe y el Pacífico; les concede el derecho de dictar disposiciones de carácter preventivo y curativo en las ciudades de Panamá y Colón y les da el derecho y la autoridad para ponerlas en vigor; y finalmente, lo que es más monstruoso, reconoce a los Estados Unidos el derecho y la autoridad para mantener el orden público en las ciudades de Panamá y Colón y



sus territorios, en caso de que, a juicio de los Estados Unidos, la República de Panamá no pueda mantenerlo. Y como si esta humillante concesión fuese poca, la Constitución Política en su art. 136 establece que «El Gobierno de los Estados Unidos podrá intervenir en cualquier punto de la República de Panamá para restablecer la paz pública y el orden constitucional, si hubiere sido turbado».

La nueva nación es, pues, hija de un abuso brutal de la fuerza y de la relajación del sentido moral de un grupo de hombres que no han vacilado para mutilar a su patria y vender por unos cuantos millones la soberanía del suelo que los vio nacer. Y, sarcasmos de sarcasmos, los que tan vergonzosamente olvidaron sus deberes cívicos, tienen la audacia de presentarse como benefactores de la Humanidad y han escrito en su escudo nacional el mote «Pro mundi beneficio», «Por el bien del mundo», como si el olvido de los deberes pudiera alguna vez beneficiar a la colectividad.

Los norteamericanos creen haber merecido la disculpa de su innoble proceder con la realización de la obra gigantesca que están próximos a terminar. Pero se engañan: el Canal será simultáneamente un monumento grandioso que proclamará ante el mundo el vigor económico de la República del Norte, y un triste padrón que recordará a las gentes el desprecio que esa nación tuvo por el derecho ajeno y el insulto que infirió a la Humanidad en pleno siglo XX.

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA



BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA



## ÍNDICE

	PÁGS.
ALEJANDRO VENEGAS (Dr. Valdés Cange).....	7
Aquellos días.....	10
La autopsia moral.....	19
La autopsia religiosa.....	28
La autopsia social.....	33
Ahora duerme.....	41
PAGINA AUTOBIOGRÁFICA.....	43
LA PROCESION DE CORPUS.....	49
SOBRE CUBIERTA.....	75
A TRAVÉS DE LAS ALTAS Y BAJAS TIERRAS PERUANAS.....	83
Desde el Titicaca a Arequipa.....	83
El Callao y Lima a vuelo de pájaro.....	93
De Ancón a La Oroya.....	104
Aspecto de Lima.....	107
A TRAVÉS DE LOS PUEBLOS BOLIVIANOS.....	119
PANAMÁ VISTO DE CERCA.....	144
La ciudad de Colón.....	159
Las obras del Canal.....	161
La república panameña.....	168

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA



